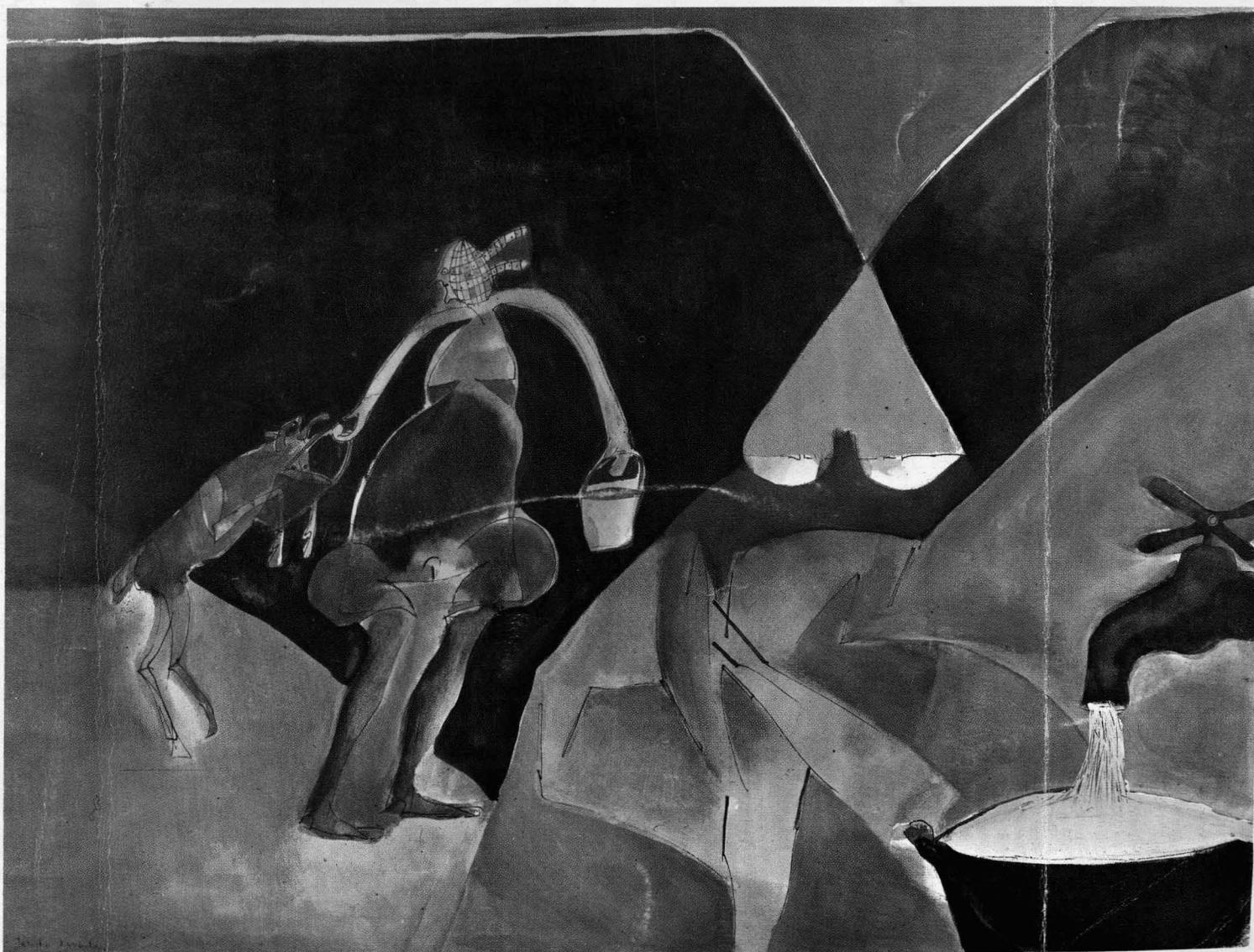


revista de la **U**niversidad de méxico

**b. traven / blas de otero / alfredo lópez austin**  
**memorias de un insurgente, por pedro josé sotelo**  
**arnold toynbee / carlos Chávez / luisa pasamanik**

**francisco toledo**



## sumario

Volumen XXII, número 1/septiembre de 1967

---

- 1 Traven, páginas inéditas  
[Un trabajador entre los hombres], 2  
Hacia el imperio de la caoba, 4  
Mis empleos y otras andanzas, 8
- 10 Blas de Otero, Historias fingidas y verdaderas
- 12 Alfredo López Austin, La embriaguez en los antiguos mexicanos

---

### 1 Memorias de un Insurgente, por Pedro José Sotelo

---

- 17 Los campesinos, por Iván Restrepo Fernández
- 20 Mauricio Swadesh, un lingüista de nuestro tiempo, por Jaime Espinosa Mireles
- 22 Los *hippies*, por Arnold Toynbee
- 26 Beethoven, por Carlos Chávez
- 27 Prólogo a Apollinaire, por Agustí Bartra
- 28 Apollinaire, El puente de Mirabeau
- 29 Libros, por Melvin Cantarell Gamboa, Elías Condal,  
Luis Adolfo Domínguez, Arturo Souto Alabarce
- 33 Hagan juego señores, por Luisa Pasamanik
- 34 Siqueiros, por Paul Westheim

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Ingeniero Javier Barros Sierra / Secretario general: Licenciado Fernando Solana

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO / Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Gastón García Cantú

---

Torre de la Rectoría, 10º piso,  
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.  
Teléfonos: 48-65-00, ext. 123 y 124

Franquicia Postal por acuerdo presidencial  
del 10 de octubre de 1945, publicado  
en el D. Of. del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar: \$ 5.00  
Suscripción anual: \$ 50.00 Extranjero: Dls. 7.00

Administración: Ofelia Saldaña

Patrocinadores:

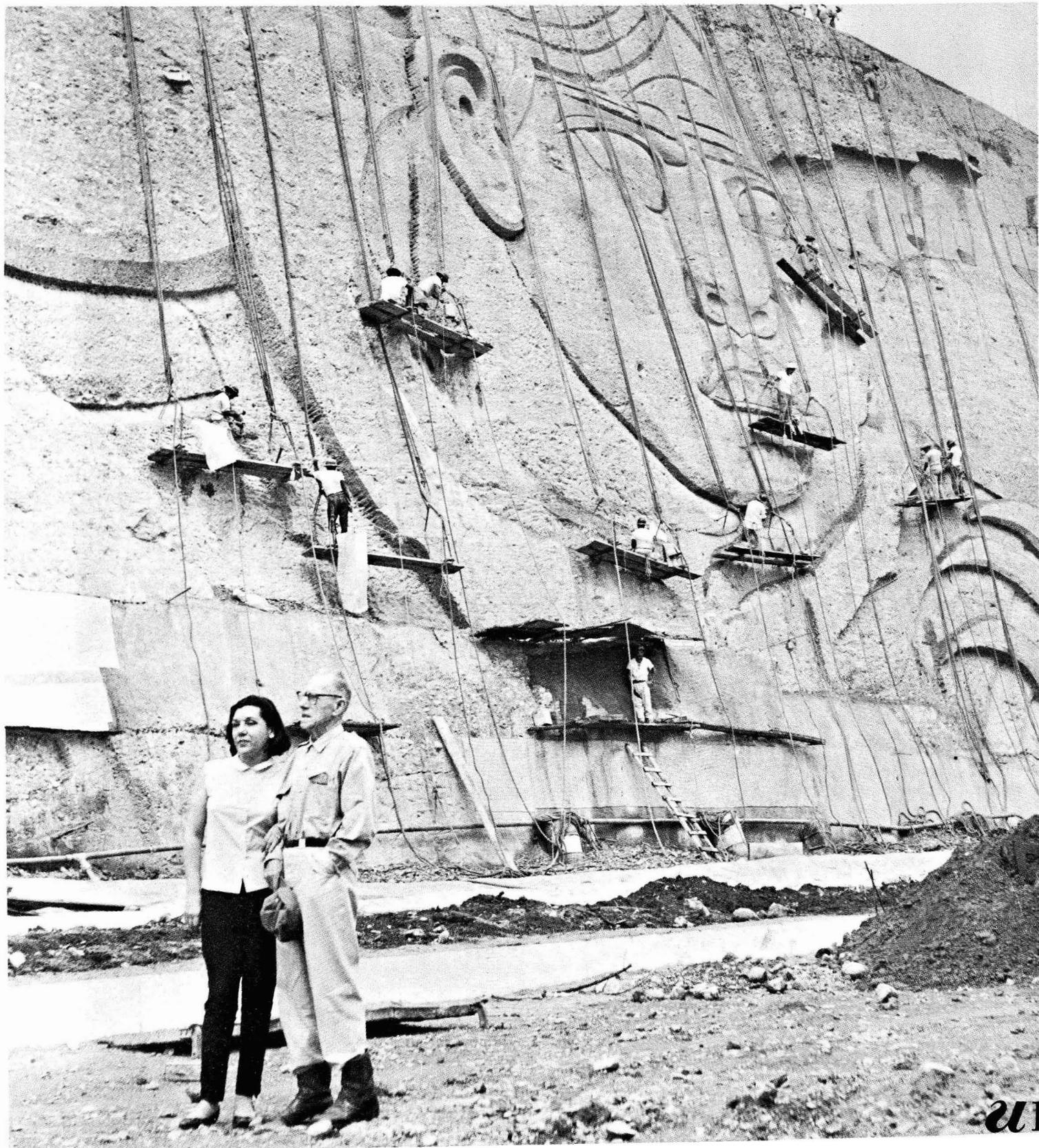
Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.  
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.  
Financiera Nacional Azucarera, S. A.  
Ingenieros Civiles Asociados, S. A. [ICA]  
Nacional Financiera, S. A.  
Banco de México, S. A.

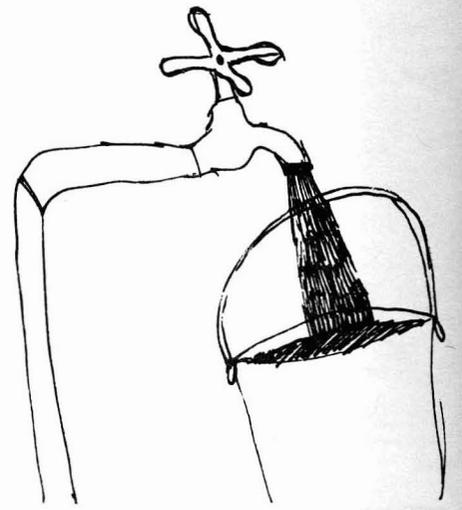
# Traven

---

## páginas inéditas

Traven y su esposa, Rosa Elena Luján, en la presa de Milpaso, Chiapas, 1965. Foto de Juan Guzmán.





## Un trabajador entre los hombres

Harto de Alemania, Ret Marut, un joven escritor, llegó a Tampico en 1923. Perturbado por la tentativa revolucionaria en Baviera, se dio la posibilidad de otro destino. Ideó el nombre de B. Traven, borró sus huellas visibles y se internó en la vasta geografía descrita en sus novelas.

A partir de ese hecho, acaso trivial, el mundo dudó de la autenticidad de Traven y se entregó a la tarea obsesiva de identificarlo. Algunos ejemplos lo confirman: Gerd Heidemann, de la revista *Der Stern*, ha reunido en 42 carpetas sus indagaciones; en los Estados Unidos, fieles a su tradición, la del Western, se incitó, mediante recompensa, a descubrirlo. Vencido por la curiosidad, Traven accedió a dialogar con July Stone. La primera parte de una recopilación minuciosa y las frases desprendidas a Traven, aparecerán estos días en *Ramparts: The "unknown" german revolution*. Una fotografía suya y sus concisas declaraciones, hechas a Luis Suárez en octubre del año pasado —*Siempre!*, número 695— han vuelto coterráneo a un escritor fantasma, cuya fe voluntaria es prudente transcribir:

“... Comprendo que en su forma de vida no necesite dinero. Pero podría hacerse famoso.

—¿Famoso dijo usted? No sea ingenuo, Gales. ¿Fama? ¿Y qué es la fama después de todo? ¡Una molestia! ¡Sí! Del cielo al infierno. Como lo oye. Hoy soy famoso. Mi nombre aparece en todos los periódicos del mundo, en primera plana. Mañana, quizá ni cincuenta personas sabrán escribir mi nombre correctamente. Y pasado mañana, puedo morir de hambre y a nadie le interesa. Eso es lo que llaman fama. Usted no debería usar esa palabra. Gales. ¡Usted, no! Claro, existe otra clase de fama-gloria, la que llega después de muerto, ya cuando nadie sabe dónde se están blanqueando sus huesos. Y ésa ¿de qué le sirve? No, Gales, fama es una palabra que a mí no me gusta. Es sinónimo de basura.” (*El visitante nocturno*.)

Con esa certidumbre rechazó las proposiciones de Alfred A. Knopf para editar sus obras en los Estados Unidos. Aceptó, no sin anular la publicidad en torno suyo. Los cuatro o cinco libros impresos en esa época, provocaron no pocos estudios. El de Lawrence Clark Powell —*Who is B. Traven?*, New Masses, 1938— contiene una declaración estimable:

“Todo hombre —escribió Traven— tiene el deber de servir a la humanidad con lo mejor de su fuerza y de su capacidad, para aligerar las cargas de la vida de otros hombres, para darles alegría y dirigir sus pensamientos hacia grandes fines. Yo cumplo mi deber para con la humanidad como siempre lo he hecho, ya sea como trabajador, marino, explorador, profesor particular en los más apartados lugares del campo y, ahora, como escritor. No siento que sea yo una persona que desea estar a la vista del público. Me siento un trabajador entre los hombres, anónimo y sin fama, como cualquier trabajador que cumple su tarea para llevar a la humanidad un paso adelante.”

Una cronología provisional de la obra de Traven permite conocer las dos partes en que podría separarse, para su mejor comprensión: 1926, *El barco de la muerte*; 1926, *Mis empleos y otras andanzas*, publicado por capítulos, desde 1925, en *Worwärts*, de Alemania; 1927, *El tesoro de la Sierra Madre*; 1928, *Tierra de primavera*, primera estancia suya en Chiapas; 1928, *Canasta de cuentos mexicanos*; 1929, *El puente en la selva*; 1929, *La rosa blanca. El visitante nocturno* (1967), tiene cuentos escritos en épocas diferentes: el que da título al libro, fue uno de los primeros que Traven escribiera en México; de 1936 data *La creación de los soles*, un conmovedor mito tzeltal y, de 1961, *Aslan Norval*.

Esta primera parte de sus obras más significativas: *El barco de la muerte* y *La rosa blanca*, comprende una reflexión sobre la enajenación de los trabajadores y de países, como el nuestro, cuyos recursos son el móvil mismo de su sometimiento. *El tesoro de la Sierra Madre* podría ser una saga de las leyendas sobre el oro, así como *El puente en la selva* ejemplificaría —sin los frecuentes lugares comunes— la ternura de las madres indígenas.

De sus cuentos, *El visitante nocturno* reserva líneas que Borges y Casares habrían incluido en su rigurosa antología de cuentos fantásticos. La muerte, la enajenación, el roce continuo de lo sobrenatural y la confabulación de los poderes humanos contra los hombres, no excluyen la ironía; ésta fluye de los incidentes que relata. Una sonrisa imprevisible, a veces agotadora como la de Howard en la soledad de la sierra, hacen de Traven un escritor asimilado a nuestra me-

por tradición literaria.

La segunda parte, requiere de un epígrafe: “Considero —escribió Traven a Powell— al indio mexicano y a los miembros del proletariado mexicano, que es 95 por ciento indio, como mi hermano; un hermano que está mucho más cerca de mí que cualquier otro, porque sé con qué coraje, con qué resignación, con qué sacrificio —un sacrificio de sí mismo inaudito en Europa o los Estados Unidos— el indio proletario de México está luchando por conquistar su independencia y salir a la luz del sol.”

La que es, sin duda, la crónica del pueblo mexicano bajo la dictadura, empieza en *La carreta*, 1929; prosigue en *Gobierno*, 1931; continúa en *Hacia el imperio de la caoba*, 1933; sigue en *Trozadas*, 1934 (inéditos, estas dos, en castellano); se prolonga en *La rebelión de los colgados*, 1936 y concluye en *El general, tierra y libertad*, 1937. Toda esta abarca un solo paisaje, el sur de México; la selva de Chiapas; sus haciendas, sus caminos reales, sus parajes, sus indios.

Traven parece retomar el hilo dejado por los cronistas del siglo xvi, en el esfuerzo consciente por describir el padecimiento de los indios, anudarlo en nuevos episodios y llevarlo a extremos magníficos de ira colectiva. No evoca sucesos, los comparte; advertimos su solidaridad con los protagonistas que se mueven en la selva con mansedumbre y, al fin, irrumpen contra los muros de las haciendas. Un párrafo, también escrito a Powell, permite afirmarlo: “No puedo sacudirme las cosas. Otros, tal vez, puedan hacerlo; yo no. Yo tengo que conocer a los seres humanos de quienes hablo. Ellos tienen que haber sido mis amigos o mis compañeros o mis adversarios o mis vecinos o mis paisanos, si es que he de describirlos.”

Si en literatura es frecuente amar las letras de otros países y aun forjarse patrias ideales, lo es también asimilarse a la propia mediante obras que enriquecen su comprensión. No será posible entender al México contemporáneo sin la lectura de Traven.

Quizá ninguna otra aclaración sea necesaria al lector de las páginas inéditas que siguen. G.G.C.



Retrato de Traven  
por Antonieta Figueroa

## Hacia el imperio de la caoba

Durante el primer día en la selva la tropa llegó después de una marcha de medio día, a un lago. Un lago, no muy grande pero hermoso y romántico en su quietud. Los enganchadores sonaron sus silbatos para marcar el alto. Todos los hombres se arrojaron y dejaron caer sus cargas. Luego descendieron por la pendiente de la ribera, se lavaron las manos, enjuagaron la boca, llenaron sus jícaras de agua y prepararon su pozole.

Celso, Andrés y Santiago habían marchado juntos, uno detrás del otro. Desde el campamento cerca de la finca La Condesa, Paulino se había unido a los tres. Paulino era considerado como una especie de filósofo por todos, debido a su vasta experiencia en el arte de atrapar gatitos negros. Casi nunca importa cómo adquiere un hombre su experiencia. Lo importante es que tiene experiencia y que aplica esta experiencia a lo que él cree provechoso. Sin embargo, no es nada extraño que una persona ocasionalmente, y a veces con frecuencia, a pesar de toda su sabiduría adquirida, cometa una y otra vez el mismo disparate que fue el punto de partida de la primera y las subsecuentes experiencias que ha tenido en su vida. Pero hay que ver que los pueblos son iguales. Durante diez mil años las naciones se han dado cuenta que las guerras no son ninguna solución, sino sólo el comienzo de nuevas complicaciones; aun así siempre empiezan nuevas guerras y no piensan más que en emprender y promover aquello que, inevitablemente, conduzca a nuevas guerras. El primer disparate cometido por un hombre y el cual él considera el principio de su experiencia, generalmente se origina en una debilidad definida, inherente a su carácter y que, por lo mismo, no puede eludir. Sin embargo, comete el mismo disparate o uno parecido, una y otra vez. En el caso de Paulino, como con la mayoría, la sabiduría la había adquirido como producto accesorio de su experiencia principal, y que como, producto accesorio, mucho menos costoso, le había dado su reputación de mundano.

Era muy natural que estos cuatro jóvenes se hubieran juntado. Estaban más o menos al mismo nivel de inteligencia innata. Andrés antiguamente carretero, poseía la mejor educación que pudo absorber por medio de sus esfuerzos e inclinación. Los otros tres probablemente habían carecido de una oportunidad igual así como de la suficiente ambición personal.

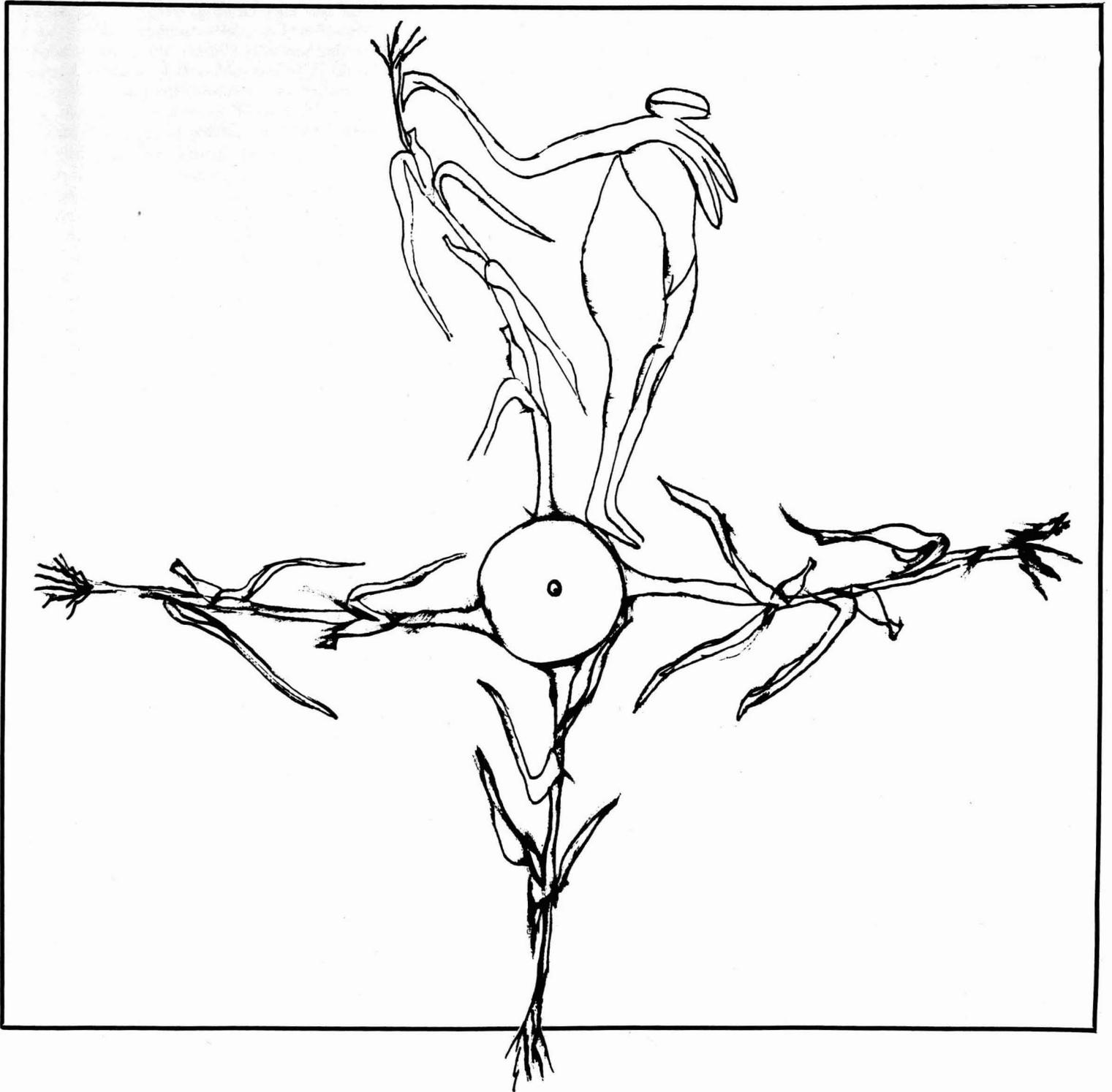
Andrés era el más callado, el más serio y el más pacífico de los cuatro. Celso, Santiago y Paulino confiaban más en sus puños y en la acción rápida, que en la larga meditación y la cuidadosa consideración. Andrés era el estratega, los otros tres eran

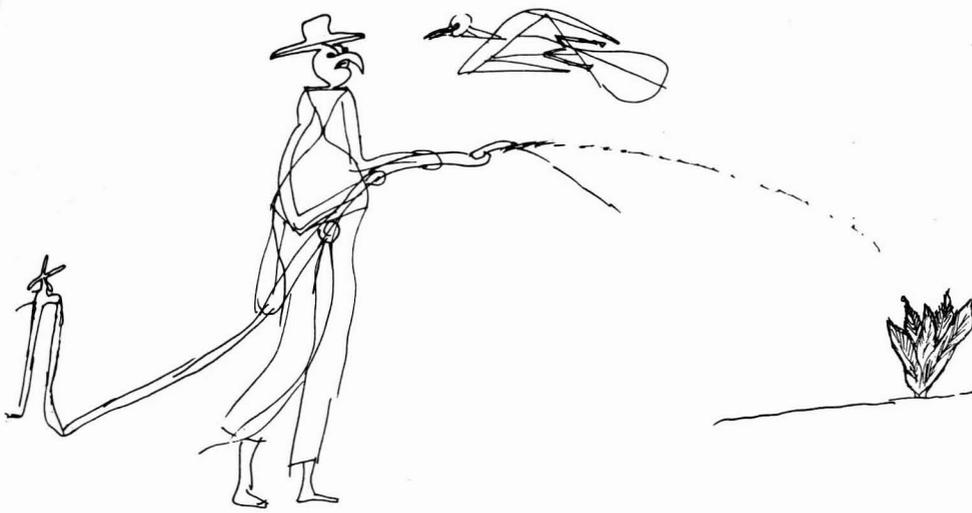


los tácticos. Andrés se inclinaba a tomar la vida en serio y por lo mismo batallaba más. Los otros tres tomaban la vida como venía y se adaptaban hasta que creían haber hecho su situación tolerable, y hasta algo más cómoda. Los cuatro, al igual que el resto de la tropa, habían sucumbido ante poderes más fuertes que ellos mismos y sobre los cuales no tenían ninguna influencia. Pero todo poder descansa sobre el reconocimiento del mismo. Ningún poder puede existir por sí solo y continuar como un universo renovado constantemente. Ningún dictador es tan fuerte que su poderío no pueda ser eludido. Ningún dictador puede dar órdenes donde la voluntad de obedecerlo no existe. Los campos de concentración, Siberia, los trabajos forzados, las torturas y las penas de muerte tienen sus límites estrechos, porque la voluntad de la desobediencia, de resistir a la fuerza bruta, es, al final, infinitamente más fuerte que la voluntad de atacar o de ejercitar una fuerza bruta similar.

El poder que determinaba el destino de estos cuatro muchachos, así como el de todos los demás en la tropa era, para esos hombres, invisible e intangible. Para ellos era imposible comprender que su destino era determinado no por los agentes o los contratistas de las monterías sino por el dictador cuyas acciones, a su vez, estaban influenciadas por la idea de que el bienestar de la República estaba garantizado sólo si al capital doméstico y extranjero se le otorgaba una libertad ilimitada y si el peón no tenía otro objeto en este mundo que obedecer y creer lo que se le ordenaba creer por las autoridades del Estado y especialmente por las de la Iglesia. Cualquiera que tuviera otras ideas respecto a los derechos humanos era azotado o torturado de una u otra manera, hasta que cambiaba de opinión, o era, con la bendición de la Iglesia, fusilado si desparataba tales ideas. Al Valle de la Muerte era mandado si había incitado a los trabajadores del campo o a los obreros textiles al motín o a la rebelión.

Si los muchachos hubieran sido llevados a Nueva York y se les hubieran mostrado ahí las oficinas de la Corporación Centro-Americana de Maderas Preciosas, Chicle y Fruta nunca hubieran creído que un ejército tan pequeño de amables hombres, muchachas y mozos de oficina descansando alrededor de escritorios, eran el poder que los había condenado al infierno de las monterías, de los campos chicleros y a los sembradíos de café y fruta. Ni tampoco hubieran considerado como el poder que determinaba su destino a los señores en los puertos de Tabasco y de Campeche, donde estos señores anotaban la caoba que les llegaba flotando, y la apartaban, clasificaban y apilaban de acuerdo con el tamaño y la calidad, para luego reembarcarla y cargarla en barcos marítimos. Estos señores, agentes y compradores para las compañías madereras y fruterías de los Estados Unidos, eran caballeros amables a su modo, como podía desprenderse del hecho de que generalmente se encontraban borrachos y, si se les necesitaba, tenían que ser buscados en las cantinas, donde se sentaban veinticuatro horas alrededor de una





mesa, jugando al dominó, al póker, a la veintiuna o al siete y medio. Si no se les encontraba en alguna cantina, podían sin falta ser localizados en el barrio de tolerancia del puerto, donde el dinero extra, que les llegaba al bolsillo bajo la forma de cuenta de gastos, era despilfarrado en aquellas mujeres aguza- das que prometían la satisfacción más rápida contra prácticamente ningún esfuerzo de parte de sus compañeros de momento y a cuyo estilo le llamaban: 'estilo gringo'.

Ni los agentes que reclutaban a los hombres para las monterías eran considerados por los trabajadores como el poder fatal del cual no había escapatoria.

Aun los más inteligentes entre los muchachos eran incapaces de discernir dónde estaba el verdadero poder y quién lo sostenía firmemente en sus manos y podía, por lo mismo, disponer libremente de sus vidas. Cada uno, en esta larga cadena de hombres interesados en el negocio de la caoba era, él mismo, sólo un eslabón completamente inocente de las crueldades, las miserias y sufrimientos de los trabajadores caoberos. Cada uno de ellos, de haberse preguntado, hubiera respondido: "Nunca sabía que una cosa así pudiera suceder. Lo siento mucho y veré si se puede remediar."

En ocasiones, los gritos de dolor de los hombres atormentados en la selva llegaban a oídos del dictador. Entonces se enojaba mucho, se enojaba oficialmente, y ordenaba que se nombrara una comisión para investigar. Pero luego, asuntos más importantes llegaban a su escritorio y se olvidaba de indagar si la comisión investigadora había realmente partido a iniciar la investigación, o si su orden de mandar una comisión investigadora sólo había servido para que una docena de sus partidarios, siempre detrás de una prebenda lucrativa, obtuvieran por noventa días una magnífica entrada de dinero sin haber pasado siquiera una sola noche fuera de la ciudad para indagar si esos gritos de desesperación habían sido emitidos realmente o si no eran más que alguna ilusión falaz, o la propaganda venenosa del movimiento, siempre creciente, contra la dictadura.

Los trabajadores en las monterías, aun cuando hubieran descubierto dónde quedaba ese poder que ejercía una influencia tan terrible sobre su destino, no hubieran sido capaces de eliminarlo, ni siquiera de sacudirlo. Este poder anónimo estaba entretreído intrínsecamente con todos los otros poderes en existencia, fuerzas é intereses no sólo dentro del país sino de hecho en todo el mundo. Porque esas compañías importadoras y exportadoras de Nueva York no eran soberanas en su poder o influencia. Su poderío, a la vez, dependía de la buena voluntad y de la disposición de las compañías importadoras de maderas preciosas de Londres, de Liverpool, de Le Havre, de Hamburgo, de Rotterdam, de Génova, de Barcelona, de Amsterdam, de Copenhague, para comprar caoba. Y todas estas compañías dependían a su vez, en su poderío, de la buena voluntad de los miles de compañías e individuos consumidores de maderas preciosas, los cuales en sus ramificaciones y sucursales podían, en

cientos de casos, llegar tan lejos como al carpintero de la aldea en los países más pequeños. Ese poder fundamental estaba tan disperso, tan ramificado, tan extendido y tan entrelazado con todas las actividades de la producción y del consumo humanos que ni siquiera Dios mismo podía haber apuntado con el dedo a cierto hombre y haber dicho: "Éste es el que tiene el poder original que determina el destino de los peones caoberos."

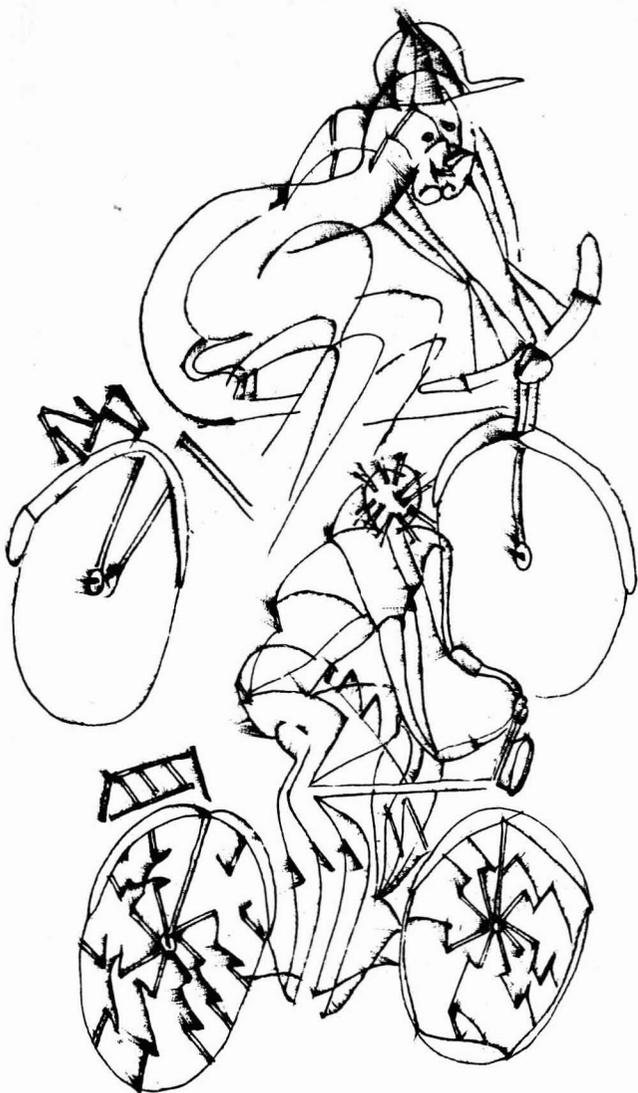
Así como hubiera sido imposible tratar de explicarles a los peones, con muchas palabras y aún más ejemplos, que una oficina en Nueva York, llena de hombres y mujeres diligentes, incansables, escribiendo y calculando, con el temor constante de perder sus empleos, no determinaba el destino de la tropa que marchaba por la selva, hubiera sido aún menos posible convencer a los peones y hacerles entender que el destino de un obrero hambriento y sin trabajo no está determinado por una persona o por un número de personas, sino por un sistema. Ni aun el más hábil de los agitadores, el más ardiente orador, hubiera encontrado a un solo hombre en toda la tropa a quien pudiera haberle explicado, siquiera con éxito limitado, lo que quiere decir un sistema.

Para todos estos leñadores indios, incluyendo al bastante inteligente Andrés, todo lo que no estaba inmediatamente eslabonado a una persona o a un animal o a algo visible, era incomprendible. Cuatrocientos años de educación por la Iglesia no han servido para crear en estas gentes la habilidad de imaginarse a Dios sin tener ante ellos, palpablemente, la imagen de la Virgen o de San Antonio o, para el caso, de cualquier santo, tallada en madera y vestida con traje de terciopelo, para que ellos, los indios, puedan ver y tocar el vestido, besarlo, presionar los labios y las manos sobre los pies de madera de San Pedro o de San Caralampio. Cómo podía esperarse que entendieran un sistema que es mucho más complicado que el sistema religioso que, ya con la Trinidad y la virginidad eterna de una madre, es de por sí bastante complicado.

Así como el soldado común y corriente no es capaz de reconocer al militarismo como sistema, sino que sólo ve al militarismo personificado en sus camaradas más viejos que lo apoyan, y en sus cabos y sargentos que lo atormentan día y noche, y probablemente también en su capitán, todos los cuales le hacen la vida un infierno, estos muchachos que marchaban en la tropa sólo reconocían como el poder fatal que los gobernaba, a aquellos que estaban más cerca, a aquellos que podían ver y a aquellos cuyos latigazos podían sentir. Aunque pareciera extraño, su odio raramente alcanzaba siquiera al enganchador. Disculpaban a éste al convenir en que era su negocio y su misión reclutar hombres para las monterías, así como era el negocio de los comerciantes en ganado comprar reses para los carniceros de las ciudades. Los hombres a quienes ellos consideraban como la fuerza bruta y poder verdaderos, porque ejercitaban su poder directamente, eran los coyotes para los enganchadores, los capataces y los arrieros de la tropa.

No existe ejemplo alguno donde los seres humanos puedan ser oprimidos, amordazados y golpeados por tanto tiempo que al final desistan de todo pensamiento de resistir o rebelarse. Mientras menos fue dotado de cerebro el que gobierna una nación, más intenta nulificar toda resistencia con medidas de fuerza bruta. Aun en la dictadura más arbitraria que se puede imaginar, una quinta parte de la población permanece sin ser tocada. Y esta nunca es precisamente la peor parte de la población. Esta quinta parte que él, el dictador, nunca ha podido alcanzar, causa su derrumbamiento.

El dictador en el poder que posiblemente podía haber alte-



rado el destino de estos caminantes era para ellos tan extraño, tan inalcanzable, tan inútil y tan sordo a su grito de socorro como lo era Dios en el Cielo, a Quien ellos eran incapaces de imaginarse y con Quien ellos podían establecer sólo una conexión muy remota, cuando se hincaban ante la imagen de madera o de cera de la Virgen o de un Santo, persignándose una docena de veces.

Su dictador, al que conocían y veían, era el capataz. Implorarle que fuera menos cruel nunca se les ocurrió ni por un momento. En los más de los casos hubiera sido mejor implorar a una piedra. Una piedra posiblemente pudiera haber sido movida si se le pararan lo bastante cerca y le gritaran lo suficientemente fuerte. Pero los capataces, quienes en su mayoría eran de la misma sangre y del mismo estrato social, negaban todo parentesco de sangre con el campesinado indio, y todavía con más vehemencia, toda solidaridad común. Así como el cabo se cree más cerca de la oficialidad que del soldado raso cuando abusa con éste, así los capataces pensaban que estaban socialmente más cerca de los ladinos, los agentes y los contratistas, mientras más brutalmente trataban a los peones y más inmisericordemente ayudaban a los enganchadores a conseguir nuevas víctimas.

Los peones, para evitar reventar de furia, no veían otro recurso que estar en rebeldía permanente en contra de los capataces, no sólo durante las travesías, sino también en las monterías. De día y de noche pensaban constantemente en tener, siquiera por una vez, a una de estas bestias bajo sus puños. Nunca se le ocurrió a cualquiera de los peones eliminar a los capataces por medio de un ataque combinado al sistema del cual el capataz no era más que un engrane. El último extremo al cual, posiblemente, pudieran ser empujados en su total desesperación, era el de destruir las monterías, tal como, unos años más tarde, los peones revolucionarios en el Estado de Morelos destruyeron todos los ingenios, arrasándolos hasta los cimientos, porque los consideraban la fuente de todos sus sufrimientos, lo cual de hecho era cierto sólo en un sentido muy limitado. Y era exactamente por la misma razón que durante la Revolución los ataques más feroces de los revolucionarios fueron contra padres e iglesias. Cualquier clase de opresión siempre causa las mismas consecuencias, porque los hombres en esto nunca cambian. Nunca ha sido posible conseguir que siquiera las cuatro quintas partes de los individuos de un mismo pueblo acepten una sola opinión o una sola idea, o que den su asentimiento a un solo programa, a una sola religión, o a una sola fe definida. Porque cada individuo tiene sus propias opiniones con respecto a lo que lo hará feliz y contento y a las leyes por las cuales él y sus vecinos deben ser gobernados. Eso es así porque es un ser humano. Los animales se contentan, o al menos parecen contentarse, siempre que sean alimentados con regularidad y se les dé libertad de reproducirse. Los animales nunca preguntan *¿por qué?* Nunca hacen preguntas. Nunca comparan.

## Mis empleos y otras andanzas

La plaza se iluminó.

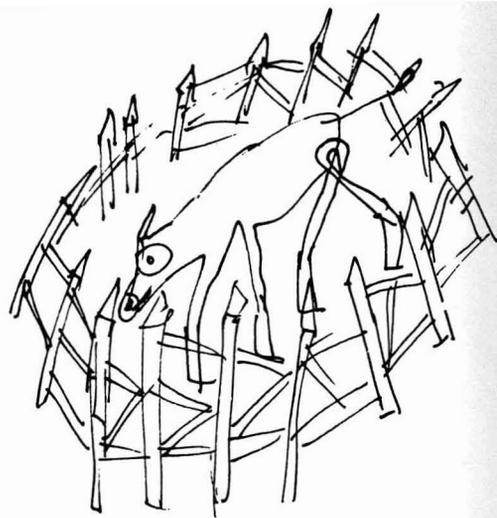
La noche había caído repentinamente. La oscuridad nos invadió en el corto tiempo transcurrido desde el comienzo de la batalla que Antonio libraba consigo mismo. Fue en pleno día cuando vi su cara franca e inocente. La noche había ensombrecido ahora lo poco que pude vislumbrar de su cara, que me hubiera revelado al verdadero Antonio, sin tapujos ni disfraces. ¿Antonio, asesino de Gonzalo? Lo que pudo ser para mí una experiencia inolvidable, poder estudiar las facciones y los gestos de un hombre asaltado por los poderes de la oscuridad, con el cabello y los poros electrizados, fue destruida por las luces implacables. Las luces mentían, poniendo gestos y sombras en la cara de Antonio que en verdad no existían.

Pero su aliento entrecortado era real, como también lo eran sus dedos que se hincaban en la banca. Todo lo demás, ficticio.

Sentado en la banca junto a nosotros, un peón indio, harapiento como la mayoría de los de su clase, que apenas ganan para mal comer. Muchos de estos trabajadores no tienen los treinta centavos con qué pasar la noche en un mesón, donde en la mañana se apiñan cincuenta, ochenta o cien compañeros de dormitorio a lavarse en el mismo lavamanos, secarse con la misma toalla y peinarse con el mismo peine.

El indio, dormido sobre la banca, quedó con los pies colgando y todo su cuerpo cansado y exhausto, hecho una masa informe de harapos.

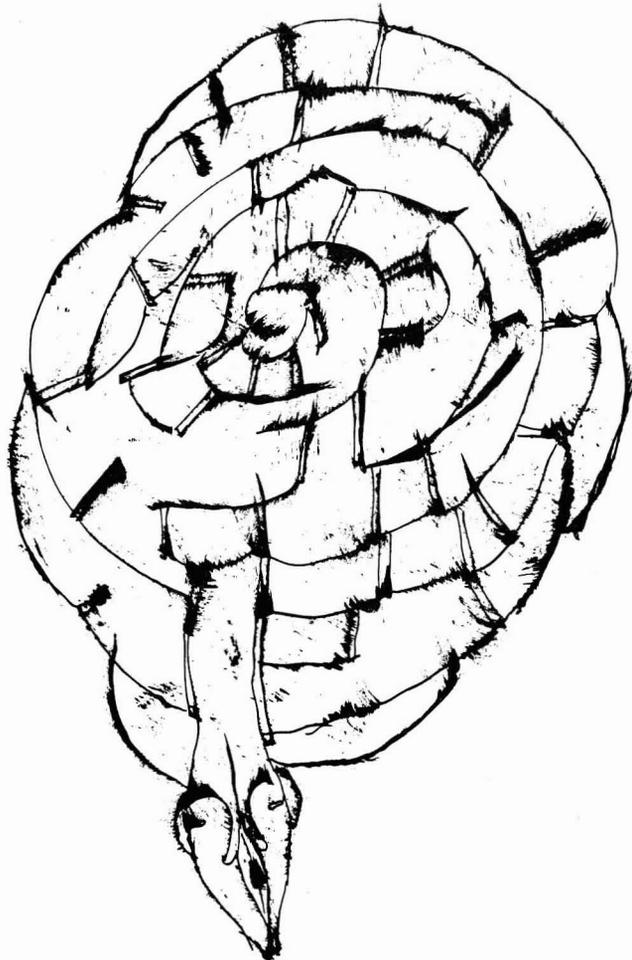
Se acercó un policía, indio como él. Sigilosamente rodeó la banca como un ave de rapiña, que habiendo descubierto su presa arrastrarse por el suelo, se prepara a atacarla desde arriba. Luego, no bien se colocó de nuevo, detrás de la banca, empuñó su cuarta, y con brutalidad salvaje, el gesto malévolo en la cara, descargó un golpe terrible sobre la espalda del peón. Con un gemido sofocado, el indio se dejó caer hacia adelante, cual si una espada le hubiera sido atravesada. Luego se enderezó, y retorciéndose y quejándose, el pobre hombre se llevó una mano hacia el lomo adolorido. El policía ahora se plantó frente a él. Una sonrisa maligna atravesaba su cara. Gruesas lágrimas, de dolor, escurrían por la cara del indio. Pero no dijo nada. No se levantó. Permaneció calladamente, sentado. Pues tenía derecho a hacerlo. Nadie podía disputarle ese derecho a sentarse en una banca pública, por más andrajoso que vistiere y por más que caballeros elegantes y damas encopetadas anduvieran paseando en el fresco de la noche, escuchando la música. El indio se sabía ciudadano de un país libre donde el millonario no goza de



más privilegio para sentarse en una banca del parque, que el indio paria.

El indio pudo haber permanecido sentado durante veinticuatro horas si hubiese querido, pero dormir sobre una banca, ¡jamás!, estaba prohibido. Para tanto no había libertad, aunque la banca quedase precisamente en la Plaza de la Libertad. Era la clase de libertad en la cual el que es autoridad puede apelar al que no lo es. El eterno antagonismo entre dos mundos. Tan antiguo como el relato de la expulsión del Paraíso. El eterno antagonismo entre la policía y los cansados y los abrumados, los agotados y los hambrientos. El indio no tenía razón, y lo sabía. Por eso permanecía callado y sólo gemía. Satán o Gabriel —en este caso él se consideraba este último— tenía toda la razón.

¡No! ¡No tenía la razón! ¡No! ¡No! La sangre se me subió a la cabeza. En todos los países civilizados, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, y aun en otras partes, es la policía la que azota y el trabajador el azotado. Y luego la gente que se sienta complacientemente a sus bien surtidas mesas se sorprende cuando alguien hace tambalear esa mesa, la voltea y hace volar todo en mil pedazos. Una herida de bala, sana. Una herida de chicote nunca sana. Sigue comiendo más y más hon-



do en la carne, llega al corazón y finalmente al cerebro, liberando un grito que hace temblar a la misma tierra. Un grito de "¡venganza!" ¿Por qué está Rusia en manos de los bolcheviques? Porque los rusos fueron los más azotados entre todos los pueblos antes de la nueva era. El chicote de la policía es la mecha que culmina en una explosión, que hace temblar a los continentes y estallar a los sistemas políticos.

¡Ay de los complacientes cuando los azotados gritan "¡venganza!" ¡Ay de los repletos cuando las heridas corroen hasta el corazón de los hambrientos y afectan las mentes de los sufridos! Yo me hice rebelde y revolucionario a la fuerza. Revolucionario por amor a la justicia, por deseo de ayudar al paria y al desheredado. La indignación ante la injusticia y la crueldad convierte a tantos en revolucionarios, cuanto las privaciones y el hambre.

Me paré de un salto y fui hacia la banca, frente a la que el policía cortaba el aire con su cuarta, sonriendo estúpidamente, ante su víctima que se retorció. No me prestó la menor atención, obviamente pensando que sólo me iba a sentar en la banca.

Pero me le acerqué y le dije, cortante: "Vamos a la Comandancia de Policía inmediatamente. Voy a denunciarlo. No tiene derecho a usar su cuarta más que en defensa propia o en un motín callejero. Eso lo sabe muy bien."

"Pero este perro estaba dormido sobre la banca." El pequeño monstruo de tez achocolatada trataba de defenderse.

"Entonces es su deber despertarlo y decirle que no está permitido dormir aquí, y de no hacerle caso, echarlo de la banca, pero cómo es eso de pegarle sin más, así que vamos a la Comandancia. Mañana no tendrá oportunidad de pegarle a nadie."

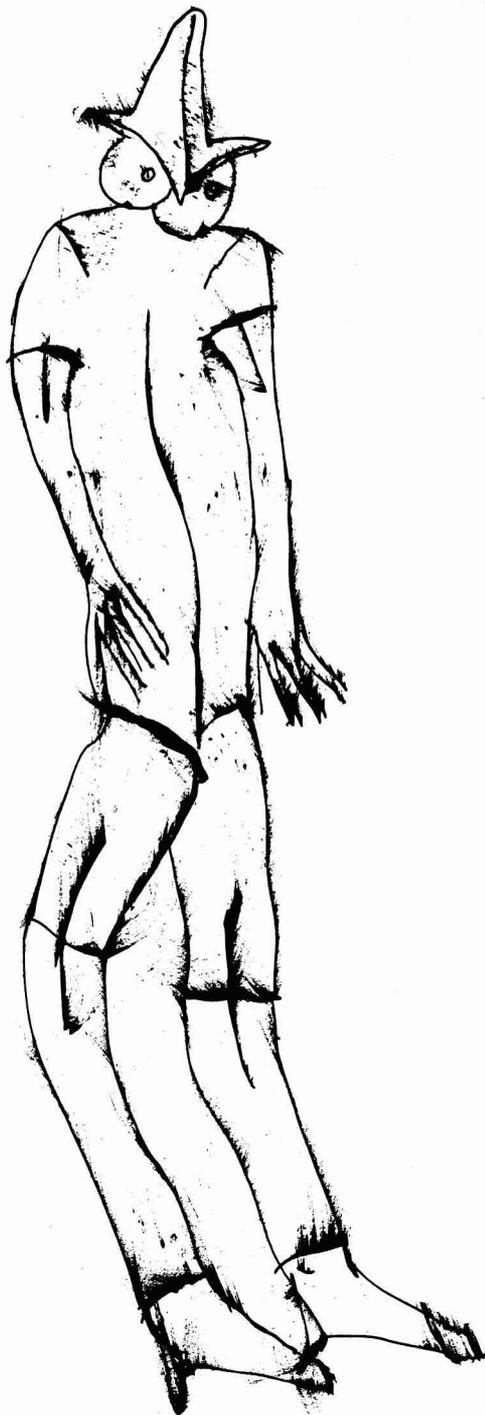
El individuo se me quedó viendo. Se percató que hablaba en serio y estaba decidido. Colgó la cuarta en un gancho de su cinturón, y como relámpago desapareció, como si la tierra se lo hubiera tragado.

El indio se levantó y se fue.

Yo regresé a donde estaba Antonio.

¿Qué es un asesinato?, cavilé. Todo conduce a lo mismo. La ley de la selva. Todo el mundo es una selva. Devorar o ser devorado. La mosca por la araña, la araña por el gorrion, el gorrion por la culebra, la culebra por el coyote, el coyote por... así seguía y seguía. Interminablemente. Hasta que llegara una catástrofe mundial, o una revolución, y todo el ciclo comenzaría otra vez, sólo que al revés.

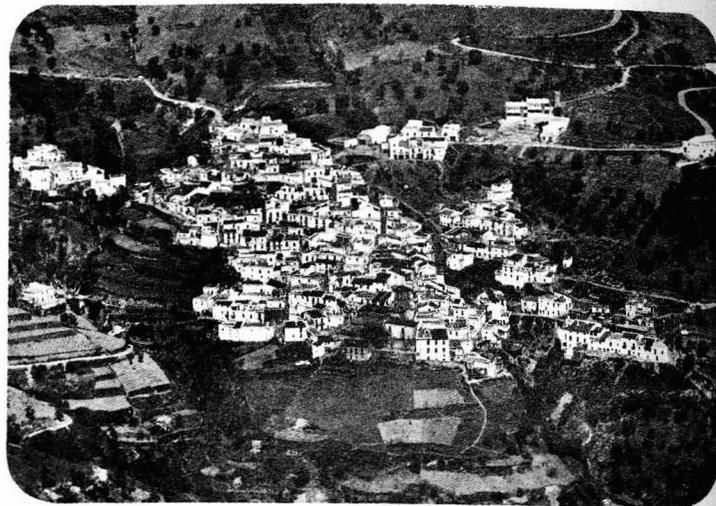
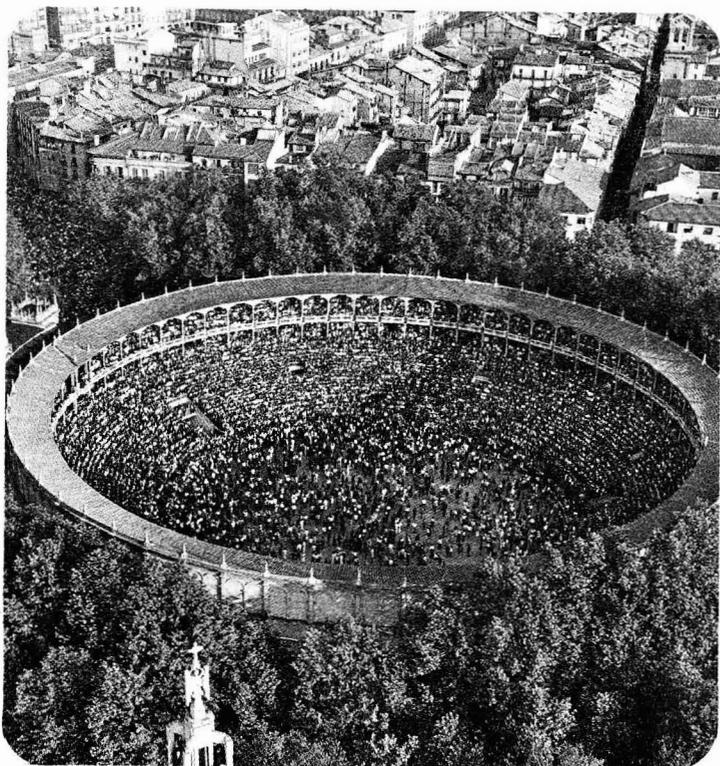
Antonio, ¡tú tienes la razón! ¡Sí, tú la tienes! ¡Los vivos siempre tienen la razón! Son los muertos los culpables. Si no hubieras asesinado a Gonzalo, él te hubiera asesinado a ti. Posiblemente. No, sin duda. Es la ley de la jungla. Aprende uno tan pronto en la maleza. Está en todos lados, y después de todo la civilización es sólo el resultado natural de una sobresaliente capacidad imitadora.



# BLAS DE OTERO

## REFORMA AGRARIA

Aquí nos exhibimos tal como somos, en la feria colorista. Donoso retablo de maese Pedro, bajo el dindón de las campanas, atabales de la tarde de toros, chirimías y carruseles verbeneros. ¡Hermosa tierra de España! Campo de soledad, éxodo hacia la ciudad, emigración hacia improbables países. El campo y sus anchas espaldas. La boca desdentada. El santo campo blanqueado. Estático. ¿Los siglos? Sombras van. Se nos apareciese en esta llanura el rancio arlequín de Don Quijote, no fingiríamos asombro. Se moviese por estos campos gente armada de la Santa Hermandad, no duraríamos un momento. Adviniese por ese sendero algún familiar del Santo Oficio, estamos curados de espanto.



## PAIS

La guitarra rasga la penumbra del zaguán, una mano crispada surge entre las rejas, pende en el cielo la camisa de los Fusilamientos.

El caballo bate sobre la testuz del toro, una capa rosada derramada en la arena, en alto la lanza apócrifa de Breda.

Llueve hacia el noroeste, se escurre la tinta de las capitulares añosas de Flor de Santidad. Saudade. Minifundios fútiles. Lacios emigrantes.

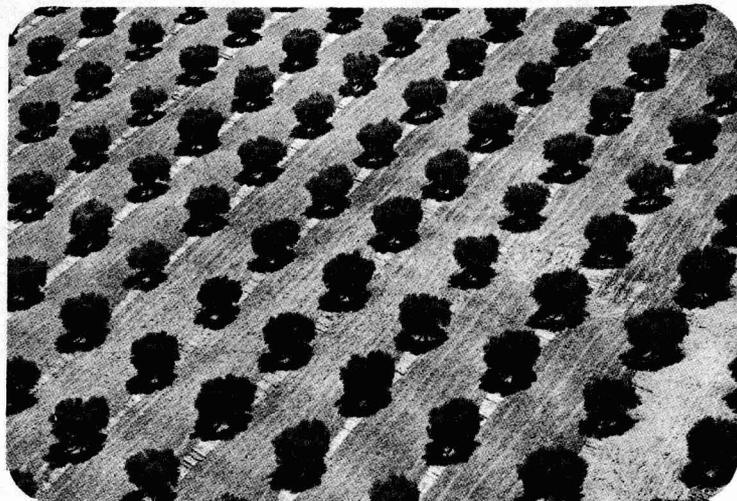
Cruces, medallas. Bandas militares azules, grosellas, cruzando los tórax oxidados. Suena el himno. Pendones de las Cofradías disfrazan el asunto. Trento. Lepanto. Sobre cubierta, bandea el Jesús del Gran Poder. Angustias. Vinillo.

—Buenos días, señor director. —Enseguida, señor director. —Qué amable ladrón el señor director. Marineros como muñecos de mueca macabra. Santo domingo toda la semana. Vietnam hasta cuándo. Guiñol infernal.

Soria pura. Esfera lunar. Paciencia:  
... al enemigo dais vida,  
y a toda Numancia muerte.

La guitarra araña la sombra del zaguán; en el cielo, los ojos crispados de Saturno devorando a sus hijos.

# HISTORIAS FINGIDAS Y VERDADERAS



## EL VAGAMUNDO

Qué bellas costas, grandes corolas anaranjadas, arrecifes como roñosas navajas de afeitar, cedros redondos ostentosos. Partió al amanecer, cuando la brisa silbaba en el bauprés y las olas murmuraban unas de otras y un albatros chilló bajo el peso del cielo.

Le atrajo el Mar Amarillo, dibujó sus litorales y rozó sus islas, salió al Mar del Japón y adentró sus puertos y ensenadas, pasando luego al mar de Ojotsk por un viraje imprevisto de los vientos.

Cuando entró en Hiroshima comenzaba a clarear. Los altos edificios del centro de la ciudad se ladeaban imperceptiblemente en el pálido celeste.

Aquí de Elio Adriano  
de Teodosio divino,  
de Silio, peregrino  
rodaron de marfil y oro las cunas.

Ningún vestigio resta de aquello, apenas unas ruinas bien atendidas. Mas todavía algunos seguirán muriendo, se engendrarán otros con el terrible estigma.

El mar traslada sus tiendas, esplende este mediodía como el espejo con que juega un niño, una página del atlas se agita un instante en la rodilla del vagamundo.



## EL AIRE

El aire mueve levemente las páginas del libro, es ésta una de sus misiones principales; desconfiad del libro encerrado en sí mismo, de las sabias o hermosas palabras que se agostan al simple contacto del aire.

El aire cambia sus billetes a cada paso, billetes verdes del mar con la vuelta de las olas, monedas de cobre del otoño a nuestro paso matinal por el Luxemburgo.

El aire es la imagen de la libertad, sin estatuas tramposas ni antorchas trasnochadas. Balancea las altas ramas de las palmas a 90 millas de los miserables millonarios.

El aire es sabiduría y música del entendimiento. No hay diálogo posible si el aire falta, entonces la atmósfera se enrarece y el ciudadano se entontece.

El aire abre y cierra las puertas del campo, coloca los colores de su orquídea correspondiente, limpia la plata en la vidriera del cielo.

Las chicas chinas pían en el patio, el aire viene hecho polvo desde Mongolia.

Aquí cae el aire y se levanta siguiendo los accidentes de la meseta castellana. Que por mayo era cuando canta la calandria, y

El aire se serena  
y viste de hermosura y luz no usada . . .

Alfredo  
López Austin

## LA EMBRIAGUEZ EN LOS ANTIGUOS MEXICANOS

Decían los nahuas que, así como son cuatrocientos los dioses de la embriaguez, cuatrocientas son las formas en que la ebriedad se manifiesta en los hombres. Si cuatrocientos era para ellos sinónimo de innumerable —el mil indeterminado del español— debe pensarse que consideraban que cada hombre sufría una transformación peculiar de su personalidad bajo los efectos de la intoxicación. Pero, claro está, existían prototipos, y los textos de los informantes indígenas de Sahagún nos proporcionan la descripción de seis de ellos al dedicar un capítulo especial, una verdadera digresión, después de haber tocado el tema de los nacidos el día Dos Conejo —signo que inclinaba a los hombres a la vida trágica del borracho— en el libro que el franciscano tituló *De la astrología judiciaria*, cuarto de su *Historia general de las cosas de Nueva España*.

Van a continuación mis versiones del náhuatl al español de los prototipos descritos en dicho capítulo. Las acompañan

las de cuatro textos más: el que se refiere a la borrachera general de la fiesta que se hacía a fines de cada año en honor a Ixcozauhqui, dios del fuego, y que recibía el nombre de Huauhquiltamalculiztli debido a que en ella se comía una clase especial de tamales; el que habla del trágico destino de los hombres nacidos el día Dos Conejo; el que trata de la ejecución de los jóvenes sorprendidos en estado de ebriedad, y, por último, un brevísimo texto que se refiere a un tipo de embriaguez que no recibió la debida atención, tal vez el único verdaderamente hermoso: el de los viejos que, bajo los efectos del pulque, vuelven los ojos a su pasado, a sus días mozos de virilidad.<sup>1</sup>

Todas las fuentes coinciden en la existencia entre los nahuas de una rigidez extrema en lo relativo a la embriaguez. Buena prueba de ello es el texto que habla de la ejecución de los jóvenes ebrios que aparece más abajo. Y, sin embargo, suficientes casos de embriaguez debieron

darse para permitir que los nahuas nos legaran los retratos que aquí se incluyen. No es sólo su observación de los efectos del pulque en los ancianos —que podían ingerirlo libremente— sino la de vidas dedicadas al vicio, las de los perdidos que recibían la influencia del signo Dos Conejo.

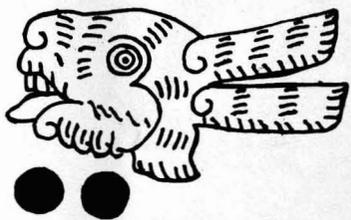
¿Cómo pudieron coexistir las duras leyes penales y los hombres que las desafiaban? Como en todos los pueblos y en todos los tiempos. Vivían estos desgraciados oprimidos por la repulsión social y bajo el peligro de ser muertos en las plazas públicas; pero el vicio los dominaba ya en tal grado que les era imposible desprenderse de la bebida. Al final, la muerte trágica los sorprendía, ya en forma accidental, ya en manos de salteadores, ya bajo los verdugos, como tantos ejemplos que nos dan las fuentes, no sólo relativos a las penas sufridas por los hombres del pueblo, sino por personajes prominentes que mancharon con su vida los libros que narraban la historia de su familia.

Los textos corresponden al *Códice Florentino* y al *Códice Matritense del Real Palacio*. El primero es del Libro II, capítulo xxxviii, p. 157 de la paleografía del *Códice Florentino* hecha por Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble en *Florentine Codex, Book 2-The Ceremonies*, translated from the Aztec into English, with notes and illustrations, Santa Fe, New Mexico, The School of American Research and the University of Utah, 1951 [x]-216 p., ils. El segundo corresponde al Libro IV (V en el *Matritense*), capítulo iv, folios 194 r. a 195 v. del *Matritense* y p. 11-13 de la paleografía del *Florentino* hecha por los autores citados en *Florentine Codex, Book 4-The Soothsayers and Book 5-The Omens*, translated from the Aztec

into English, with notes and illustrations, Santa Fe, New Mexico, The School of American Research and The University of Utah, 1957, [xviii]-196 p., ils. Del tercero al octavo corresponden al Libro IV (V en el *Matritense*), capítulo v, folios 196 r. a 197 r en el *Matritense* y p. 15-16 del *Florentine Codex, Book 4...* citado. El noveno ha sido tomado del Libro II, capítulo xxvii, folios 91 r. y 91 v. del *Matritense* y p. 99-100 de la paleografía del *Florentine Codex, Book 2...* ya citado. El último es la parte final del capítulo xxviii del Libro II, folio 93 f. del *Matritense* y p. 103 de la paleografía de Dibble y Anderson en la última de sus obras citadas. Ortografía y puntuación han sido un tanto modernizadas; pero el texto no ha sido alterado.



Se infama su historia... es ladrón, escala las paredes ajenas, escala los tapancos... su embriaguez lo hace obrar.  
[*Códice Mendocino*, fol. 70v.]



## Descripción de borrachos en sus textos

Y venía a seguir el signo Dos Conejo.  
Se dice quien en él nace es muy borracho.  
[Códice Borgia.]

### 1 *Borrachera general en la fiesta de Huauhquiltamalculiztli*

Y allá [en Tezcaóac] empieza a darse, a darse a la gente el pulque. Todo mundo lleva allá su pulque, allá lo acarrea. Hay repartición entre la gente. Allá de unos a otros es dado [el pulque] en jarros de barro. Es restituido; es reintegrado. Allá dan de beber a todos los niñitos, a los ya grandecillos, y aun a los que están en la cuna —sólo les dan a probar—. Todo mundo se embriaga bien, los hombres importantes. Se iguala [a los demás] el que bebe.

No porque hace espuma [el pulque] le tienen recelo; no porque relumbra lo tienen por precioso. Hasta el suelo llega; corre el pulque como agua.

Y [los hombres] llevan sus recipientes propios para licor, los llamados "tecomates flacos", de tres patas, de asideros por los cuatro lados.

Están como enchilados de la cara, con cara taciturna, como carleando con cara dura.<sup>2</sup> Todo está revuelto; la gente se golpea; andan rodeando; es rechazada la gente; se aprietan; se pisan; se empujan; se toman por las manos; se halan uno junto a otro; se miden con el brazo; se abrazan por el cuello; se meten en sus casas.

### 2 *El borracho por destino*

Y venía a seguir [al signo Uno Ciervo del calendario de los destinos el signo] Dos Conejo. Se dice que quien en él nace es muy borracho. Mucho necesita, se le antoja, desea como puerco el pulque. Se hincha bien de pulque; es glotón de pulque. Ya sólo se dedica al pulque, de él depende, se lo da como una obligación, se le entrega pasionalmente, se le entrega en forma inhumana, suciamente lo desea. Sólo su bebida cuenta; en ella viene a despertar; en ella viene a levantarse. Nunca entiende; nunca mira las cosas; nunca deja su embriaguez.

En verdad, algunas veces no come. Por todo este tiempo se le entrega. Ya no se acuesta. Noche a noche se levanta; entra a las casas de los fabricantes de pulque, se embriaga sin pagar. En ningún tiempo abre su corazón.<sup>3</sup> No puede estar si no bebe algo. Y ya no toma en cuenta [lo que bebe]; no lo aborrece; no se hastía; no le tiene asco, aunque sean sólo heces, sólo una cosa espesucha, con lodo, o quizá llena de moscas, con moscas, con basura, llena de basura; así la traga; así la suerbe; así la chupa; como perro se lame los labios.

Si no encuentra algo con qué beber, con qué comprar, dispone precipitadamente de su manto, de su braguero. Por esta razón se busca la miseria. Ya no puede abstenerse ni hacerse firme como la piedra el corazón.

Luego nunca más puede estar sosegado ni conocer las cosas tranquilamente. Aun cuando por un día esté pacífico, de nuevo estará bien borracho, fuertemente beodo, de nuevo bien desatinado, sucio de embriaguez. Ya no le importa. Sólo cae de bruces, cae boca abajo. Anda encenizándose el trasero; anda encenizándose los párpados. La cara enrojecida; la carucha enrojecida. Anda con la cabeza desbaratada; anda con la cabeza como un andrajo; cabezucha deshecha; cabezucha andrajosa. Ya no se pasa por allí la mano; ya no se peina; ya no se peina la cabeza.

Y aunque en algún lado caiga, se raspe la cara, se raspe la nariz, se raspe las rodillas, se desuelle las rodillas, se quiebre las manos, se quiebre los pies,<sup>4</sup> ya no le importa; ya no siente que está herido.

En ningún lugar es pacífico; en ningún lugar tiene en su rostro rectitud humana.

Y sus manos sólo están vacilantes, sólo están temblando, estremeciéndose. Y su palabra ya no tiene sentido; es temblorosa; sólo habla como borracho; todas son palabras desmesuradas las que de su boca salen; deja ir las palabras sin querer. Así anda gritando a la gente, haciéndose oír por la gente, avergonzando a la gente, peleando con la gente. Todo lo que dice son palabras que no deben pronunciarse. Anda gritando; anda vociferando. Anda haciendo ostentación de su virilidad. Anda doblando las rodillas. Abre mucho la boca; canta. Nada ve con respeto; nada toma en consideración. Todo lo arrebatata. Levanta en alto, tremola el arma,<sup>5</sup> la piedra, el palo. Va llevando su piedra, su palo. Altera al hombre. Sacude al hombre. Anda cerrando el camino.

Busca a sus hijos la miseria. Siempre los espanta, los asusta, los arroja.

Nunca duerme pacíficamente ni se echa tranquilo en la cama. Caen entonces de cansancio al suelo.

Causa su pena; se causa penas.

Ya no dice: "¿Con qué estará bien mi hogar?" Dizque sólo estima su pulque. De su hogar sólo está saliendo basura, está secándose el salitre. Nadie barre; no se enciende fuego; está oscuro; la miseria está brotando.

Sólo en cualquier lugar ajeno duerme; se echa a dormir en lugar ajeno. Su corazón está allá, donde se hace el pulque, donde se coloca el pulque. [Si] no encuentra pulque, está afligido su corazón, como si colgara de lo alto, como si de lo alto se desprendiera, como si oscilara.

Y si en algún lado encontró con gusto un sitio para beber, es como si allí se le pusiera en orden el corazón, como su renacimiento, como si su corazón echara brotes, como si se refrescara su corazón. Allí se sienta firmemente, se sienta sólidamente; se sienta por completo, se sienta alegremente; ya no piensa en salir.

Y si a algún lugar es llamado a beber, empieza a correr como nunca, con toda presteza, como si fuera todo oreja,<sup>6</sup> como

<sup>2</sup> *Tlaixmetzihui*. La versión que doy es muy dudosa; literalmente parece indicar "con cara semejante al magüey"

<sup>3</sup> En ningún tiempo piensa correctamente.

<sup>4</sup> En el texto original dice *etcétera*.

<sup>5</sup> Literalmente, la fiera

<sup>6</sup> Literalmente, como si fuera una su oreja, esto es, como si sólo escuchara los sonidos que provienen del lugar donde lo llaman.



Y los ancianos y las ancianas tenían como privilegio beber pulque.  
[Códice Mendocino, fol. 71v.]

si corriera saltando. Corre mucho, corre rápidamente, se va lanzando. Nada causa su vergüenza; ya a nadie tiene en cuenta; a nadie tiene vergüenza.

Pero tampoco a él lo toman en cuenta. Ya no le dan nombre humano. En ningún lugar se le llama hombre. En todas partes es despreciado. Provoca ira. En ningún lugar puede sentarse con la gente. En todas partes revuelve las cosas. Si en algún lugar hay congregación, esparce a la gente, desbanda a la gente, aleja a la gente. De él se apartan, se alejan; de él se separan. Enmaraña la amistad; es mancha de la amistad.

Así es dicho: "En verdad, tal es su destino. ¿Qué remedio podrá haber?" Y alguna que otra vez hay ánimo; alguna que otra vez hay esfuerzo.

Es dicho: "Solamente irá a caer en algún lugar; sólo en algún lugar se perderá; sólo en algún lugar morirá; sólo en algún lugar caerá desfilado. O quizá en algún lugar se despeñará, caerá en un hoyo, se irá al agua, se irá al río, morirá en el agua; o quizá en algún lugar caerá en manos de malvados, se meterá en sus manos; lo robarán, le quitarán todas sus cosas, lo despojarán, lo dejarán limpio."

Y no es sólo esto lo que le acontece, lo que se le enfrenta. Se infama su historia: algunas veces comete adulterio, es ladrón, escala las paredes ajenas, escala los tapanco, burla a la gente, maltrata a la gente. Su embriaguez lo hace obrar.

El pulque se le hace máscara; va llevando su máscara de pulque: al amanecer tiene hinchada la cara, abotagados los párpados, los párpados muy hinchados; anda con los ojos húmedos; tiene la cara deteriorada por el pulque. En ninguna parte se le considera hombre. Constantemente bosteza.

Y al que no es gran bebedor, mucho lo enferma [el pulque] al amanecer, se enferma por el pulque, está crudo.<sup>7</sup> También se le hinchan los párpados, se le hincha el rostro, le duele la cabeza, [siente que] se le levanta la cabeza. Con pereza se está incorporando; sólo permanece envuelto; duerme todo el día. Tampoco tiene ánimo para comer. Quiere vomitar. Tiene asco. Con dificultad abandona, olvida [los efectos del pulque].

3

### *El borracho dormilón*

A algún borracho no le hace mal, no le hace daño su destino [Dos Conejo]. No le irrita el pulque, no se enoja con él, no le hace ser bellaco.

Sólo se acuesta a dormir, está dormido; palidece, está pálido; se pone cabizbajo, está cabizbajo; se pone hecho ovillo, está hecho ovillo; se ciñe con los brazos, está abrazado; sólo se acucillado, está acucillado; se dobla sobre sí, está doblado; sólo se abandona; sólo se aparta mansamente de la gente, mansamente se echa, mansamente cae al suelo. Así, en nada ofende. Está durmiendo con ronquidos; está gruñendo; está roncando, como si se le estuviera rompiendo la nariz, como si gozara mucho del sueño.

<sup>7</sup> Tapanco es un tablado que cubre sólo parcialmente el piso inferior.

<sup>8</sup> Crudo es mexicanismo que significa persona que sufre al día siguiente los efectos de una borrachera.

4

### *El borracho llorón*

Y alguno solamente llora. Se le sueltan como torrente las lágrimas, como si esto le satisficiera. Está sollozando como si se exprimiera, como si hiciera caer granizo, como si no poco de su llanto siguiera un curso. No puede contenerse. Bien se alimenta su corazón de lo que le recuerda el pulque.

5

### *El borracho cantor*

Y para alguno sólo es felicidad, sólo es agrado la canción, el canto. No quiere hablar; con cansancio oír el parloteo, la conversación, la plática. Es como si el beber pulque liberara su canto, como si recordara, como si lo anegara su canto, como si el pulque lo elevara.

6

### *El borracho parlanchín y jactancioso*

Y alguno no canta. Sobre todo, él habla. Habla consigo mismo como torrente. Habla mucho, parla, charla desmesuradamente, con lenguaje bárbaro, con gruñidos, con flechazos, está lanzando dardos. Murmura, se jacta, se alaba constantemente, se vanagloria, presume, se paladea a sí mismo; está teniéndose en mucho; está apocando a la gente; está hablando con mucho menosprecio; está moviendo [con jactancia] la cabeza; está fingiéndose rico; está hostigando a la gente por su pobreza; está fingiéndose persona importante; está fingiéndose persona principal, como quien sólo a sí se estima. No cae desinflado, no cae sobrepasado por lo dicho, no cae afligido por lo dicho. Nadie puede contradecirlo. Se tiene por superior; se tiene por culminante.

Su discurso es incierto. ¿Qué es lo que dice? Es como si espumara, como si estuviera espumando constantemente su discurso, como si hiciera brotar y brotar su discurso. Es como si totalmente recogiera, como si estirara, como si extendiera el silencio. Es como si su discurso rechazara a la gente, como si la persiguiera, como si se arrojara sin miedo sobre ella, como si tuviera sentada a la gente con la cabeza inclinada, como si la tuviera acucillada, como si contra ella arremetiera, como si hubiera disgustado a la gente, como si no tomara en cuenta lo que dicen: donde quiera que habla, donde quiera que se apodera [de la palabra], es como si menospreciara, como si pisoteara [lo dicho por los demás].

Y cuando nada bebe, es como si fuera mudo, como si no tuviera palabras. Es muy tímido, muy cobarde. De todo se excusa en esta forma: dice a la gente. "No capté lo que dije porque estaba borracho, porque sobre mí se colocó [el pulque]. Yo estaba disgustado."



O quizá en algún lugar se despeñará,  
caerá en un hoyo, se irá  
al agua, se irá al río...  
[Códice Florentino, lámina XXII, n.13]

7

### El borracho suspicaz y rijoso

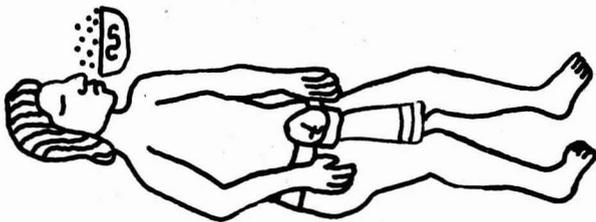
Y algún borracho es muy suspicaz; entiende muy mal las cosas; no entiende. Muchas veces achaca a su mujer que lo deshonra con alguien. Quizá alguno sólo la ve, y ya le dice: "Algo das a entender a mi mujer con los ojos." Allí hace empezar el enojo, la riña, el maltrato.<sup>9</sup>

Y todo se lo apropia, lo que se dice en la conversación, lo que provoca risas. Está sospechando que de él se conversa, se ríe. Sin consideración riñe constantemente. El pulque, la bebida lo hace ver con furia.

8

### La mujer borracha

Y si es mujer [la que se embriaga], sólo se echa encogida, sólo está encogida. Nada entiende ya. [O] se echa extendida, está extendida. Y si se embriagó mucho, si se afligió mucho, sólo la está vistiendo su cabello. Allí cae desfallecida; está extendido su cabello.<sup>10</sup>



...cuando han sido ejecutados,  
se espanta la gente.  
[Códice Mendocino, fol. 71v.]

<sup>9</sup> En el texto original dice *etcétera*.  
<sup>10</sup> En el texto original dice *etcétera*.

9

### Los jóvenes contumaces

Y los ancianos y las ancianas tenían como privilegio beber pulque [en la fiesta de Huei Tecuúhuitl]. Entonces ninguno bebía de los jóvenes, de los ofrendadores, de las doncellas.

Y si alguno fue visto, precisamente por esto es aprehendido, es puesto en el lugar de la jaula, en el lugar de la casa de las esteras.<sup>11</sup> Es hecho juicio sobre lo que le acontecerá; quizá lo castigarán. Es sopesada [su culpa]. Es manifestado lo que deciden [los jueces], si obtendrá perdón [el acusado]. Y si no obtiene perdón, es sentenciado, morirá, ya no saldrá [con vida]. Ya no tiene amparo, ya no tiene Siete Agua,<sup>12</sup> ya no tiene esperanza.

Y de quien fue condenado, por la tarde es dada a conocer [la sentencia], es mostrada a todos, es expuesta a todos, en algunos lugares declaran la sentencia.

Se decía: "Mañana será muerto. Todo hombre del pueblo se estremecerá. He aquí que algunos de los borrachos que reputamos caerán en temor."

Van [los sentenciados] con las manos atadas; los ponen en medio [de la plaza]. En seguida hablan los jueces, amonestan a la gente; hablan acerca del pulque, que ninguno de los jóvenes lo puede beber. Hasta que lleguen a formar casa, cuando envejecan y tengan [hijos] crecidos, y tengan [hijas] doncellas podrán tener por privilegio beber.

Y cuando termina el discurso de los jueces, golpean la nuca [de los sentenciados] los verdugos, los ejecutores de Motecuhzomatzin: el Cuauhnochtli, el Yezhuahuácatl, el Ticociahuácatl, el Tezcacóatl, el Mazatécatl, el Atempanécatl. Éstos no son jueces; sólo son capitanes, delegados, los elegidos, los experimentados, los de corazón robusto, los de corazón fuerte, los dueños de corazón, de buen hablar.

Y cuando ya han sido ejecutados [los sentenciados], se espanta la gente. Se espanta por esto el entendido, el razonable. Pero los de corazón pervertido, los desentendidos no pueden darse por enterados. Los educados mujerilmente, los de cabeza de piedra, sólo ríen, sólo se burlan del razonamiento, sólo lo oyen como cosa de burla; sólo lo oyen alegremente. No comprenden entonces el discurso; no se atemorizan por la ejecución.

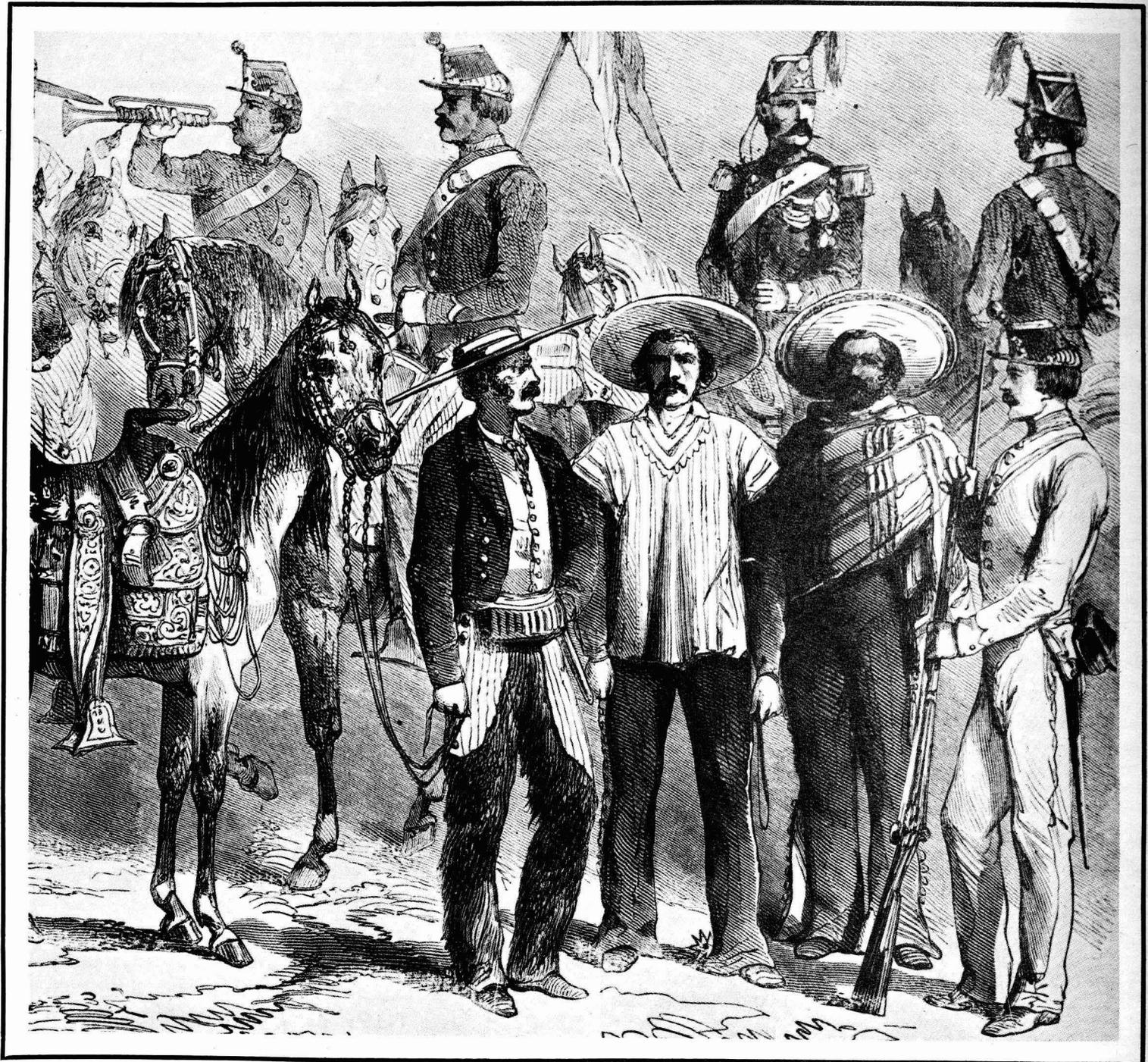
10

### Los ancianos ebrios

Y solamente los viejitos y las viejitas beben licor [en la fiesta de Tlaxochimaco]. Y el que está bien bebido, grita a la gente, o quizá habla de su virilidad.

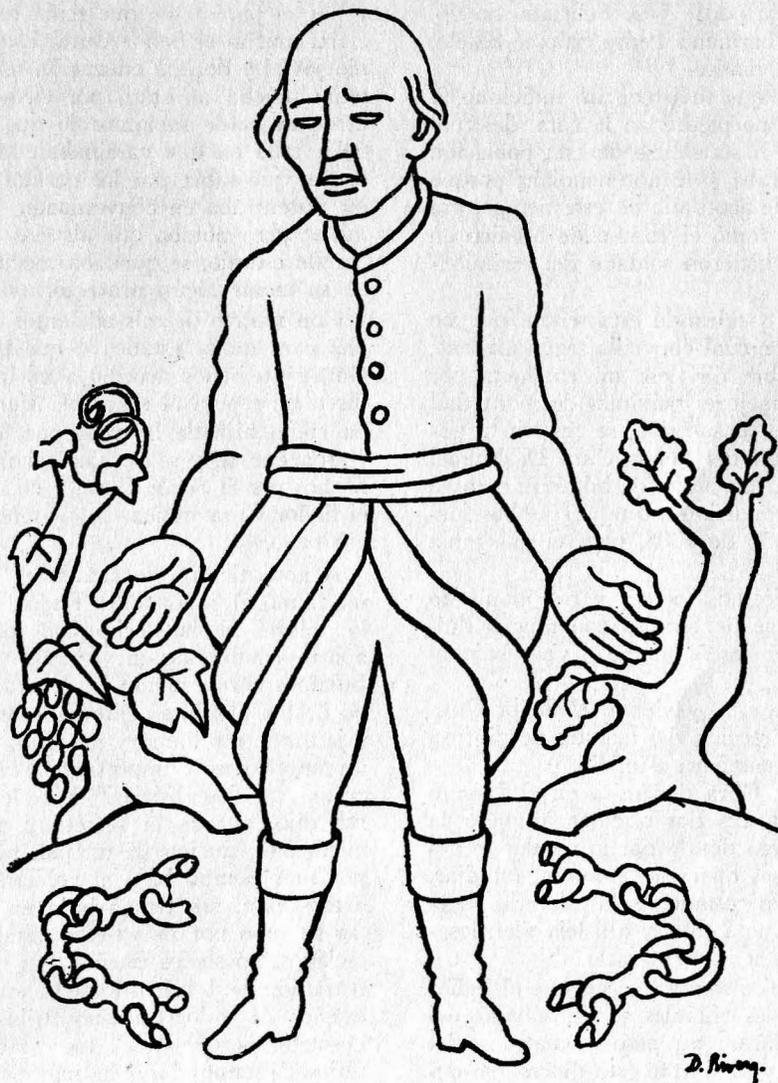
<sup>11</sup> En el lugar del juicio.

<sup>12</sup> Los nacidos en el día Uno Casa tenían por destino una mala muerte, sin que pudieran escapar por medio de penitencia. El único remedio era ofrecer a los nacidos bajo ese signo los días Tres Serpiente o Siete Agua. Véase a Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, preparación, numeración, anotaciones y apéndices por Ángel Ma. Garibay K., 4 v., México, Editorial Porrúa, S. A., 1956, ils. [Biblioteca Porrúa, 8-11] v. I, p. 354 y 355. En este caso ya nada vale para el sentenciado haber sido ofrecido el día Siete Agua.



# Memorias de un Insurgente

por  
Pedro José Sotelo



*Memorias del último de los primeros soldados de la  
Independencia, Pedro José Sotelo, dedicadas al  
C. Lic. Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente Constitucional  
de los Estados Unidos Mexicanos, por el Ayuntamiento  
y Jefe Político de esta Ciudad*

Recopilada por Hernández y Dávalos, la Relación de Pedro José Sotelo fue aprovechada por Luis Castillo Ledón en su excelente libro sobre la vida de Hidalgo; libro en el que se incluye, además, una fotografía de aquel antiguo insurgente. Acaso no sean indispensables mayores noticias. La Memoria de Sotelo, escrita como la de algunos soldados: para volver a vivir sus hazañas, o recobrar prestigio ante una generación que necesariamente los olvida, es un escrito poco conocido. Su actualidad no es sólo la que coincide con el mes de septiembre, sino la que promueve un relato que, en su extrema sencillez, no carece de emoción.

**E**N EL año de 1802 falleció mi padre José Feliciano Sotelo, y quedamos huérfanos, mi hermano Pedro Salomé Sotelo, con el único amparo de mi madre.

Mi hermano, por una cuestión que tuvo con un individuo, a quien en la riña le dio un golpe de piedra en la cara, del cual cayó en tierra sin sentido, corrió hasta salirse de esta población por temor al castigo que le esperaba si le aprehendían; porque D. Manuel Salas, que era Juez de acordada en este tiempo, era muy cruel en sus operaciones, y tomó el rumbo de México en donde le agarraron de leva y le hicieron soldado del regimiento de la Corona.

Quedé yo solo con mi madre, y mirando esta señora que no era capaz de darme una educación cual convenía según mi sexo, y que era preciso que un hombre dirigiese mi conducta por buen sendero, inculcándome las mejores máximas de moralidad para vivir con mis semejantes en lo sucesivo, se resolvió a ponerme a las órdenes y disposición del Señor Cura D. Miguel Hidalgo y Costilla, quien tuvo la dignación de admitirme en su casa, arregladas que fueron las condiciones que por ambos fueron propuestas. Esto fue en el año de 1803, para el que tenía yo trece años de edad.

El Señor Cura me recibió afectuosamente, y me manifestó desde luego un estilo afable, y me doctrinaba con mucha dulzura, dándome buenos consejos y enseñándome a vivir bajo el temor de Dios.

Me dediqué al arte de la alfarería, y viendo el Señor Cura mi aplicación me puso bajo la dirección del maestro de pintura D. José Ignacio N. para que me enseñara el oficio.

Tenía por costumbre el Señor Cura dar misa en el Llanito diariamente, y al volver visitaba sus dos oficinas, primero la sedería y luego la alfarería, que era donde por lo regular se detenía más tiempo, tanto en ver sus operarios como en estudiar, para lo cual tenía un lugar en un costado de la alfarería hacia el Poniente, en cuyo punto tenía una silla, y allí leía silenciosamente sin que nadie se atreviera a interrumpirlo.

No corrió mucho tiempo de mi aprendizaje sin que el Señor Cura, después de pagar a todos los oficiales el día Sábado, del dinero que sobraba empezó a darme un peso o cuatro reales con el carácter de gratificación, y al darme este dinero me decía "para su madre" pues por lo que tocaba a mi persona estaba bien servido de alimento y ropa en el curato. Así continué hasta el año de 1807 en que dio orden el Señor Cura al maestro Germán González, que era el que estaba encargado de llevar las listas o apuntes de los precios de toda clase de pinturas, para que me pagara igual a todos los oficiales. Esto resultó del manejo de mi conducta, tanto en la oficina como en la casa del Señor Cura; pues yo veía que me tenía afecto con especialidad como el más joven de todos los oficiales, y yo por mi parte procuraba no disgustarlo, y atraerme su cariño más y más, haciendo cuantos servicios estaban a mi alcance.

Corrió el tiempo hasta el año de 1809, en cuyo intervalo gozamos de una vida angelical y tranquila al lado del Señor Cura, paseándonos en su compañía; porque como la mayor parte de todos los alfareros eran músicos, cuando a este señor le ocurría hacer un baile, un paseo de campo, o cualquier diversión o pasatiempo honesto, no hacía más que llamar a sus músicos, e inmediatamente se hacía lo que él disponía, y quedaba servido y agradecido de todos.

En la casa del Señor Cura asistía un Señor que se llamaba D. Santos Villa, que era el director de la música, por lo cual

y por el parentesco que tenía con la familia Hidalgo, lo apreciaba mucho el Señor Cura. Este Señor Don Santos era de genio jovial y de una educación muy fina; con todos los alfareros tenía mucha amistad, por cuyo motivo, por su conducto, de tarde en tarde sabíamos lo que el Señor Cura decía respecto del estado en que caminaban los negocios políticos de aquella época, que sabía por las gacetas o periódicos. Yo por lo regular no entraba en conversación, porque mi edad no me lo permitía; pero notaba que algunas veces el Señor Cura, en su lugar de estudio, se quedaba meditando y como formando allá en su mente algún proyecto.

Con motivo de mis adelantos en la pintura, me consideré capaz para tomar estado, lo que puse en conocimiento del Señor Cura; este señor accedió a mi intento y se encargó de ir a pedir a mi esposa al señor D. Mariano Abasolo, porque allí estaba como hija de la casa, pues era huérfana de padres; resolvieron que sí, y se verificó mi matrimonio, cuyos gastos fueron hechos por el Señor Cura, y no supe qué cantidad sería, porque el Señor Cura nunca me manifestó ninguna cuenta, ni me exigió pago.

A poco tiempo de casado en el mismo año de 1809 un día me llamó el Señor Cura reservadamente, ya yo había visto que lo mismo había hecho con los demás oficiales, llamándolos aparte y hablando en voz baja y con seriedad, nosotros lo atribuíamos a reprehensión o regaño, y más cuando estos señores no decían absolutamente nada de lo que les decía: un día como dije antes, me llamó y me dijo: "Hombre, si yo te comunicara un negocio muy importante y al mismo tiempo de mucho secreto, ¿me descubrirías?" Y yo le contesté, no, señor, "pues bien, me dijo, guarda el secreto y oye: No conviene que, siendo mexicanos, dueños de un país tan hermoso y rico, continuemos por más tiempo bajo el gobierno de los gachupines, éstos nos extorsionan, nos tienen bajo un yugo que no es posible soportar su peso por más tiempo: nos tratan como si fuéramos sus esclavos, no somos dueños aun de hablar con libertad; no disfrutamos de los frutos de nuestro suelo, porque ellos son los dueños de todo; pagamos tributo por vivir en lo que es de nosotros, porque U.U. los casados vivan con sus esposas, por último, estamos bajo la más tiránica opresión. ¿No te parece que esto es una injusticia?" Sí, señor, le contesté. "Pues bien, se trata de quitarnos este yugo haciéndonos independientes, quitamos al virrey, le negamos la obediencia al rey de España, y seremos libres; pero para esto es necesario que nos unamos todos y nos prestemos con toda voluntad, hemos de tomar las armas para correr a los gachupines y no consentir en nuestro reino a ningún extranjero. ¿Qué dices, tomas las armas y me acompañas para verificar esta empresa? ¿Das la vida si fuere necesario por liberar a tu patria? Tú estás joven, eres casado, luego tendrás hijos, y ¿no te parece que ellos gocen de la libertad que tú les des, haciéndoles independientes, y que gocen con satisfacción de los frutos de su madre Patria?" Y yo le contesté, sí, señor, y confieso ingenuamente que al oír hablar de tal negocio al Señor Cura, sentía en mi corazón una emoción de júbilo que me animaba y tarde se me hacía dar mi respuesta, al Señor Cura. Me dijo luego, "pues guarde Ud. el secreto. no se lo comunique a nadie, ni a sus compañeros aunque le pregunten..." Después de un rato de silencio, me dijo: "No hay más remedio, es preciso resolverse a verificar nuestra empresa, vaya Ud. y silencio."

En la pieza de la esquina de la alfarería que está al Oriente,

calle de la Represa, se encontraban tres artesanos talabarteros, hermanos los tres, y se llamaban José Pulido, Teodosio Pulido y su hermano menor: el primero era conocido por Chepe Pulido. Ninguno de los alfareros sabíamos con qué objeto se encontraban en aquella pieza: igual caso sucedía con tres herreros que se llamaban Nicolás Licea, Ignacio su hermano y Pedro Barrón: estos iban de noche al Curato y se esperaban en el zaguán hasta que el Señor Cura quedaba enteramente solo, entonces entraban y hablaban con este Señor, les daba dinero, les intimaba silencio y se retiraban sin hablar ni una sola palabra.

Asimismo veíamos que D. Juan Quintana, artesano de carpintería, labraba unos palillos como rejas de ventana, redondos y como de cinco cuartas de largos, de madera de encino que traían los leñeros que acarreaban la leña para la alfarería. Preguntábamos al dicho Quintana para qué eran aquellos palitos, y nos contestaba, quién sabe para qué querrá el Señor Cura, con esta respuesta acallaba nuestra curiosidad, y no nos daba lugar a trascender más.

Cuando el Señor Cura me descubrió el secreto, como he dicho antes, hasta entonces comencé a entender que los talabarteros, herreros y carpinteros estaban al tanto del negocio: no me equivoqué; pues como luego se vio que los herreros hacían las armas, lanzas, machetes, etc. y los talabarteros hacían las cubiertas de aquellos, fabricaban hondas, y el carpintero labraba los palos de las lanzas. Todo esto caminaba bajo un sigilo riguroso, porque aunque ya todos sabíamos el proyecto del Señor Cura, ninguno nos atrevíamos a descubrir el secreto.

El Señor Don Ignacio Allende y Don Juan Aldama, originarios de San Miguel el Grande, con mucha frecuencia visitaban al Señor Cura, y observábamos que tenían sus conferencias reservadas, particularmente de noche, por lo que entendíamos que trataban del mismo negocio que nos había comunicado el Señor Cura.

Un día llegaron estos Señores al Curato, y le dijeron al Señor Cura, que venían a esperar aquí a los emisarios que debían llegar de San Diego, como en efecto llegaron estos Señores, cuyos nombres no supe: eran cuatro, de carácter serio pero agradables. Hablaron con el Señor Cura a puerta cerrada, y fue tal el gusto que les causó el buen resultado de su comisión, que dispusieron una corrida de toros, la que se verificó en la plaza de gallos, que estaba entonces frente a la casa del Señor Cura, que ahora es huerta de la casa de D. Manuel Hernández, habiéndose traído los otros de la hacienda de Rincón. En esta corrida toreó D. Ignacio Allende, y luchó con un toro, con cuya acción dejó admirados a los espectadores y lo aplaudieron con vítores y palmoteos. Corría el tiempo y las cosas seguían avanzando bajo secreto.

El Señor Cura, empeñoso como siempre en sus fábricas de seda y loza, ocupando gente para el corte de la hoja de moral para el alimento de los gusanos de seda, y en la alfarería haciendo experimentos con composiciones de metales para hacer colores y vidrios, y discurriendo nuevas figuras en las piezas de barro, tanto de rueda como de molde.

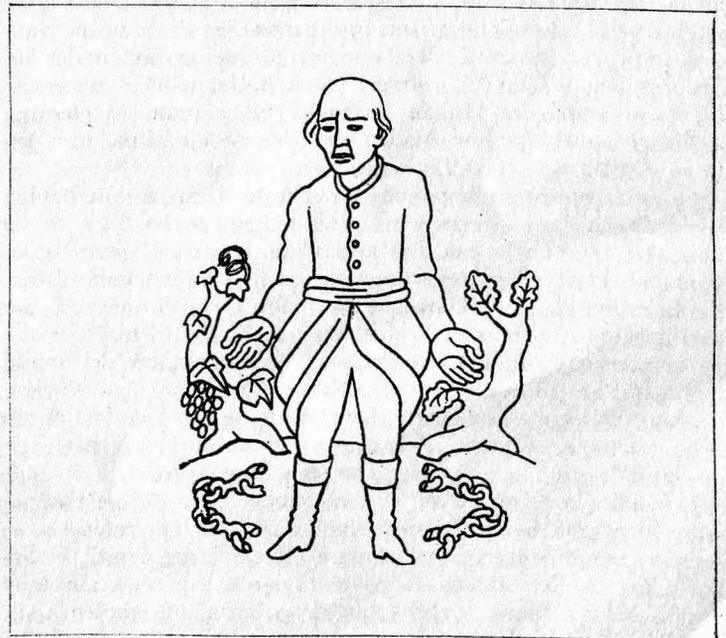
Esta constante ocupación del Señor Cura no daba lugar a que se trascendiese el proyecto que tenía formado.

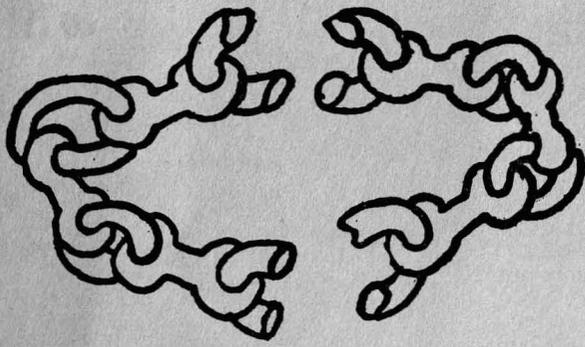
Nosotros con impaciencia deseábamos que llegara el día grande en que debíamos dar la voz de Independencia y Libertad.

Llegó por fin el deseado día; y aunque no fue el que se había elegido, el día 29 de Septiembre el nombrado para la gran empresa, pero el día 15 de dicho mes a las diez de la noche,

llegó el Señor Allende y algunos compañeros, los cuales no pudieron hablar con el Señor Cura porque tenía visitas, y en la esquina de los Olivos esperaron que se desocupara. No tardó en quedar solo el Señor Cura, inmediatamente se presentaron el Señor Allende y los que le acompañaban, y con semblante serio y grande agitación comunicaron al Señor Cura que el negocio estaba para fracasar, y en un momento perderse todo lo que tenía intentado. “¿Usted dirá qué hacemos?” dijeron, y el Señor Cura respondió: “En el acto se hace todo, no hay que perder tiempo; en el acto mismo verán U.U. romper y rodar por el suelo el yugo opresor.” Salió violentamente a la calle y dijo al mozo: “Llámame a los serenos.” Éstos eran dos únicamente: se llamaban José el Rayeno y Vicente Lobo. Vinieron en el acto, y el Señor Cura les comunicó el negocio, ellos se sometieron a sus órdenes y se resolvieron a hacer cuanto les dispusiera. Les ordenó que fueran inmediatamente a llamar a los oficiales alfareros, y sederos, y mientras estos venían, decía el Señor Cura a D. Ignacio Allende: “No hay que pensar, ahora mismo damos la voz de libertad.” Llegaron algunos alfareros y sederos, y cuando estuvieron reunidos como quince o diez y seis hombres, alfareros, sederos, serenos, algunos del pueblo que no pertenecían a la casa del Señor Cura, pero que al rumor de la novedad se habían levantado de sus camas, y otros que los mismos artesanos habían convidado al pasar por sus casas, entonces dio orden el Señor Cura a los alfareros para que fueran a la alfarería y trajeran las armas que allí estaban ocultas, que eran machetes, lanzas y hondas. Todo esto era hecho en un momento, porque el Señor Cura era muy activo en todos sus negocios; y como los oficiales conocían bien su carácter, corrían apresurados a cumplir sus órdenes. Cuando ya estuvieron allí las armas, las repartió el Señor Cura por su propia mano a los que estaban presentes las que pedían, diciéndoles: “Sí, hijos míos, las que gusten, para que nos ayudemos a defender y libertar a nuestra Patria de estos tiranos.”

Mandó llamar al Presbítero D. Ignacio Valleza, en el acto





vino este Señor y lo nombró Jefe de una comisión para que aprehendiera al Padre Bustamante que era español y Sacristán mayor de esta Parroquia: fue el primer paso que se dio; en seguida arengó el Señor Cura en pocas palabras por la ventura de su asistencia a los que se habían reunido, animándolos para comenzar vigorosamente la empresa de Nuestra Independencia, y levantando la voz con mucho valor, dijo: "*Viva Nuestra Señora de Guadalupe, viva la Independencia.*" Y acompañado del Señor Allende y los demás, salimos a hacer la aprehensión de los gachupines, para cuyo efecto se nombraron comisiones que sorprendieran en sus casas a cada uno de ellos. Pusimos en libertad la prisión que había en la cárcel, y ésta se unió con nosotros para ayudarnos a poner presos a los españoles. Fue aquello una vocería terrible, victoreando al Señor Cura y gritando, mueran los gachupines.

En esto nos ocupamos la noche del 15 de Septiembre de 1810: amaneció el día 16, día Domingo, memorable y glorioso para nuestra prosperidad.

Como fue día de concurrencia por el comercio, se nos reunieron muchos individuos de la jurisdicción y vecinos de la población. En la mañana de ese día se le mandó un recado al Señor D. Mariano Abasolo, invitándolo para la empresa, e inmediatamente resolvió sin vacilar que estaba anuente y a las órdenes del Señor Cura, que con mucho gusto tomaba las armas para acompañarlo, y a pocos momentos se presentó.

Don Juan Lecanda, español, Administrador de la Hacienda de Rincón (de Abasolo) ignorando lo que pasaba en la población, vino a misa, pero entrando a la casa del Señor Abasolo, le dijeron lo que habían hecho con los españoles, e inmediatamente se volvió a salir sin apearse del caballo y se fue para Guanajuato.

El Señor Cura con mucha actividad no cesaba de disponer y ordenar la gente que se había reunido, y mirando que ya se contaba con un número considerable de gente adicta, resolvió organizarla en forma de tropa y encomendó esta comisión a D. Ignacio Allende; porque este Señor era instruido y práctico en la disciplina militar, y porque conocía a varios Señores que podían servir de oficiales para la organización de la tropa, aunque improvisadamente. Para este efecto fueron nombrados los Señores Rivasacho, D. Miguel, y su hermano D. Crescencio, Dionisio Rodríguez, Julián Zamudio, el sargento Moctezuma (alias el Gato), D. José Aguirre, profesor de medicina, José Antonio Zapata y Nicolás Licea etc., etc.

Se armaron estas compañías con el resto de armas que habían quedado en la alfarería y a los indígenas se les habilitó de hondas y algunas lanzas. Las armas que se les recogieron a los españoles también se repartieron, y cuando ya no hubo armas dio la orden el Señor Cura que con palos o con lo que tuvieran en sus casas se armaran, lo que se verificó en el acto.

Cuando ya estuvieron ordenadas las compañías del mejor modo que se pudo, se les dio sueldo sin tasación ni distinción, a como les tocaba por suerte. Este dinero se tomó de los fondos de la Aduana, Estanco, Administración de correos y parte de las caudales que tenían los gachupines atesorados.

Don Nicolás Rincón que era el Subdelegado en ese tiempo, al exigirle que entregara el dinero de las oficinas referidas, se resistió resueltamente, por lo que se incomodaron con él, el Señor Cura y D. Ignacio Allende, tuvieron una cuestión muy acalorada, resultando de ella que despojaron del empleo a dicho Rincón y lo desterraron en el acto.

Sustituyó a este Señor en el cargo de autoridad civil el Señor D. Ramón Montemayor, y en lo eclesiástico fue nombrado cura encargado por el Señor Hidalgo, el Presbítero D. José María González. Arreglado este paso dio orden el Señor Cura para la marcha de la fuerza para San Miguel, llevando al mismo tiempo a los españoles que teníamos presos en la cárcel, los cuales fueron: D. Toribio Cacielles, el padre sacristán llamado Francisco Bustamante, D. José Buenaventura, Gil Revoleño, D. Francisco Santelices, que se aprendió el día 16 por la mañana, porque la noche anterior se escondió y no lo consiguieron, D. Alejandro Malanco, D. Manuel Deleza, otros y D. José Antonio Larrinúa; este señor al presentarse la comisión para hacerlo preso la noche del 15 hizo resistencia, y uno de los comisionados, Casiano Exiga, que tenía un agravio con dicho Larrinúa, por negocios de comercio, le dio un golpe en la cabeza con un machete y lo hirió, por cuyo motivo no caminó en la prisión, se le concedió que se quedara curando, pero en calidad de preso, bajo la responsabilidad del Señor Montemayor; D. Luis Marín, español, por su ancianidad y por el carácter que tenía sumamente pacífico y que con nadie se metía, se le concedió que se quedara en su casa en plena libertad.

De estos españoles y otros que ya no me acuerdo de sus nombres, fue el cuerpo de prisioneros que caminaron para San Miguel el Grande, cuya salida fue entre doce y una de la tarde, porque para todo se daban los Señores mucha prisa.

Al disponer el Señor Cura su marcha para San Miguel, nombró una comisión para el arreglo de la alfarería y sedería cuya comisión recayó en D. Francisco Barreto, Manuel Morales y yo, con orden que, arreglado que fuera todo, y recogido el dinero que debían algunos marchantes de loza que habían sacado fiada y estaban para llegar de viaje, entregando el dinero a Vicentita, hermana del señor Cura, y arregladas las herramientas y útiles de alfarería, encerrando toda en las piezas más seguras, nos fuéramos a alcanzarlo donde estuviera. Con la mayor eficacia y prontitud desempeñamos nuestra comisión y luego nos fuimos para Guanajuato que era donde estaba la fuerza. Nos presentamos con el Señor Cura, dando cuenta de nuestra comisión, y nos ordenó este Señor D. Mariano Hidalgo, hermano del Señor Cura y nos dijo: "no se separen, todos anden reunidos los que son de mi casa, alfareros y sederos, ya tiene orden Mariano para que se empleen U.U." Nos presentamos con el Señor D. Mariano, y éste Señor nos dijo: el Señor Cura me ha dicho que todos ustedes me han de ayudar a cuidar el tesoro y equipajes de los Señores Generales; porque los demás del ejército no le inspiran confianza para este encargo. Cuando llegamos a Guanajuato ya había sucedido la guerra del Castillo de Granaditas, nosotros no nos hallamos en ella por el motivo que he dicho antes, de la comisión que nos dio el Señor Cura para el arreglo de la alfarería.

Al emprender mi marcha para Guanajuato dejé abandonados a mi querida madre, a mi cara esposa y a mi hijo tiernecito fruto primogénito de mi matrimonio, sin más auxilio ni recurso que la Providencia Divina, impulsado por el deseo que tuve siempre, de ayudar en cuanto fuera posible por mi parte a hacer la Independencia de mi cara patria, y cumplir la promesa que solemnemente hice al Señor Cura, de dar la vida si fuere necesario para llevar a efecto la libertad de todo nuestro país. Confieso que no era otro el interés que yo tenía.

Cuando llegamos a Guanajuato encontramos al Señor Cura y a todos los señores Generales en el Cuartel de San Pedro;

porque ni los españoles ni los criollos vecinos de aquella Ciudad dieron alojamiento particular a estos Señores.

El Sábado de la semana en que llegamos a Guanajuato, se mandó una comisión para Dolores para que aprehendieran a D. Manuel Salas, Juez de Acordada que era aún, y a D. Félix Alonzo con su dependiente, porque ambos eran españoles, pues la noche del 15 no se aprehendieron porque andaban por Tierradentro. Salas hizo resistencia y en ella murió: lo mismo sucedió a Alonzo y a su dependiente ambos murieron en la resistencia que hicieron el Domingo por la mañana. El cadáver de Salas lo pusieron en una mula y así lo condujeron para Guanajuato, los otros cadáveres los dejaron en Dolores.

En la guerra del Castillo de Granaditas murió un hijo de Dolores Hidalgo, era muy hombre de bien se llamaba Martín Larrea, era muy buen tirador y se hizo de nombre por su valor y buena puntería: todos sus paisanos lo sentimos mucho. Se venció el Castillo a fuerza de hondazos y balazos con las pocas armas de fuego que se habían reunido, y unos cañones de artillería de madera que se improvisaron forrados de cuero crudo y reforzados con cinchos de fierro.

En el cuartel de San Pedro se hizo un acopio de capellinas o piezas de bronce que se recogieron de las Haciendas de plata de los españoles para hacer piezas de artillería, lo que se puso en obra inmediatamente.

Estando en el arreglo de muchos negocios que había que arreglar en Guanajuato, una noche le dieron noticia al Señor Cura que el General Calleja, amenazaba entrar a Guanajuato por el Mineral de Valenciana, (aunque esto fue pretexto para que saliera el ejército de la Ciudad como después supimos) inmediatamente se puso en movimiento el ejército y como la noche estaba oscura, dio orden el Señor Cura que se iluminara la Ciudad, para que la tropa saliera cómodamente y se evitaran los desórdenes que con la oscuridad pudieran cometer los soldados. Dispuso el Señor Cura que saliera una parte de la tropa por Valenciana y otra por Mellado: caminamos lo más de la noche, camino para Dolores, llegamos a esta población en la mañana, y en ella pasamos el día y la noche y al siguiente día salimos para San Felipe.

Cuando el Señor Cura salió de Dolores para Guanajuato el día 16 de Septiembre, hizo su expedición por San Miguel, Chamaquero, Celaya, etc., y de todos estos puntos que fue tocando se le reunía mucha gente, la cual estaba armada con corta diferencia lo mismo que la de Dolores, por cuyo motivo se resolvió el Señor Cura salir al encuentro de Calleja y atacarlo. El día que salimos de Dolores para San Felipe, llegamos a la Hacienda de la Quemada. Desde Dolores mandó un correo el Señor Cura con un pliego para el Conde del Jaral, invitándolo y comunicándole la resolución que tenía de atacar a Calleja donde lo encontrara. El Señor Cura en confianza de que eran íntimos amigos adelantó la comunicación a este Señor, y por tal motivo se confió de tener buen resultado, esperando del Conde su adhesión a la empresa; pero fue lo contrario como después diré.

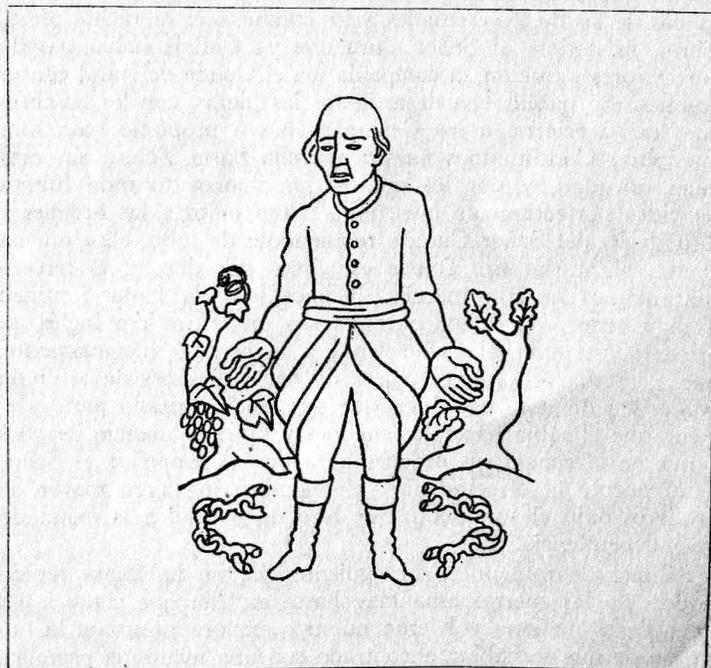
La noche que estábamos durmiendo en la Quemada como a la media noche llegó el correo del Jaral con la contestación del Conde, en la cual le manifestaba al Señor Cura su adhesión, y le ofreció que corría de su cuenta el persuadir a Calleja que no interrumpiera un negocio tan interesante y justo como era el que se había emprendido.

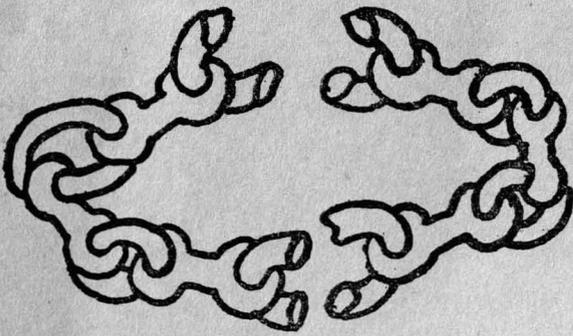
Todo esto lo ofreció con la mayor formalidad posible, pero aparente; porque tan luego como llegó Calleja al Jaral se unió el Conde con él, lo protegió con dinero para los gastos de la guerra, lo animó para que siguiera al Señor Cura, y se fue en su compañía. Este Señor fue el primero que traicionó a nuestra Nación en el principio de la revolución. Confiado el Señor Cura, en la promesa del Conde, al siguiente día mandó que contramarcháramos para Guanajuato, ejecutando la disposición que le indicó el Conde, diciéndole que se retirara sin cuidado, que por aquel punto corría de su cuenta la empresa, y que contara con él como fiel amigo. De esta manera logró el Conde que nos retiráramos para Guanajuato para dejar libre el camino y pasara Calleja. Al contramarchar para Guanajuato mandó el Señor Cura que se dividiera la fuerza, y una mitad se fuera por Calvillo y la otra se volviera a Dolores.

Como venían muchos Señores particulares de Guanajuato con el Señor Cura, al pasar por el puerto del Gallinero dijeron al Señor Cura que allí estaba bueno para abrir unos barrenos en las peñas, y que cargados éstos con pólvora buena, los harían disparar por medio de mechas ocultas, para que en caso que Calleja no condescendiera con el Conde y pasara por el puerto, disparando los barrenos le mataría mucha gente.

Se puso en obra esta disposición, y se nombró una comisión para que cuidara y quemara dichos barrenos, cuyos agujeros hasta hoy existen.

Llegamos a Dolores, y al siguiente día salimos para Guanajuato en donde por espacio de cuatro o cinco días se ocuparon los Señores Generales de reponer las autoridades, y recoger los caballos que en las haciendas de plata tenían los españoles, con los cuales y las monturas que estaban en el Cuartel de San Pedro de la caballería del regimiento del Príncipe, se equipó una caballería para avanzar para Morelia; pues a nuestro regreso de la Quemada encontramos un correo de Guanajuato con la noticia de que los españoles se estaban afortinando y





haciendo preparaciones, para esperarnos de guerra en aquella Ciudad.

Ya repuestas las autoridades, montado y uniformado el Escuadrón, repuesto el parque gastado en el Castillo de Granaditas, y recogido el dinero de todas las oficinas reales, y de los capitales españoles, emprendimos la marcha para Morelia, y en todos los puntos que íbamos tocando éramos recibidos con mucho entusiasmo, y de cada uno se reunía mucha gente con nosotros, para ayudar a defender la justa causa de nuestra Independencia. Pasamos por Irapuato, Valle de Santiago, Salvatierra, Acámbaro, Sinapécuaro, Indaparapeo y Villa de Charo. Con la gente que de todos estos puntos se iba reuniendo se hizo un ejército formidable, y se aumentó considerablemente el tesoro, parque, armas, etc., y no había necesidad en la tropa, a todos se les daba sueldo no sólo para un día, sino para tres o cuatro, a razón de a cuatro reales los infantes, y peso los de caballería.

Al llegar a la garita del Zapote, encontramos la preparación que tenían los españoles para esperarnos.

Entramos por fin a Morelia sin resistencia ni oposición, fuimos recibidos con el mismo entusiasmo que en los demás puntos, saliendo a recibirnos hasta las mujeres uniendo sus vítores con los del pueblo que era mucho. Allí hallamos cuatro piezas de artillería de mediano calibre, bien montadas y equipadas.

Estas piezas las hicieron los españoles con la campana de un esquilón que había en la Catedral, y yo vi la madera de la cabeza de dicho esquilón, era muy grande. Descansamos tres o cuatro días en esta Ciudad, y en este tiempo se ocuparon los Señores de poner nuevas autoridades: luego salimos para Toluca volviendo por el mismo camino que llevábamos para Morelia hasta tomar el camino para aquella Ciudad; el objeto era seguir a los españoles que habían tomado este rumbo para México, con los cuales se fue el Señor Obispo y el Colegio apostólico.

En San Felipe de Obraje nos alcanzaron las piezas de artillería que se hicieron en Guanajuato, éstas iban montadas en ruedas de las de los españoles, y los conductores de dichas piezas dieron la noticia al Señor Cura que ya Calleja había pasado por Dolores y que en su compañía iba el Conde del Jaral contra nosotros. Se habilitaron de artilleros las piezas, con los hombres que les parecieron a los Generales más a propósito para esta maniobra. Continuamos nuestra marcha hasta Toluca sin ninguna novedad, y por los puntos que íbamos tocando fuimos recibidos perfectamente bien, poniéndose todos a las órdenes y disposición del Señor Cura, y reuniéndose de todos ellos mucha gente voluntaria. En Toluca estuvimos dos días, y al tercero continuamos nuestra marcha, hicimos jornada hasta Santiago Tianguistenco, en donde encontramos un extranjero inglés, se presentó éste con el Señor Cura y le confesó ingenuamente, que él estaba allí con el objeto de hacer cañones de artillería por orden de unos españoles que se habían retirado para México: que él sabía hacer los cañones y sabía el manejo de ellos y que se ofrecía a sus órdenes para este desempeño: el Señor Cura aceptó el ofrecimiento y lo nombró ingeniero mayor de artilleros bajo el juramento que hizo de ser fiel a la causa de la Independencia.

Salimos de este punto al siguiente día, no habíamos tenido noticia de las fuerzas españolas, hasta ese día que como a las ocho de la mañana volvieron nuestros exploradores, con la novedad de que se habían encontrado con una avanzada enemiga,

que se habían tiroteado y que el grueso de aquella fuerza nos esperaba de guerra en el puerto de las Cruces. Esta noticia se probó ser cierta por dos heridos y un prisionero que traían nuestros exploradores: el prisionero informó al Señor Cura de la disposición de su General Trujillo; el número de fuerza que tenía, las piezas de artillería que no eran más que dos, y sobre todo que nuestra fuerza era mil veces mucho mayor que la del enemigo. Enterado el Señor Cura de todo, indultó al prisionero y éste se unió con nosotros. En el acto se mandó hacer alto, y se reunieron todos los que tenían armas de fuego y juntos con la artillería se dispuso que caminaran a la vanguardia, y a la retaguardia los de honda y arma blanca, caminando atrás el cargamento resguardado con bastante gente. Como a las diez de la mañana se descubrió al enemigo que había tomado ya colocación en la cima de la Sierra en donde estaba una fábrica de aguardiente. Mientras llegamos a aquel punto fuimos molestados por las guerrillas que nos hacían fuego por entre la arboleda; pero las rechazábamos con nuestras armas, señalándose en esto con más particularidad la gente guanajuatense. Caminamos hasta llegar al frente del enemigo; se dispuso la gente para la batalla, dividiéndose en tres porciones, en el centro la artillería e infantería, y en ambos costados infantería y caballería. Se rompió el combate que fue muy reñido, duró lo más del día; se logró el triunfo por nuestra parte a costa de mucha sangre, principalmente de nuestros indígenas que murieron muchos por su poca inteligencia; pues todos se agrupaban, y en ellos hacían las balas enemigas unos destrozos terribles. Corrió el enemigo como a las cinco de la tarde, dejando en el campo las dos piezas que traía, las armas de los muertos que fueron muchos, un carro de parque y un corto número de prisioneros que se agarraron en el alcance.

Al concluir la guerra se dio orden, para que el ejército continuara su marcha hasta llegar a la Hacienda o Venta de Cuajimalpa a donde llegamos como a las ocho de la noche.

Antes de llegar se dispararon tres tiros de cañón para ver si el enemigo estaba en dicho punto: cerciorados de que no había nada, llegamos, y se dispuso que la artillería se pusiera en orden de batalla por el rumbo de México. Concluyó de llegar el ejército como a las dos de la mañana.

Luego que amaneció el día siguiente, se dispuso una comisión, compuesta de los Señores que le parecieron más aptos al Señor Cura, entre ellos el Señor D. Mariano Abasolo, el Presbítero D. Mariano Valleza y otros que no conocí por no ser de Dolores. Esta comisión salió para México con el título de embajadores en uno de los mejores carruajes, en el cual se puso una bandera blanca, habiendo sido custodiada por una fuerza de cincuenta hombres.

Allí se pasó revista general de armas y gente, y se mandó una fuerza que fuera a levantar el campo de la guerra, cuya operación no se hizo antes porque ya era muy tarde.

Volvió la comisión de embajadores en la tarde y dijeron a los Generales, que habían sido desairados y que los esperaban de Guerra, para lo cual tenían muchas preparaciones. Se dispuso que avanzáramos sobre México, y al siguiente día se alistó la tropa para la marcha; pero como a las once de ese día hubo contraorden, y volvimos a contramarchar por el mismo camino que habíamos traído, volviendo a pasar por el puerto de las Cruces hasta tomar camino para Querétaro. Este retroceso resultó del cálculo que hicieron los Generales, de que aquella Ciudad debía estar débil de fuerza, y que sería fácil tomar

aquella plaza y continuar para México por aquel camino. Hicimos jornada hasta la Ciudad de Lerma, día de Todos Santos, y al día siguiente la hicimos hasta San Francisco Ixtlahuán: al siguiente día no alcanzamos a llegar a ninguna población o rancho por lo que nos quedamos en campo raso.

La disposición de los Señores Generales era caer a Arroyozarco, lo que se verificó, porque el día que nos movimos de aquel punto despoblado, como a las dos de la tarde volvieron nuestros exploradores con la noticia de que Calleja estaba en Arroyozarco con una fuerza muy grande. Hizo alto el ejército, y el Señor Cura preguntó qué población había inmediata por aquel rumbo y le dijeron que San Jerónimo Aculco, pueblo pequeño que estaba a nuestra izquierda, y que está situado en medio de dos lomas, bastante grandes, y nos dirigimos para aquel Pueblo a donde llegamos puesto el Sol.

Al día siguiente se volvió a pasar revista, y se dio orden de que alistáramos las armas y se resolvió esperar allí a Calleja por estar propio el punto para dar la carga y tener el auxilio del Pueblo. En este mismo día como a la una de la tarde, estaban comiendo los Generales cuando llegó la avanzada que andaba por el rumbo del Norte, y dio aviso que el enemigo se aproximaba sobre nosotros. Se dio orden de que saliera la fuerza a encontrar a Calleja y atacarlo.

Volvió a salir la avanzada para observar de nuevo al enemigo, volvió la avanzada y dijo que la primera avanzada había tenido noticia por dicho de unos caminantes, que por allí andaba una avanzada del enemigo, la misma que nosotros vimos, y que dijo a los habitantes de aquellos puntos, que la fuerza se movía otro día sobre nosotros. Con esta noticia se volvió nuestra tropa para el pueblo, y convinieron en dar la batalla otro día para cuyo fin eligieron la loma que está al Norte del pueblo de Aculco dejándole al enemigo la que está al Sur de dicho pueblo.

Se dio orden de que limpiáramos nuestro puesto, de las piedras que estaban e impedían el movimiento de nuestras piezas. Esta maniobra fue concluida en un momento, porque como había mucha gente y ésta se prestaba con mucho gusto pronto se hacía lo que se mandaba. Concluida esta operación se dio orden de que el ejército subiera a tomar colocación en la cima de la loma, y se dispuso el plan de guerra del modo siguiente: formaron en batalla al frente del enemigo los fusileros y piezas de artillería, a la retaguardia la caballería, y a la espalda de éstos los de infantería de arma blanca y los indígenas de honda y garrote, colocados éstos a una distancia que no les ofendieran las balas enemigas, lo cual no se consiguió; porque como todos teníamos mucho entusiasmo en tomar parte en el combate y triunfar del enemigo, cuando éste se presentó comenzó en nuestra gente indígena un desorden indecible.

El tesoro, cargamento de pólvora y equipajes de los Generales, se dispuso que lo situáramos al pie de una loma que estaba un poco retirada de la guerra, y se le puso una fuerza respetable para su resguardo.

Al día siguiente como a las ocho de la mañana se presentó el enemigo dividida su fuerza en tres trozos; cubriendo uno el centro y los otros dos los costados. Fueron avanzando con mucho orden hasta ponerse a tiro de cañón: tomada su resolución en el punto, formaron en batalla y rompieron el fuego inmediatamente con sus piezas y fue contestado por las nuestras.

Impulsado yo por el deseo que siempre tuve de ayudar a mis compatriotas a hacer la Independencia de mi amada Patria,

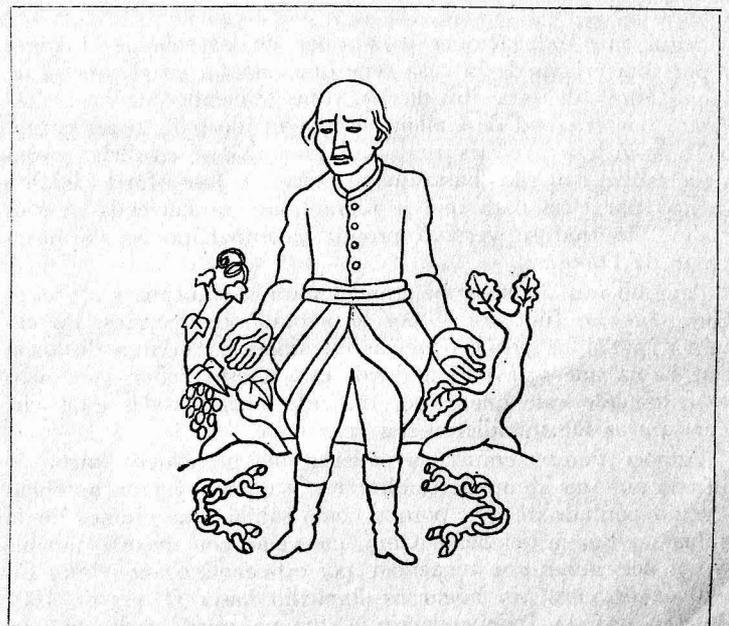
y fiado en la buena calidad de mi caballo, me desmembré de los que estaban con el cargamento, con otros compañeros míos alfareros, tan luego como apareció el enemigo y nos incorporamos con la fuerza batiente, allí vi a nuestro inglés ingeniero que no omitía sacrificio en el desempeño de su empleo, corriendo para cada cañón y dirigiendo las punterías que hacían bastante estrago en el enemigo; pero como los artilleros de Calleja tenían más instrucción, ellos mismos dirigían sus tiros con más certeza y nos hacían grandes destrozos, y como en aquel punto no había objeto ninguno donde escaparse de las balas, se veía claramente su operación. Esto dio motivo a que se descompusiera nuestra tropa, y fue aquel un desorden tan grande que no pudieron contenerlo ni los Generales ni los oficiales. El enemigo que observaba tal desorden cerraba el fuego con más actividad, y sus tiros hacían más operación sin errar un solo por los grupos que en nuestra gente se hacían. Nuestro ingeniero se empeñaba sobremanera en cargar las piezas con violencia; pero no era posible que lo hiciera como el enemigo por estar las de éste mejor servidas.

Fue tal el terror que causó el estrago de las balas enemigas en nuestra gente, que no se pensó más que en la fuga, comenzó a correr la gente por el rumbo del Poniente, para ocultarse en una sierra pequeña que a este rumbo teníamos: se desampararon las piezas y se abandonó el campo de batalla, porque el enemigo nos venía flanqueando por ambos costados.

Triunfó Calleja, y se hizo dueño de armas, dinero, parque y todo cuanto era de nuestro ejército.

Yo iba muy inmediato al Señor Cura, pero al llegar a la sierra como no llevábamos camino alguno, tomamos cada uno el punto más cómodo que nos pareció para subir dicha sierra, y esto dio motivo para que nos perdiéramos de vista, y nos separamos dispersos por distintos puntos.

Yo con el susto de la guerra, el mal día que pasé y lo estropeado del camino me enfermé como de resfrío, llegando a tal grado el mal que se convirtió en una fiebre furiosa que me tuvo



postrado en la cama un mes en el Pueblo de Acámbaro. Allí fui asistido con mucha eficacia por disposición del señor D. Antonio Larrondo que era el Señor que representaba allí la autoridad, puesto por el Señor Cura cuando pasamos para Morelia.

Cuando ya estuve aliviado me resolví venir a mi tierra a ver a mi familia, con mucho sentimiento por haberme separado del Señor Cura y demás compañeros. Puse en obra mi resolución, le di las gracias al Señor Larrondo, me despedí de él sumamente agradecido y me regaló dos pesos para mi camino.

Llegué a mi casa, tomé razón de ella, pregunté por las señoras Hidalgo, hermanas del Señor Cura y me dijeron que al entrar la tropa de Calleja se habían salido de Dolores, que no sabían para dónde se habían ido y que la casa del Señor Cura fue Cuartel, lo mismo que la alfarería y sedería de la fuerza de Calleja.

Fui a visitar los tres puntos, y en el Curato encontré todo en desorden, las puertas abiertas, sin llaves, los muebles hechos pedazos y sucios; las piezas también sucias, no pude menos sino derramar lágrimas de sentimiento al ver el mal tratamiento de la habitación y casa de nuestro Señor Cura: se me aglomeraban muchos recuerdos y en particular el 15 y 16 de Septiembre que nos reunimos en tan respetable casa para dar la voz de Independencia y Libertad.

Lo mismo me sucedió al entrar en la alfarería: encontré todos los útiles y herramientas quebrados y muchos quemados, todo convertido en destrozo y lo mismo estaba la sedería.

En el obrador de rueda, en la alfarería, encontré buenos, entre la quebrazón de herramientas que hicieron los soldados de Calleja, dos moldes de madera de mezquite que servían para hacer pltones de barro, uno redondo y el otro ovalado. Estos moldes fueron discurridos por el Señor Cura, por cuyo motivo los recogí y los he conservado con especial cuidado y curiosidad hasta ahora que los he puesto a disposición de D. Ángel Larrea como procurador del Ayuntamiento, para que se unan a la parte de muebles que existen hoy en la pieza que sirvió de asistencia a nuestro Libertador el Inmortal D. Miguel Hidalgo y Costilla.

Seguí mis indagaciones para saber de las señoras Hidalgo, y por una criada de la casa supe que estaban en el rancho de Las Piedras de esta jurisdicción, que temiendo algunas vejaciones por la tropa de Calleja, se habían ido para aquel punto. Me resolví ir a hacerles una visita, las encontré en dicho punto y me estuve con ellas hasta que el Señor D. José María Hidalgo mandó por ellas para que se fueran para la hacienda de Corralejo, lo que se verificó pronto, acompañándolas yo hasta pasar de Dolores.

Aunque mis deseos eran grandes para ir a alcanzar al Señor Cura, no me fue posible por lo agotado de recursos, los caminos invadidos por las fuerzas españolas, y la larga distancia que había que atravesar a donde estaba este Señor, y además lo extenuado que quedé por mi enfermedad, todas estas circunstancias me impidieron mis deseos.

A poco tiempo empecé a padecer una persecución atroz, lo mismo que mis compañeros alfareros, a quienes fueron aprehendiendo paulatinamente, porque como sabían que éramos de la familia artesana del Señor Cura, nos veían con un odio terrible y nos perseguían con tenacidad, por este motivo anduvimos fugitivos, errantes, sin hogar ni domicilio hasta el año de 1822 que se juró la Independencia y que ya quedó todo en paz,

volvimos a nuestras casas, sin que nadie hiciera mención de los que cooperamos a la grande obra de nuestra Independencia, sin título ni premio.

Ésta es mi cronológica narración, hecha en el último periodo de mi vida a los ochenta y cuatro años de edad, con la que creo llenar y cumplir los deseos del Señor General y jefe de esta ciudad D. Ignacio O. Echeverría.

LISTA nominal de los individuos que se reunieron la noche del 15 de Septiembre de 1810 para dar el grito de Independencia, en la respetable casa del INMORTAL HIDALGO.

Alfareros, sederos, y vecinos conocidos de este lugar.

#### ALFAREROS

Pedro José Sotelo  
Francisco Barreto  
Juan de Anaya  
Ignacio Sotelo  
Isidoro Cerna  
José María Perales  
Atilano Guerra  
Manuel Morales  
José María Pichín  
Jesús Galván

#### SEDEROS

D. Antonio Hurtado de Mendoza  
Pantaleón de Anaya  
Brígido González  
Vicente Castañón

#### VECINOS CONOCIDOS

D. Juan Quintana  
Francisco Moctezuma  
Nicolás Avilez  
Miguel Avilez  
Julián Gámez  
Antonio Gámez

Todos estos Señores fueron los primeros cooperadores para la empresa desde la noche del 15 de Septiembre, habiendo seguido al Señor Cura como ya he dicho.

Los Gámez eran coheteros y le regalaron al Señor Cura una poca de pólvora para las armas de fuego, y él agradeció mucho tal regalo.



El suscrito Alcalde primero popular actuando con testigos de asistencia por no haber Escribano —Certifico: que el C. Pedro José Sotelo, conserje de la casa del Generalísimo D. Miguel Hidalgo, ha ratificado por ante mí el contenido íntegro del presente cuadernillo previa lectura que se le dio, y el cual se compone de 19 fojas útiles. En cuya comprobación, y a su pedimento, extendo y firmo esta certificación en la ciudad de Dolores Hidalgo a primero de agosto de mil ochocientos setenta y cuatro. Doy fe. — Antonio García. — A. —Salomé García. — A. —Jesús Arredondo. — Al margen un sello. — Juzgado 1o. Popular de Hidalgo.



# LOS CAMPEVINOS

## EL INGRESO DE LA POBLACION AGRICOLA EL CASO DE LAS REGIONES TEMPORALERAS

por Iván Restrepo Fernández

En los últimos cuarenta años las estructuras de la producción y de la demanda de los productos agrícolas han sufrido cambios fundamentales debidos, principalmente, al aumento de la población, la construcción de sistemas de riego, la diversificación de las actividades productivas, la aparición de nuevos grupos sociales, la concurrencia a los mercados internacionales, la mejor distribución del poder de compra de la población y la concentración de ésta en nuevas zonas del territorio nacional. Y por lo que a la producción respecta, a la utilización de maquinaria, a las nuevas tierras abiertas al cultivo, al uso de insumos mejorados y al eficiente sistema de conservación y transportación de los productos del campo.

Primordialmente la utilización del riego (Cuadro No. 1), de fertilizantes, insecticidas, semillas mejoradas y de la técnica han traído fuertes aumentos en los rendimientos medios por hectárea de los principales productos agrícolas, de tal manera, que el valor de las cosechas en los distritos de riego —que abarcan apenas un 14% de la superficie cosechada del país— representa, aproximadamente, el 35% del valor total de la producción agrícola nacional, siendo el número de usuarios de las unidades de riego muy pequeño en relación con el total de personas ocupadas en la agricultura: en 1960 ascendió a 257 948, que representa solamente el 4.2% de la población económicamente activa (6 144 000), dedicada a las actividades primarias ese mismo año.

Por otra parte, el crédito bancario —tanto oficial como privado— no sólo ha resultado siempre insuficiente para cubrir las apremiantes necesidades de la agricultura sino que su distribución se ha realizado en forma desigual y arbitraria: apenas un 13% de los ejidatarios, pertenecientes principalmente a las zonas de riego, reciben crédito oficial, quedando el resto —alrededor de 1 500 000— a merced de las viciosas prácticas que imponen en el campo agiotistas, usureros e intermediarios. Más de 800 000 propietarios minifundistas comparten también esta situación al no poder ofrecer garantía suficiente a las instituciones crediticias. Además, los préstamos otorgados por el sistema bancario nacional no solamente han tenido una distribución inadecuada, al concentrarse en contadas regiones, sino que han favorecido principalmente a los grandes propietarios privados que reciben, en conjunto, recursos cuatro veces mayores que los concedidos al sector ejidal.

Podrá deducirse fácilmente que los cambios fundamentales observados en la actividad primaria de la economía nacional se han realizado en las regiones agrícolas dotadas de más y mejores recursos (estados del norte y noroeste), mientras las áreas de temporal, que cubren el 75.9% de las tierras de labor, en muy poco han resultado beneficiadas, lo que pone de relieve las marcadas diferencias regionales que se observan en el desarrollo agrícola del país. No sobra indicar que en las zonas más favorecidas económicamente la producción se destina, en gran por ciento, a cubrir los mercados internacionales, se observa

la intervención de conocidos monopolios extranjeros, dedicados a dar crédito y a la comercialización y transformación de los productos agrícolas, y se presta casi toda la ayuda técnica que algunas instituciones ofrecen.

En las regiones de temporal la explotación agrícola abarca un periodo que oscila entre 4 y 5 meses, sujeto a las lluvias siempre aleatorias y a los accidentes del clima. Se calcula que, anualmente, se pierde de un 20 a un 30% de las cosechas de maíz y frijol por sequía y granizadas.

La gran escasez de terrenos de cultivo, en relación con la densidad de población campesina, influye en que el régimen predominante de tenencia sea el minifundio, en extensiones insuficientes para el mejor aprovechamiento de los recursos agrícolas y la capacidad de trabajo de un productor. Si bien la superficie media nacional que posee un ejidatario en terrenos de labor de temporal, se estima en seis hectáreas —de las cuales casi la mitad no se siembra cada año para mantener así una rotación adecuada que sostenga en un buen por ciento la fertilidad del suelo— miles de agricultores de Querétaro, Tlaxcala, Hidalgo, Puebla, Morelos y México, para citar sólo aquellas entidades donde el problema se presenta más grave, siembran anualmente parcelas cuya extensión varía de 0.5 a 2 hectáreas.

Con el crecimiento de la población el número de brazos ocupados por hectárea se ha multiplicado vertiginosamente, viéndose obligados los jóvenes (cuyo número, tomando en cuenta solamente a los mayores de 15 años, asciende a más de dos millones) a permanecer trabajando al lado de sus padres. Pocos son los que logran encontrar empleos dentro o fuera de la actividad agrícola, convirtiéndose el exiguo ingreso del campesino en la principal y casi única fuente de sustento de familias muy numerosas.

Durante los meses de enero, febrero y marzo y de julio a octubre, se observa el desplazamiento de mano de obra agrícola que sale en busca de trabajo muchas veces a regiones apartadas de su lugar de origen. Por estudios realizados, en promedio logran obtener ocupación como peones por 30 o 40 días anualmente, recibiendo un salario muy por debajo del fijado oficial.

CUADRO NUM. 1  
ÁREAS BENEFICIADAS CON OBRAS DE IRRIGACIÓN  
DATOS ACUMULADOS. MILES DE HECTÁREAS

AÑO	NUEVAS	MEJORADAS	TOTAL
1930	3	17	20
1940	147	120	267
1950	676	511	1187
1960	1408	888	2296
1966*	1626	916	2542

\* Cifra calculada.

Fuente: Secretaría de Recursos Hidráulicos.

GUADRO NUM. 2 ESTIMACIÓN DE LOS INGRESOS DEL SECTOR INTERMEDIARIO EN 1960 Millones de pesos

PRODUCTO:	VALOR DE LA PRODUCCIÓN PRECIOS FINALES	VALOR DE LA PRODUCCION PRECIOS RURALES	ESTIMACION DE LOS INGRESOS DE LOS INTERMEDIARIOS	PORCIENTO DE PARTICIPACION DE LOS INTERMEDIARIOS EN EL VALOR FINAL
Maíz	5 641.0	3 948.7	1 692.3	30.0
Algodón	4 477.0	2 848.3	1 628.7	36.4
Trigo	2 002.2	1 033.2	969.0	48.4
Café	1 779.0	945.9	833.1	46.8
Caña de azúcar	1 728.5	962.8	765.7	44.3
Frijol	1 415.5	709.0	706.5	49.9
Arroz	691.1	291.8	399.3	57.8
Jitomate (tomate)	606.3	293.7	312.6	51.6
Henequén	575.8	274.1	301.7	52.4
Ajonjolí	376.1	247.5	128.6	34.2
Garbanzo	254.5	112.2	142.3	55.9
Cacahuate	152.5	94.1	58.4	38.3
Demás cultivos anuales	4 693.1	2 560.1	2 133.0	45.4
TOTAL	24 392.6	14 321.4	10 071.2	41.3

Fuente: Fernando Paz Sánchez, "Estructura y Desarrollo de la Agricultura en México", 1964.

mente para las distintas regiones del país. Encuestas efectuadas en Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Nayarit, Michoacán, Estado de México, Tlaxcala, Puebla y Guerrero, muestran que el salario que obtienen no es mayor de \$ 10.00 diarios: inferior en un 40%, a los salarios mínimos legales vigentes en los mencionados estados. No se incluyen los datos correspondientes a Guanajuato, Hidalgo, Querétaro, Oaxaca y Chiapas, pero baste decir que en ellos el salario mínimo legal para trabajo de campo no asciende, en promedio, a más de 12.00 pesos al día.

La superficie cosechada de maíz, a veces intercalado con frijol, únicamente frijol y cebada, representa el 70% del total de tierra de labor y el 82% de las tierras temporeras. Los campesinos disponen para la realización de los cultivos de implementos rudimentarios de trabajo aplicando, en muy contadas ocasiones, y ello en las propiedades de más de 20 hectáreas, técnicas agrícolas utilizadas en los distritos de riego.

El crédito, tanto de instituciones oficiales como privadas, ministrado en las áreas de temporal, ha beneficiado a una minoría (15% aproximadamente) de ejidos y pequeños propietarios en las zonas de buen temporal —Jalisco, norte de Sinaloa, algunas regiones de Tamaulipas— mismos que pueden disfrutar de los beneficios del seguro agrícola. Por tanto, los precios de garantía que el Gobierno Nacional ha establecido para el maíz y el frijol, en un elevado por ciento, no surten el efecto directo y positivo que se pretende sobre los productores, porque benefician a intermediarios y usureros que se aprovechan del abandono y la pobreza de las familias campesinas y compran las cosechas "al tiempo" a precios más bajos. Bástenos citar que, en conjunto, la

participación de los intermediarios en el valor final de la producción agrícola nacional es del 40% al 50%, disminuyendo por tanto, el ingreso de los agricultores así como la capacidad de consumo de los bienes agrícolas en las capas de más bajos ingresos (Cuadro No. 2).

La Conasupo, como entidad reguladora del mercado de productos agrícolas, si bien ha establecido un sistema de precios de garantía para algunos productos alimenticios (aunque sólo único y uniforme para el maíz y el frijol), apenas ha cumplido en parte la tarea que se le ha encomendado. En primer lugar, no cuenta con los recursos suficientes para adquirir la producción nacional de maíz, frijol, trigo, arroz y sorgo. En segundo término, no dispone de un sistema adecuado para el almacenamiento de los productos comprados y las bodegas existentes muchas veces están muy alejadas de las grandes áreas productoras. Los gastos de transporte, de esa manera, sólo pueden ser cubiertos por los grandes productores y los acaparadores. En tercer lugar, los trámites tan engorrosos, las inmorales administrativas, los descuentos que pesan sobre la liquidación —por normas de calidad, etc.—, la tardanza generalmente premeditada en efectuar ésta, obligan al productor a vender a precios más bajos a comerciantes, coludidos con empleados de la institución cuando no es que previamente han vendido "al tiempo" a los prestamistas locales.

Dados los factores anteriores no resulta difícil comprender por qué los rendimientos medios por hectárea de las tierras laborables de temporal y el ingreso de que disfruta el campesino, son extremadamente bajos: En 1964, de las 32 entidades de la República sólo dos pueden preciarse de obtener rendimientos



promedios de 1 500 a 2 000 kilos de maíz por hectárea; siete, entre 1 000 y 1 500; veintiuno, entre 500 y 1 000 y dos estados con rendimientos medios inferiores a los 500 kilos por hectárea. En frijol, sólo dos entidades acusan el mismo año rendimientos medios por hectárea superiores a los mil kilogramos; once, entre 500 y 1 000 y el resto producciones de 200 a 500 kilos por hectárea.

El panorama es bien diferente en las zonas de riego, donde seis entidades obtienen, en promedio, entre 2 000 y 3 000 kilogramos de maíz por hectárea; dieciocho, entre 1 000 y 2 000 y cinco entre 500 y 1 000 kilogramos por hectárea. En cuanto al frijol, ocho producen más de 1 000 kilos y el resto entre 500 y 1 000.

El bajo ingreso que los agricultores de las zonas de temporal obtienen de cosechas tan raquíticas y del trabajo asalariado, efectuado fuera del predio, constituye una evidencia que no necesita cifras para demostrarse. Baste citar, sin embargo, que el déficit en número de calorías para 30 entidades de la República fue en promedio de 478, considerando como el mínimo normal la cantidad de 2 500. Estados como Morelos, México, Zatecas, Hidalgo, Oaxaca y Tlaxcala arrojan déficit entre 800 y 1 000 calorías por campesino. En un estudio poco divulgado de la doctora Ana María Flores<sup>1</sup> se asienta que la proporción del gasto dedicado a la alimentación por la población rural es del 85% para el país. Y el Censo General de Población de 1960 arroja datos que confirman el nivel de subsistencia del campesinado mexicano: el 49% (8.4 millones) no comía pan de trigo; 6 millones no consumían carne, leche y pescado; 3.7 millones andaban descalzos. Aproximadamente el 70% de las viviendas rurales poseían un solo cuarto, que servía de habitación a 5 personas en promedio.

Teniendo en cuenta que la participación del Estado ha sido, pese a los desequilibrios que someramente hemos apuntado, el factor fundamental del avance alcanzado por la agricultura, y que no podremos hablar de desarrollo económico armónico mientras la mitad de la población del país viva en las condiciones más lamentables (Cuadro No. 3), consideramos que su intervención, en el caso de la agricultura de temporal, es indispensable y debe comprender:

1o.] Medidas que logren el aumento de los rendimientos

agrícolas con la utilización de recursos humanos, tecnológicos y de investigación científica, hasta hoy concentrados por los organismos oficiales y privados en las regiones agrícolas de riego. Debe procurarse, por tanto, el aprovechamiento conveniente del agua de los temporales, mediante nivelaciones, bordos, cajas de agua y obras de pequeña irrigación, hechas con la cooperación del Gobierno Federal y los gobiernos de las entidades, y organizando el trabajo voluntario de los campesinos para dichas obras. Asistencia técnica en la aplicación de semillas mejoradas, insecticidas y fertilizantes, adaptadas en lo posible a las condiciones de las tierras de temporal.

2o.] El crédito agrícola oficial, establecido para apoyar a los productores más necesitados, debe encaminarse de preferencia —y en armonía con el seguro agrícola— hacia las regiones de temporal más urgidas de los préstamos indispensables para la producción. La banca privada puede, dado el actual ritmo de desarrollo observado en los distritos de riego, cubrir las necesidades crediticias de los usuarios llenando así el vacío que dejan los organismos de crédito oficiales.

3o.] Para corregir en buena parte las deficiencias de la Conasupo debe buscarse, con la colaboración de las instituciones campesinas correspondientes y las llamadas organizaciones cooperativas, la mejor forma de entregar la producción en los almacenes receptores, evitando en lo posible las ventas individuales con lo que se ahorraría al verdadero agricultor tiempo y dinero. Ejerciendo un riguroso control de los vendedores para evitar que los acaparadores se beneficien de los precios de garantía; suprimir las dilaciones y molestias que el complicado aparato burocrático causa a los campesinos. Una política de honestidad en cuanto al pesado y clasificación de las cosechas en los almacenes receptores. Buscar que la intervención marginal realizada por tan importante institución se lleve a cabo en los productos agrícolas más importantes, sin limitar la cantidad a comprar en el país, ni las zonas de adquisición; y ejerciendo una efectiva vigilancia que permita la observancia de los precios de garantía, principalmente en las regiones más pobres.

4o.] Organización de grupos y sociedades cooperativas —y fortalecimiento de las ya existentes— para la administración del crédito, la compra de aperos, semillas, fertilizantes e insecticidas y para la comercialización de los productos del campo.

CUADRO NUM. 3 PARTICIPACION DE LA FUERZA DE TRABAJO EN EL PRODUCTO NACIONAL BRUTO Porcientos

ACTIVIDAD	POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA AÑOS				APORTACION AL PRODUCTO TOTAL AÑOS			
	1910	1940	1960	1965	1910	1940	1960	1965
AGRICULTURA	72.0	63.3	53.3	51.1	27.4	20.5	18.2	17.3
INDUSTRIA	13.0	15.6	16.7	17.9	20.0	24.9	33.3	34.1
SERVICIOS	15.0	21.1	30.0	31.0	52.6	54.6	48.5	48.6
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Dirección General de Estadística, SIC; Banco de México, S. A.; Nacional Financiera, S. A.

<sup>1</sup> "La magnitud del hambre en México". México, 1961.

La muerte del doctor Mauricio Swadesh fue, para los antropólogos, un golpe. Una dura sorpresa. Y no únicamente para ellos, sino para todos cuantos pueden y deben admirar a una de las personalidades científicas más señeras que hayan vivido entre nosotros.

Swadesh era un lingüista. Un apasionado de las lenguas, de todas. De su origen, su evolución, su composición, su influencia, sus matices y diferencias.

Una persona que, al estudiar una lengua, la escuchaba intensamente y después, durante horas continuas de trabajo, analizaba, diseccionaba y reconstruía la información recabada. Esto lo hacía a diario, en jornadas de dieciocho y veinte horas. Con un esfuerzo científico emocionante.

En el momento en que cualquier persona —con una cultura no especializada— se asoma a la lingüística, comienza a darse cuenta de lo intrincado y móvil que es el campo de la palabra. Locuciones, conjugaciones, prefijos, sufijos, desinencias, raíces, alternancias vocálicas y consonánticas, fórmulas de cortesía cotidiana, magia verbal, cuentos, cantos, estilos y variaciones del habla individual o comunal, significado o semántica de los conceptos, principios que rigen la construcción externa o interna de las expresiones, el cómo y el por qué las lenguas se distribuyen o se han distribuido en el tiempo y el espacio geográfico. Todos estos aspectos y otros más, deben de tomarse en cuenta al apreciar la estructura de las palabras.

Hablar es participar en una comunicación. Supone un oyente y un hablante, que alternativamente asumen ambos papeles. Da lugar a la interlocución, fenómeno realmente complejo, debido a sus hondas raíces sociopsicológicas. Ser un lingüista es sondear no sólo aspectos gramaticales, de manera descriptiva o filológica, sino calar donde brota la palabra.

Swadesh nació el 22 de enero de 1909 en el pequeño poblado de Jolyoke, Massachusetts. Su padre era encuadernador. A los tres meses de edad pasó con su familia a la ciudad de Chicago, donde tomó más tarde el grado de Bachiller en Lenguas, especializándose en alemán y francés. Un año después, en 1931, completó su Maestría de Artes, en Lingüística, también en la Universidad de Chicago, para proseguir en la Universidad de Yale sus estudios superiores y graduarse como Doctor en Lingüística en 1933. Dieciséis años más tarde, vuelve a tomar cursos adicionales de antropología: cuatro años en la Universidad de Columbia (1949-1953), y dos años en la Universidad de Denver (1953-55). Su educación profesional y lingüística abarca un periodo de diez años de estudios universitarios superiores.

Al mismo tiempo que estudiaba la lingüística, tuvo una amplia experiencia pedagógica. Fue instructor en el City College de Nueva York y en la Universidad de

## Mauricio Swadesh

### un lingüista de nuestro tiempo

por Jaime Espinosa Mireles



Yale y profesor asociado en la de Wisconsin. En México, fue uno de los profesores fundadores del Instituto Politécnico Nacional; en la Escuela de Antropología enseñó desde 1939 hasta 1941.

Durante su primera estancia en nuestro país tuvo —aparte de sus cursos universitarios— otras experiencias pedagógicas: participó en los Cursos de Técnicas para la Enseñanza de los Profesores de Zonas Indígenas, que por entonces (1939-1940), promovió el general Lázaro Cárdenas.

De regreso a México prosiguió entre nosotros, y en otros países, su amplia tarea educativa: conferenciante en la Universidad de Nuevo León durante los Cursos de Invierno de 1956, asesor en Educación e Investigación del Instituto Nacional Indigenista en 1956, profesor en la

Escuela Nacional de Antropología e Historia de 1956 a 1964, y de 1966 a 1967; en la Universidad Iberoamericana (1959-61); maestro en los Cursos del Doctorado en Antropología de la UNAM, desde que éste se inició en 1960; profesor del Linguistic Institute en la Universidad de Washington, del Colegio de México y de las Universidades de Columbia, Ghana y Alberta, Canadá.

Swadesh, fue un investigador notable: trabajó, en el año de 1939, en el idioma Nez-Percé en el Laboratorio de Antropología de la Universidad de Chicago; en la International Auxiliary Language Association investigó la expresión de conceptos en las diversas lenguas europeas; el Joint Committee on American Native Languages, lo subvencionó para que revisara los idiomas amerindios durante los veranos de 1931, 1933 y 1937. En la Universidad de Wisconsin estudió desde 1937 a 1939 el mohicano y otros idiomas indígenas. La Guggenheim Memorial Foundation le otorgó una beca de investigación en 1946-48 para que examinara el lenguaje y la etnología de los Nootka. También la American Philosophical Society le dio becas de investigación de 1949 a 1954. En México fue nombrado Investigador del Instituto de Historia de la UNAM —desde 1956— para que analizara las lenguas indígenas de nuestro país e hiciera estudios comparativos de las lenguas del Continente Americano.

En 1965 la Universidad de Ghana le patrocinó los estudios de las lenguas del África Occidental, mediante el empleo de su método lexicoestadístico.

Antes de doctorarse, Swadesh tuvo como autores favoritos a Bloomfield y a Boas; el primero lo encaminó con Eduardo Sapir, lingüista en Yale. Su encuentro con el segundo fue decisivo para su actividad posterior. Se convirtió en su ayudante, y, junto con él, trabajó en la lengua Nootka, de la Columbia Británica, sobre la cual, además, escribió su tesis doctoral, dirigido por Sapir.

Por ese tiempo se entregó al estudio de la lingüística descriptiva. “El joven Swadesh”, como le llamaban, contribuyó a superar, en América, la primera etapa que, como disciplina científica, tuvo la lingüística en general. La etapa histórica la habían realizado un grupo brillante de filólogos alemanes: Winckelmann, Lessing y Herder, desde fines del siglo xviii.

Diez años más tarde Swadesh comenzó a esbozar su teoría lingüística: el método lexicoestadístico. A esto le ayudó su primer discípulo, un estudiante de matemáticas: Robert A. Lee. Juntos colaboraron para obtener, mediante cálculo matemáticos, el “índice de retención” de lo que él llamó “vocabulario básico”; mismo que, posteriormente, nombró “lista diagnóstica”: grupo de cien palabras de cada idioma que, al compararse entre sí, permite identificar aquellos términos que tienen un origen común anterior: *cognada*.

El porcentaje de las *cognadas* marca con una aproximación matemática, indicada en "tablas", el tiempo de contacto —estimado mediante unidades que llamó "siglos-divergencia"— entre dos o más lenguas, así como su proceso cronológico de diversificación.

Desde entonces una de sus tareas más importantes fue superar el estadio descriptivo de la ciencia lingüística. Se dedicó a investigar el desarrollo de las lenguas históricamente conocidas en todo el mundo. Su método lo explicó en dos monografías, que publicó en 1960: *La lingüística como instrumento de la prehistoria* en la Serie Científica del INAH, y *Tras la huella lingüística de la prehistoria*, Suplemento del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, 2a. Serie, No. 26, UNAM.

Dentro de la problemática planteada por su búsqueda de orígenes para el lenguaje humano, Swadesh incluyó un capítulo por demás interesante: el uso del lenguaje entre los animales. Sobre esto disertó en tres ocasiones, mientras se encontraba en África, en la Universidad de Ghana. Además lo trató en su magnífico trabajo de divulgación: *El lenguaje y la vida humana*, FCE, 1966 (Cf. pp. 42, 48-55, y 196-202.) Y de una manera más rigurosa, en el libro que puede considerarse como su aporte máximo a la investigación lingüística actual y que fue su último trabajo: *Origin and Diversification of Language*, de próxima aparición.

No pretendió, en este tema, ser un iniciador. Estudió detalladamente el libro que Carlos Darwin publicó en 1872. Cuando éste contaba 63 años de edad —seis años después de que publicó la 4a. edición de *El origen de las especies*, fecha en que se había realizado el primer Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas— y que él llamó *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales*, Londres, 1872.

Cuando trata el doctor Swadesh este tema en *El lenguaje y la vida humana*, lo denomina "*lenguaje intuitivo*"; piensa él que está formado por todos aquellos sonidos espontáneos (gruñidos, rugidos, gritos, etc.), que los humanos usan desde su infancia, y que están relacionados con

aquellos utilizados por otras especies biológicas, en especial por los mamíferos superiores.

Destaca, como otra de sus tareas, la elaboración de diccionarios analíticos, que él llamaba "compactos" o "de elementos"; todas las cuales las realizó con sus discípulos: Evangelina Arana, Juan José Rendón Monzón, Daniel Cazés, Leonardo Manrique, Roberto Escalante, Antonio García de León, Sonia Iglesias, Carlos Robles Uribe y otros más. Se cuenta con diccionarios analíticos sobre el mixteco, el náhuatl clásico, el tarasco, el mampruli, el maya, el zapoteco, y el otomí.

Cuando Swadesh trabajaba en sus investigaciones de campo, le preocupaba, fundamentalmente, conocer a las personas con las cuales debía tratar; acompañaba a sus informantes y los ayudaba en sus menesteres diarios; anotaba sus expresiones; después, analizaba la fonémica —o sonido de la lengua— y se preparaba para proseguir, el día siguiente, su trabajo de recopilación. En esta forma conocía casi de inmediato el sistema de los sonidos básicos del idioma que estudiaba.

Posteriormente se dedicaba a determinar las condiciones que le permitirían definirlos como sonidos significativos. Una vez realizado esto, se interesaba en lograr que las gentes del lugar pudieran aprender a leer y a escribir en su propio idioma. Con una persuasión y bonhomía muy suyas, les inspiraba a todos sus informantes la confianza de que su lengua nativa se podía escribir y leer posteriormente.

Muchas veces acontecía que, para el segundo día de trabajo, estaba en aptitud de tomar textos en el propio idioma de sus informantes, ceremonias, sucesos culturales, etc., puntualizando su desarrollo, secuencia, significado e importancia.

Elegía a sus informantes con una gran tolerancia. No le importaba que fueran personas que no pudieran oír o expresar, con propiedad, su lengua, quedando con él quienes en verdad tenían interés por su trabajo. A veces, Swadesh comprendía que no eran individuos muy integrados al grupo o bien que se trataba de gentes con prejuicios culturales. Aunque a estos últimos los hacía cambiar

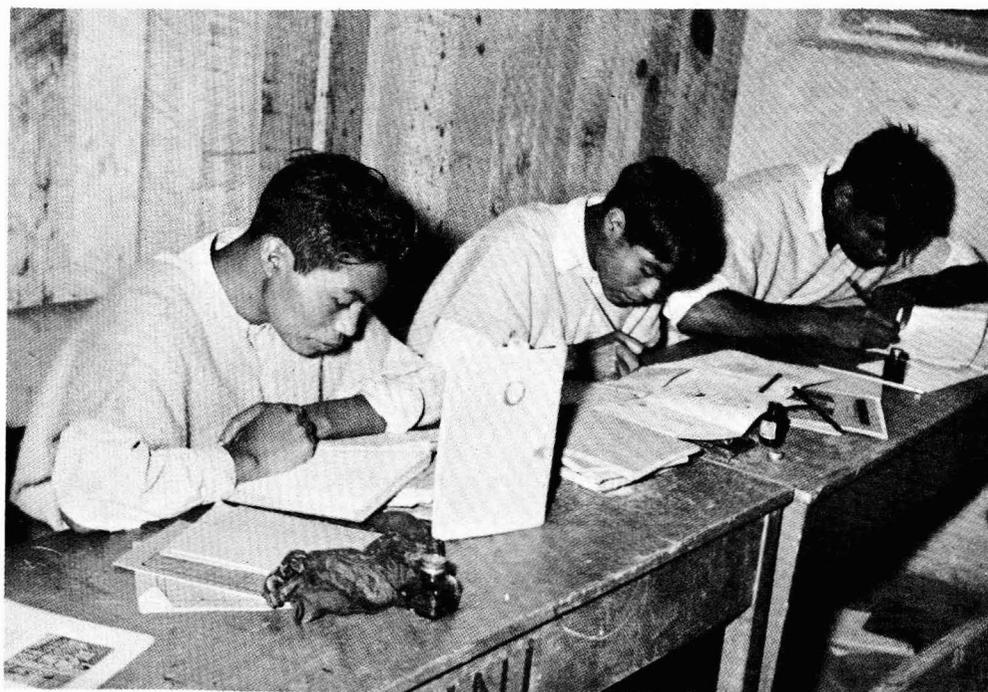
frecuentemente en sus puntos de vista, mediante —como principal vínculo amistoso— su bondad y atención constantes. Lograba pues un contacto genuino con las personas que le rodeaban, lo cual lo auxiliaba en la profundidad y la validez de sus investigaciones.

Swadesh no pretendía enseñar a hablar "correctamente" su lengua a sus informantes; lo que no obstaba para que pudiera hablarla en poco tiempo. En esto lo superaban otros lingüistas, como su esposa, por ejemplo, sino que en lapsos no superiores a una semana podía entender el "sentido de la lengua", la estructura del idioma en estudio. Corregía, entonces, a quienes la hablaban defectuosamente en su construcción sintáctica; a pesar de no contar todavía con un vocabulario amplio; poco después, comenzaba a hablarla en una forma que a muchos les parecía sorprendente.

Por su gran conocimiento de las lenguas en general podía, en breves días, recopilar lo esencial de ellas. Pudo así investigar con su método lexicoestadístico, cuando estuvo en Ghana, cuarenta y dos lenguas diferentes en cinco semanas. Aunque —hay que aclararlo en este caso— contó con la ayuda de lingüistas que ya habían trabajado en aquel país, cuya Universidad dispone, en sus archivos, de datos escritos en árabe desde el siglo XII d.C., que dan una magnífica información sobre las tribus africanas que hoy en día habitan la región de la costa africana occidental.

Podríamos abundar en el esbozo de la personalidad del doctor Swadesh y siempre que lo hiciéramos tendríamos frente a nosotros a un hombre útil y bondadoso. Conocemos de él no pocas pruebas de su magnanimidad y sentido ético. Queden estas líneas como un breve homenaje a un hombre que tuvo, en los tiempos aciagos que vivimos, el valor de ser un hombre bueno.

NOTA: Swadesh escribió 114 artículos, 7 monografías y 14 libros, algunos de los cuales, son: *Nootka Texts* que redactó junto con su inolvidable maestro Eduardo Sapir en 1939, *Chinese in your Pocket* (1947) *Materiales para un diccionario comparativo de las lenguas amerindias*; obra suya inédita (1958). *Estudios sobre lengua y cultura* (1960). *Los mil elementos del mexicano clásico*; escrito en colaboración con Madalena Sancho (1966). *El árabe literario* (1966). *El lenguaje y la vida humana* (1966). *Diccionario de la lengua mampruli*, realizado con su esposa, la lingüista Evangelina Arana, en la República de Ghana, África Occidental (1965), que será la publicación inicial dentro de la Serie Científica del Museo de las Culturas, institución filial del INAH. Y su última y más profunda contribución al campo de la lingüística: *Origin and Diversification of Language* (1966); en edición.



UNA PROTESTA  
PACIFICA CONTRA  
EL MODO DE VIDA  
NORTEAMERICANO



# LOS HIPPIES

por Arnold Toynbee



Desde la época de mi nacimiento, los norteamericanos se han convertido en una nación de automovilistas. Hasta el veinte por ciento, que son indigentes, poseen casi todos un vehículo cualquiera. El agente de tránsito norteamericano del siglo xx es un disciplinario tan poderoso como lo era un sargento prusiano del siglo xviii en el campo de maniobras de Potsdam.

El agente decide por dónde debe ir un conductor, por dónde no puede doblar, el tiempo y lugar para estacionarse. Vivimos en un mundo casi enteramente formado de choferes regimentados. Pero de todos los pueblos del mundo, los norteamericanos han sido los más gravemente afectados por la conducción de automóviles y creo que esta intoxicación explica, en una buena parte, el conformismo norteamericano desde principios de siglo.

Ello atormenta a los *hippies*. La respuesta a esta importante cuestión depende del éxito o el fracaso de los *hippies* en su tarea de Psique, que consiste en reformar el género de vida norteamericano. Del éxito de los *hippies* dependerá que ellos abandonen o no sus puntos fuertes, arrastrados por su evidente debilidad.

Los *hippies*, cuyo cuartel general está en Height-Ashbury —cruce de las dos calles de ese nombre en un barrio miserable de San Francisco— repudian el género de vida opulento en el cual el fin de la existencia y del trabajo es “hacer dinero”. Ellos rechazan la vida de sus padres como San Francisco rechazaba la de aquel rico comerciante de telas que era su padre en Asís.

El rechazo es un gesto negativo y estéril si se queda ahí. La cuestión es saber si los *hippies* van a transfigurar, como San Francisco, una pobreza voluntaria e insolente en algo positivo, creativo, de redención. Sólo así podrán empezar a remodelar la vida norteamericana.

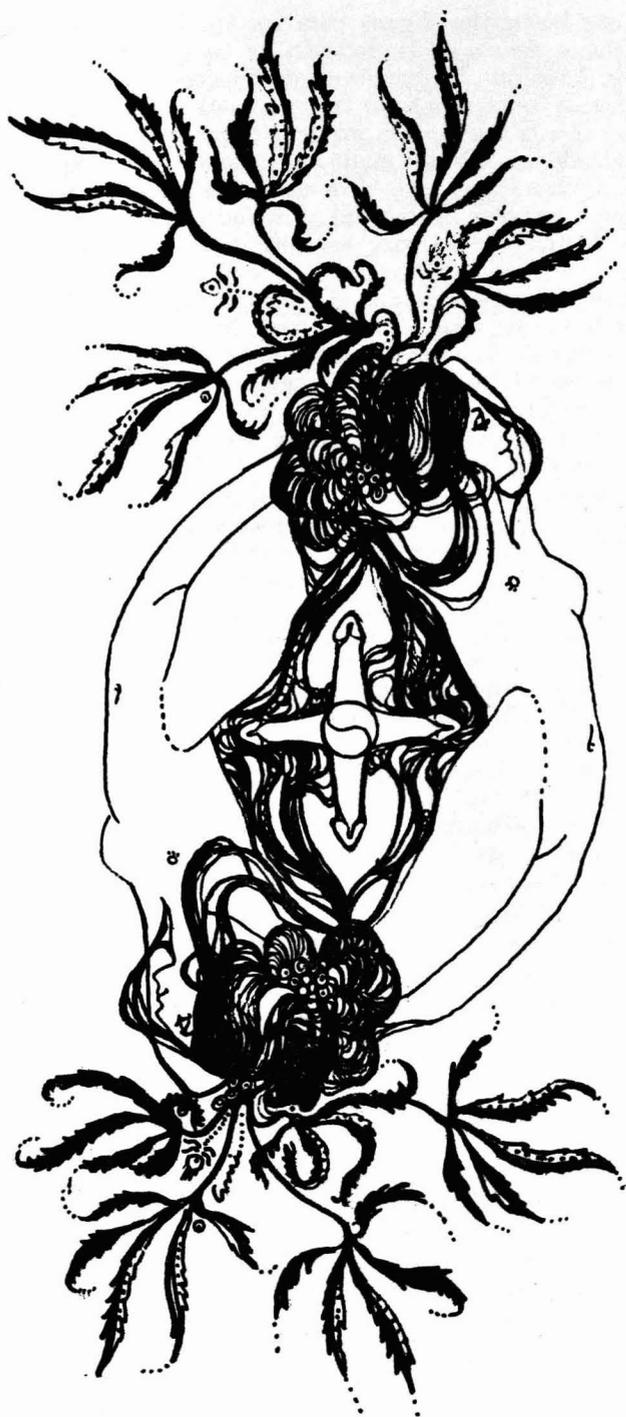
El solo nombre de Height-Ashbury, hace aparecer una sonrisa de amarga burla en aquellos que practican, de manera ortodoxa, el modo de vida norteamericano, aunque su risa tiene también algo de angustia.

Mientras recorriamos el barrio de Height-Ashbury, mi pri-



PHOTO: PAUL KAGAN

If you dig your lovers enough to ball them you dig them enough to avoid giving them the clap.  
Help keep our neighborhood clean...  
FREE CHECK UP AND TREATMENT AT 33 HUNT ST.  
Hours: Mon. and Thurs. 9:30 - 5:30  
Tues., Wed., Fri. 8:30 - 4:00  
Phone: KL 84839 for information regarding V. D.



mera impresión fue de que era testigo de una exageración típicamente norteamericana de algo que ya me era familiar en Inglaterra. Los cabellos largos de los jóvenes eran aún más largos. Las cabezas despeinadas de las muchachas eran aún más despeinadas; los vestidos de unos y otras más exagerados.

Yo tenía una opinión personal para explicar cómo habían evolucionado ciertos jóvenes en Inglaterra. De hecho, eran la primera generación de niños que tenía dinero en sus bolsillos, nacidos de familias que habían sufrido la pobreza desde tiempos inmemoriales y que deseaban ardientemente tener más dinero. Su sueño secular se había realizado. Pero esta realización reveló no ser más que polvo y cenizas. Tenían dinero hasta para tirar por la ventana, pero no tenían un fin en la vida. La vida, para ellos, carecía de sentido, de fin; era vacía y aburrida. La desilusión hizo de ellos presa fácil con la promiscuidad sexual, las drogas y el robo a mano armada.

Sin embargo, si los *hippies* se parecen físicamente a los *mods* y a los *rocks* ingleses, en el fondo son muy diferentes.

Los *hippies* no ganan dinero. Mendigan. Los *hippies* hijos de ricos padres norteamericanos, tienden la escudilla como Francisco el hijo del comerciante y como Gautama el hijo del rey.

Trabajar duro a fin de ganar mucho, es una de las virtudes cardinales del modo de vida norteamericano. Los *hippies* la han rechazado.

Como no se ganan la vida trabajando, tienen que mendigar.

San Francisco y Buda no despreciaban la mendicidad. Para ellos era una prueba de humildad. Para sus contemporáneos que les daban de comer, era un privilegio. El veredicto de la posteridad es que jamás dos seres humanos han hecho tanto por la humanidad a cambio de tan poco.

¿Es vergonzosa la mendicidad de los *hippies*? No podemos decirlo antes de que ellos hayan tenido tiempo de mostrarnos lo que van a dar a cambio a la humanidad.

Numerosos *hippies* reciben su subsistencia de un grupo de tíos y tías honorarios llamados *diggers*; éstos van temprano al mercado, llenan un número bíblico de canastas con restos de pan y de pescado que ahí se vende y se compra; con esto, sirven una comida gratuita en el parque de Golden-Gate. Además, encuentran un techo para los que no lo tienen. Los *diggers* tienen su centro de reunión en un cuarto de la iglesia episcopal del barrio.

Los *hippies* tienen su propio periódico que aparece una o dos veces por semana. Se llama *El Oráculo* y me sorprendí de sus ilustraciones. En gran parte, eran religiosas. La religión que sus autores querían representar era, evidentemente, heterodoxa. Como es la mía. Estas imágenes parecían andar a tientas hacia nuevas expresiones de la relación entre el hombre y la última realidad espiritual escondida más allá del Universo, a fin de encontrar nuevos modos de vida y de vivir en armonía con ellos.

La palabra de salud de los *hippies* es Amor y no existen, al menos, pruebas negativas de que no actúen de acuerdo con



ella. Hasta ahora, no he oído hablar de robo con agresión para procurarse dinero para comprar drogas o para jugar. El amor se identifica con Dios en el primer epígrafe de San Juan —una síntesis que yo, en mi calidad de agnóstico religioso, admiro y reverencio de todo corazón. El amor entre los seres humanos, y también entre las otras criaturas vivientes sobre este planeta, es la única manifestación de Dios que nosotros experimentamos directamente. Seguramente que es un sólido fundamento espiritual para edificar cualquier cosa. ¿Serán capaces los *hippies* de construir sobre esta roca una nueva casa para Norteamérica?

Una de las cosas más estimulantes que hacen los *diggers* por los *hippies* es la de encontrarles trabajo no “desprovisto de significación” desde el punto de vista de los *hippies*. Creo que, con ello, quieren expresar que hay situaciones que tienen un valor intrínseco para la humanidad, por oposición de aquellas en las que el valor se encuentra sólo en el dinero que reportan.



Lo que buscan los *diggers* para los *hippies* me parece que son trabajos dentro de la tradición de las profesiones “liberales”. Es el espíritu del juramento de Hipócrates, según el cual el médico se consagra a curar las enfermedades y a salvar vidas, dejando que la recompensa material llegue por sí misma.

Mi abuelo era médico; murió accidentalmente al experimentar en sí mismo unos anestésicos en la época en que éstos empezaban a aparecer. Tomó una cantidad excesiva cuando ensayaba diferentes dosis para descubrir la cantidad adecuada.

Con el pánico, se hizo salir a mi padre de la Universidad para que entrara a una casa de importación de té. No pudo soportarlo mucho tiempo porque tenía la impresión de que la sola utilidad de su trabajo residía en el dinero que producía, mientras que su padre médico y su abuelo agricultor habían ejercido sus profesiones por el valor que tenían en sí mismas.

Por eso mi padre renunció a su negocio de té para convertirse en consejero social.

Debido a ello, él y su familia estuvieron condenados a vivir de una pequeña renta; pero había encontrado un trabajo que, desde el punto de vista espiritual, le satisfacía y podía transmitir a sus hijos el ideal de desinterés que había heredado.

Si los *diggers* pueden encontrar trabajos de esa clase para los *hippies* y persuadirlos para que se lancen a ellos de todo corazón, constituiría un desafío más serio al modo de vida norteamericano en el que no importaría la cantidad de cabellos largo o de escudillas. Ése sería el primer paso hacia una transformación de lo que es actualmente el ideal norteamericano.

Si los *diggers* llegan a hacer seguir a los *hippies* el ejemplo de mi padre entonces, puede ser que se vislumbre el fin del ideal norteamericano actualmente en vigor.

Los *hippies* serían los hippies aun si Washington no hiciera la guerra de Vietnam, si no enrolara a sus jóvenes en el servicio activo. Los *hippies* se rebelan no sólo contra la guerra de Vietnam sino contra el modo de vida y toda la ideología que prevalece en Norteamérica.

La economía de los Estados Unidos, que comprende el financiamiento de la investigación científica en las universidades norteamericanas, ha venido a depender, de una manera asombrosa, de los pedidos de guerra. La potencia financiera que hace girar las ruedas de la economía es ejercida en gran medida por el Pentágono. Puede verse ahí una ilustración de la tesis de Karl Marx, según la cual el capitalismo se vería forzado a recurrir a la guerra para mantener su existencia.

Yo no soy un marxista porque no creo que la existencia humana esté predeterminada o que la economía sea la clave principal para comprender los asuntos humanos. No obstante, es verdad que, muchas veces, ciertas profecías de deterministas dogmáticos, dan extrañamente en el blanco lo mismo que la bala que mató al presidente Kennedy.

Marx pretendía en sus predicciones, que el capitalismo tendría que recurrir inevitablemente a la guerra y que ello sería



su perdición. Ahora que nos encontramos en la era post-atómica, podemos aún superar a Marx en sus profecías y afirmar que si la administración norteamericana tiene que proseguir su escalada en la guerra de Vietnam hasta el final —lo que equivaldría a una guerra atómica mundial— entonces no sólo el capitalismo sino toda la especie humana iría hacia el fin, y dicho sea de paso, todas las ideologías, incluido el comunismo.

El peso más grave de este fardo moral cae sobre los jóvenes que están expuestos, por ley, a ser llamados a combatir a Vietnam y a cumplir lo que las autoridades militares decreten como parte de las obligaciones militares de un soldado norteamericano. Esta herida espiritual les es infligida por gentes de su misma sangre que pertenecen a una generación más vieja. Esto es lo que ha dado realidad a la rebelión de los *hippies*.

Los jefes del poder establecido cometerán el error de su vida si ignoran y descuidan la rebelión de los *hippies* —y de muchos contemporáneos de ellos— con el pretexto de que son inútiles y traidores, o aún más, si los consideran, simplemente, como muchachos en una edad difícil que hacen travesuras; pero que, ciertamente, volverán a integrarse al poder establecido cuando pasen sus exámenes y se les ofrezca una brillante perspectiva al servicio de una gran administración.

La actual rebelión no es tan fácil de explicar. Sus raíces son, a la vez, más viejas y más profundas de lo que parecen.

Recuerdo a mis anfitriones cuando dicté una conferencia sobre "La religión y el trabajo", en una ciudad del noroeste de los Estados Unidos hace algunos años.

El esposo era director retirado de una de las más grandes empresas del país. Su mujer y él pensaban que tenían el deber de "hacer dinero" y de donar generosamente una gran parte de él.

Tenían tres hijas. Les intrigaba que ellas pensarán de una manera diferente a ellos y que hubieran actuado según sus convicciones. Las tres se habían casado con hombres pobres y vivían en casas pequeñas haciendo la limpieza y ocupándose ellas mismas de sus hijos.

Esto pasaba en una época en que los Estados Unidos no estaban en guerra y que en el interior del país no había amargura entre las generaciones.

La historia de esta familia me parece aún más significativa que la rebelión actual de los *hippies* y de otros opositores a la guerra de Vietnam. Ello indica que, desde esa época, soplaban ya el viento del cambio sobre Norteamérica aunque muy suavemente todavía.



# U

música

## Actualidad de Beethoven

por Carlos Chávez

Una y mil veces, podemos sin cesar seguir admirándonos ante el prodigio de las 9 Sinfonías de Beethoven. A sólo tres años del segundo centenario de su nacimiento, el gran clásico-romántico permanece ante nuestros ojos actual, vivo, siempre nuevo.

Impulsado por los fuertes vendavales del romanticismo —dinamismo, acción, búsqueda, anhelo de fraternidad y universalidad— Beethoven transformó el clasicismo en romanticismo: nutrido en el estático equilibrio del clasicismo, se ha dicho con razón (Lang) que este humilde muchacho, hijo de un músico mediocre, se quitó la peluca y levantó la cabeza, y fue el primer artista que se sintió igual a los príncipes, profundamente convencido de la dignidad del hombre y creyendo fanáticamente en la libertad.

En este gran despertar de la fe en el individuo y en la individualidad,

que fue el romanticismo, él vino a demostrar lo que puede el genio sin trabas en lo moral, en lo psicológico, en lo material, y en lo académico, al encaminar todo su ser a la búsqueda del infinito. Cada una de sus nueve sinfonías es una gran puerta que se abre a lo inesperado.

Y la integridad de su personalidad y por supuesto la grandeza de su genio, hicieron posible, por primera vez en la historia, que el artista se sintiera seguro de sus conceptos, cierto de sus intenciones, capaz de una obra *acabada*.

Los que tenemos la misión de interpretarlo, sólo podemos acercarnos a su música en actitud de servicio: ahondar en su idea.

*Carlos Chávez*



Festival Beethoven  
Teatro de Arquitectura  
Septiembre 29, 30 / octubre 6, 7,  
13, 14, 20 y 21  
Director, Carlos Chávez,  
Orquesta de la UNAM



# Prólogo a Apollinaire

por Agustí Bartra



Considero a Guillaume Apollinaire como uno de los más grandes poetas metafóricos de la lírica universal. Entre sus dones: poder de imagen por encima de todas las cosas, ángel parisiense con alas de sol mediterráneo y una ternura que encontraba casi siempre su magia musical. En cuanto al hombre: fue feo y gordo y muy desgraciado en sus amores con las mujeres, de las cuales no podía prescindir, del mismo modo que le era absolutamente imposible vivir sin amigos. Sus libros capitales: *Alcoholes* y *Caligramas*.

La poesía de Apollinaire vive en una encrucijada donde coinciden la canción, la profecía y la visión onírica. (No olvidemos que su narración titulada *Onirocrítica* es considerada como el verdadero preludio del surrealismo.) Poeta de muchos modos, suscitó imitaciones, o mejor, modas, que pusieron en circulación, fatalmente, la parte más exterior y efímera de su obra y, en último término, demostraron lo que tenía de inimitable su genio de transmutación y de canto, su ritmo personal, su herencia de Villon, Rabelais y Nerval. Codificador de sorpresas, se le reprochó su afán de buscar siempre la novedad, y cierta prensa lo insultó, llamándolo meteco y reclamando su expulsión de Francia. Él contestó: "Mi cabeza ha sido radiografiada. He visto, yo, un hombre vivo, mi cráneo. ¿No hay en esto algo de novedad? ¡Vaya!" Sin embargo, lo que importaba, más que hubiese visto la radiografía de su cráneo, era que tenía el alma viva y en vilo. En el fondo, sus ambiciones subversivas eran demasiado pueriles, y, más que a la novedad, su espíritu tendía hacia un porvenir maravilloso, hacia una nueva Edad de Oro del hombre. El espíritu nuevo que preconizaba en sus teorías sobre la poesía y el arte, no era sin embargo la fórmula de una estética exclusiva ni de una escuela literaria más, sino la voluntad de iniciativa, el deseo de abrir caminos en el universo interior y exterior del hombre, la sorpresa del hallazgo como medio para fascinar y la defensa de los derechos imprescriptibles de la imaginación para expresar el asombro

de estar vivo. Su famosa conferencia *El espíritu nuevo y los poetas*, nos parece, cuarenta años después de haber sido pronunciada, más curiosa que decisiva. Preconiza en ella la alianza de la técnica con la fantasía. Todo lo nuevo, sólo por el hecho de serlo, entusiasmaba al brujo inocente que era Apollinaire. Defendía el verso libre, pero sus mejores poemas están escritos en versos regulares. Era rudo, pícaro y a veces hasta obsceno, pero afirmaba la necesidad de mayores refinamientos. Siempre, para él, la Aventura y el Orden. Dice: "Cuando un poeta moderno anota en varios sonidos el zumbido de un avión, es preciso ver en ello ante todo el deseo del poeta de acostumbrar su espíritu a la realidad..." Admite que las experiencias literarias sean arriesgadas y tendientes a crear un nuevo realismo que tal vez "no vaya a la zaga de aquel tan poético y tan sabio de la Grecia antigua" Sorpresa y profecía a todo trance. Y nos hace sonreír cuando nos dice que Salomón hablaba sin duda para la reina de Saba, pero que amaba tanto la novedad que sus concubinas eran innumerables. A fin de cuentas, lo que quería era que en la poesía reinasen Ícaro y los sueños. Como dijo en *Cortejo*, era un hombre que se esperaba a sí mismo para saber quién era, él, un hombre que conocía a los hombres mediante sus cinco sentidos y algunos más.

*Alcoholes* empieza con la imagen de la torre Eiffel convertida en una gigantesca pastora que apacienta su rebaño de puentes y termina con el poema "Vendimiario" cuya imagen final se refiere también a los puentes del Sena, en el momento en que sus fuegos rojos se apagan cuando mueren las estrellas al quiebro del alba. Este volumen de poesía, publicado en 1913, cimentó la gloria de Apollinaire. Se estaba cansado del rigor y la perfección estéril de los parnasianos y el simbolismo dedicado a suaves variaciones mallarmeanas: la poesía debía ser la expresión pura de una realidad que encerrase el enigma del universo, la verdad trascendental e insoluble del mundo. La poesía simbolista

no trataba de penetrar en este misterio, sino que por disciplina verbal y gracia infusa se entregaba a aislar fórmulas y hallazgos técnicos que pudieran ser utilizados para las operaciones del espíritu entre la Nada y el Absoluto de Mallarmé. La iconoclastia fulgurante de Rimbaud se convertía así en orden glacial, y el genio feroz de Lautréamont, con sus olas visionarias y su energía de la agresión cruel, tendría que esperar algunos años más para ser reconocido, hasta la llegada del surrealismo. Apollinaire significaba un regreso a las invenciones espontáneas del verbo y una concepción viva y revolucionaria de la realidad poética, donde claridad y misterio coinciden.

*Alcoholes* reúne la producción lírica de Apollinaire escrita entre 1898 y 1912. En el verano de este último año, el libro, que no se titulaba *Alcoholes* sino *Aguardiente* (*Eau de Vie*), está terminado. Apollinaire ha renunciado a una ordenación cronológica o temática de los poemas: adoptando una disposición más matizada, comienza por el poema más reciente, "Zona", que significa para él un regreso al pasado y un manifiesto poético. Es sabido que Apollinaire, por decisión brutal, suprimió todo signo de puntuación de su libro en las primeras pruebas. El poeta justificó su actitud en los siguientes términos: "Por lo que se refiere a la puntuación, la he suprimido porque me ha parecido inútil, y lo es, en efecto, ya que el ritmo y hasta la cesura de los versos son la verdadera puntuación. No hay necesidad de otra." El libro, lejos de ser una obra de "reventador", como afirmó Duhamel, o un "milagro ingenuo", según opinión de André Gide, era el resultado de un largo proceso.

Si en *Alcoholes* Apollinaire ha cantado a París, su juventud, su pobreza, sus viajes, sus amores y sus rencores de amante abandonado, en *Caligramas* su sensibilidad y virtuosismo cobran nuevas tonalidades. El libro fue compuesto entre 1912 y 1917 y está dividido en seis partes, ordenadas más o menos cronológicamente, formadas por poemas de guerra y



caligramas o ideogramas líricos que no pasan de ser una curiosidad. La riqueza de invención de esta obra se dobla con la del testimonio emocionante del soldado que no ha dejado de vivir bajo el signo de Venus, como queda patente en los poemas inspirados por Lou y por Madeleine. Sensual y místico a la vez, su poesía expresa el dolor y la nostalgia del amor lejano, y su piedad por los hombres cobra acentos conmovedores desde las tinieblas y la muerte de la guerra:

*Noche que gritaba como una mujer en  
trance de parto  
Noche de los hombres solamente.*

Los *Poemas a Lou*, setenta y seis en total, fueron extraídos de las cartas que Apollinaire escribió a su amante fugaz, Louise de Coligny-Châtillon. Son poemas de valor desigual, escritos en el cuartel y luego en el frente, de prisa y sin corregir; pero algunos de ellos tienen una autenticidad y emoción inolvidables. Se publicaron completos por primera vez en 1955.

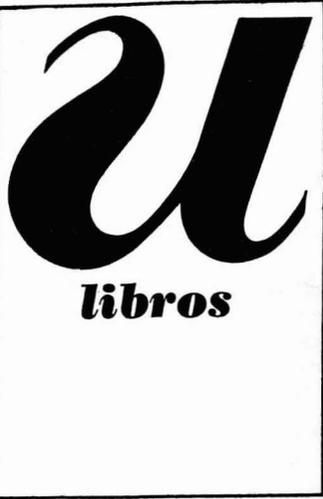
Como todo auténtico poeta, Apollinaire encontró los profundos aliados que debían asegurar la posteridad de su obra. En vida fue discutido, calumniado, vivió en la pobreza, estuvo en la cárcel, fue admirado y ridiculizado, sintetizó la versatilidad y profundidad de su época, tuvo grandes audacias pero no destruyó nada; puede ser tildado de virtuoso y libertino, de creyente y ateo, de burgués y revolucionario, de pícaro y sentimental, de espontáneo y cerebral, de *chansonnier* y vidente, porque fue todo esto. Pero aceptamos y admiramos lo que él mismo sabía que iría siendo para los hombres del porvenir. ("Me iré iluminando en medio de sombras"): lo dionisiaco de su tristeza y lo apolíneo de su alegría, las lanzas aurales de su esperanza, los gemidos de su sangre, su acatamiento y rebeldía ante lo real y este verso de la vida que él seguramente hubiera querido grabar en todas las tumbas del mundo:

*Sombra múltiple que el sol te guarde...*

---

## Apollinaire El puente de Mirabeau

Bajo el puente de Mirabeau discurre el Sena  
Y nuestro amor  
Es preciso que lo recuerde  
La alegría llegaba siempre tras la pena  
Llega la noche la hora suena  
Los días pasan yo me quedo  
Enlazadas las manos estamos cara a cara  
Y mientras tanto  
Bajo el puente de nuestros brazos  
Pasa la onda mansa de inmortales miradas  
Llega la noche la hora suena  
Los días pasan yo me quedo  
Amor se va como esta agua corriente  
Amor se va  
La vida fluye lenta  
Y nuestras esperanzas son violentas  
Llega la noche la hora suena  
Los días pasan yo me quedo  
Pasan los días pasan las semanas  
Y ni el pasado  
Ni los amores vuelven  
Bajo el puente de Mirabeau discurre el Sena  
Llega la noche la hora suena  
Los días pasan yo me quedo



Adolfo Sánchez Vázquez:  
*Filosofía de la praxis*. Editorial Grijalbo, S. A., México, 1967. 383 págs.

La práctica humana, que constituye la categoría central del marxismo, carecía —salvo valiosas referencias de sus fundadores Marx y Engels—, de una exposición científica, sistemática. A realizar esta tarea aspira Adolfo Sánchez Vázquez.

La teoría de la práctica, enriquecida por filósofos como Lenin, Gramsci, Garaudy y otros, pese a lo valioso de las aportaciones, ha sido vista en forma fragmentaria o unilateral, de ahí que el libro de Sánchez Vázquez sea una obra de suma importancia para el marxismo, cuya exposición responde al avance histórico de las ideas en nuestra época, en que la praxis ha venido a ser uno de los temas centrales, tanto en el dominio de las filosofías, (marxistas o no) como en las relaciones humanas.

La *Filosofía de la praxis* se inicia con una introducción en la que el autor justifica el uso del término griego "praxis" en contraposición al sustantivo español "práctica", que en el lenguaje común se relaciona con la actividad del hombre en sentido utilitario. Este uso le ha dado un significado peyorativo que la elaboración de un concepto filosófico de la actividad práctica exige superar, liberar de ese significado al que se asocia en el lenguaje ordinario.

El término "praxis" no con-

serva, en su nueva acepción, su sentido original, sino otro, que se pone de manifiesto cuando Sánchez Vázquez deslinda los campos entre la conciencia ordinaria de la práctica, unida siempre a una concepción práctico-utilitaria, y la práctica histórica y social, que transforma creadoramente al mundo, y de la que hay que cobrar conciencia filosófica, y acuñar un nuevo vocablo.

Ahora bien, la conciencia filosófica de la praxis sólo puede alcanzarse gracias al desarrollo de la realidad humana y social de nuestros días. Esto no quiere decir que el problema no haya estado presente en la Historia de la Filosofía: Sánchez Vázquez señala cómo ha surgido y se ha desarrollado dentro de las mismas corrientes del pensamiento humano tradicional, fruto de la cultura del pasado, aunque ésta haya tenido, para con la práctica, una actitud negativa.

El problema de la praxis humana, aunque surge desde la antigüedad griega, en las filosofías de Platón y Aristóteles nunca es desarrollada o por lo menos no es tratada con suficiente amplitud, por considerarla unida a la actividad material que sólo le corresponde ejercer al esclavo.

Pese a esta actitud despectiva del griego ciudadano hacia el trabajo, no podríamos juzgar sus teorías— que reflejan el correspondiente desprecio de los esclavistas hacia la producción— como un error de conciencia, como una limitación. Sánchez Vázquez, con toda justicia, al hacer la historia de la praxis y de los pensadores que a ella hacen referencia, desde la antigüedad griega hasta Marx, las valora por lo que son realmente: una respuesta teórica, conceptual, que está determinada por cada tipo de existencia social. Lo ideal, la filosofía, como afirma Marx, obedece siempre a lo real, a su base social.

La reivindicación de la práctica material se inicia en el Renacimiento, hasta alcanzar un grado elevado en la ciencia económica burguesa del siglo XVIII, por un lado y, por el otro, con Hegel, cuyo sistema es la cumbre

del idealismo alemán que Kant inaugurara y que se distingue por ser una filosofía de la actividad, entendida ésta como actividad de la conciencia. Cuando Hegel afirma que el hombre es producto de su propio trabajo, está dando cima a un proceso filosófico que han desarrollado progresivamente Kant, Fichte y Schelling. Pues bien, la primera parte del libro de Sánchez Vázquez está dedicada, siguiendo el rastro de la praxis humana, al estudio de esos sistemas que en forma especulativa, e inclusive mistificada, han enriquecido la filosofía. El estudio que de ellos se hace y que incluye a Feuerbach demuestra un nuevo modo de interpretación de la filosofía clásica alemana y de sus relaciones con Marx.

La crítica y superación del idealismo hegeliano y del materialismo feuerbachiano realizada por Marx, es la que da una cualidad enteramente nueva y revolucionaria a la filosofía. La relación "teoría-mundo" deja de ser antónima para enlazarse por medio de la praxis. Filosofía y realidad se condicionan dialécticamente, y "por medio de la praxis, la filosofía se realiza, se vuelve práctica y se niega, por tanto, como filosofía pura, a la vez que la realidad se vuelve teórica en el sentido que se deja impregnar por la filosofía". Con esta interpenetración y recíproco condicionamiento de filosofía y realidad, el papel determinante recae, para Marx, en la praxis, que pasa a ocupar el lugar de categoría central en su sistema filosófico.

Esta nueva cualidad de la praxis, afirma Sánchez Vázquez, permite al marxismo superar la mistificación hegeliana, así como aseverar, científicamente, que el hombre es producto de su propia actividad práctica, que ejerce cada vez más un poder creciente sobre la naturaleza por medio del trabajo (bajo el capitalismo con carácter enajenado), y que convierte a la praxis en fundamento de conocimiento, en criterio de verdad y vehículo de transformación social, en tanto praxis revolucionaria.

A la definición del mar-

xismo como filosofía de la praxis nos ha conducido el libro de Sánchez Vázquez, el que no obstante su elaboración adolece de un cierto olvido, no desconocimiento, de obras tan fundamentales como *El capital* de Marx y los *Cuadernos filosóficos* de Lenin, donde hay ricas referencias a la praxis y de las que creemos no se sacó el suficiente jugo, a cambio del tratamiento exagerado de las obras de juventud de Marx.

La segunda parte del estudio es dedicada a la revisión de algunos problemas filosóficos en torno a la "práctica", y constituye una verdadera aportación al marxismo: en ellos trasciende el concepto tradicional de la práctica como categoría gnoseológica, para vincularla íntimamente al concepto de *creación*, y a esa forma peculiar de la actividad humana, transformadora y creadora, que es la praxis revolucionaria.

Podríamos resumir así lo que resta del libro: una vez que se define qué es la praxis y se establecen sus relaciones, se pone de manifiesto la unidad de teoría y práctica en sus distintas esferas (producción, ciencia, arte, política... etc.), en las que encontramos distintos grados de creación o humanización de la materia transformada. Pueden establecerse dos niveles: uno, la praxis creadora, y otro, la praxis reiterativa o imitativa. En el primer caso se realizan nuevas formas de transformar lo conocido, y también el modo de crear; y en el segundo, se imita, se reitera, lo que ya fue creado. Aunque la praxis creativa pudiera considerarse por su carácter como la praxis por excelencia, Sánchez Vázquez señala, con toda razón, que ambas son necesarias para el hombre, pues pese a su limitación e inferioridad respecto de la praxis creadora, la praxis imitativa contribuye a extender el área de lo ya creado, para ceder, tarde o temprano, ante la praxis creadora, asegurando así un progreso dialéctico que no puede agotarse.

Lo específico de la praxis humana, nos dice Sánchez Vázquez, es ser una actividad adecuada a fines, un acto intencional de sujetos dotados

de conciencia y voluntad que constantemente están imprimiendo nuevas formas a la materia. El último capítulo del libro, es fundamental por estar dedicado a la relación de la praxis y la violencia: en él se afirma que la materia sólo puede transformarse violentándola. La teoría de la violencia se convierte así en el eje de toda "praxis". El orden establecido únicamente puede transformarse por el uso de la fuerza y, siendo el hombre el único ser que puede usar de ella, Sánchez Vázquez define la violencia por su carácter exclusivamente humano.

El trabajo humano violenta la naturaleza para adecuarla a sus necesidades, el escultor violenta el mármol para crear la estatua que va a satisfacer una necesidad estética. A los hombres que violentan a los hombres en las sociedades explotadoras hasta convertir las relaciones de producción en violencia establecida se responde históricamente, con la violencia revolucionaria que asegura el progreso social. Estas violencias de signo positivo, en contraposición a las de signo negativo, son inseparables de toda acción humana, creadora, transformadora, nos dice Sánchez Vázquez, y estarán unidas al hombre en su proceso de humanización de la naturaleza y de sí mismo, salvo la violencia revolucionaria, que como "partera de la historia" ha acompañado a la praxis social humana en sus viajes decisivos, y que trabaja en definitiva contra sí misma, es decir, contra la violencia de mañana, concluye Sánchez Vázquez.

Antes de emitir un juicio crítico hay que destacar, por su importancia, el tono polémico de Sánchez Vázquez ante los filósofos que se han ocupado del mismo problema. Nuestro autor sostiene, frente a esos pensadores, una posición muy personal que resulta a la postre aleccionadora, pues supera un vicio tan común a la filosofía de nuestros días, que consiste en señalar en el adversario con quien se polemiza, sólo aquello que es falso, para así refutarlo fácilmente. Las críticas de Sánchez Vázquez, por

el contrario, tienen el innegable mérito de ser documentadas y los contrarios tratados honradamente, de ahí que sus juicios no sean pura negación, y que en algunos casos acepte sus argumentos explicando su sentido.

Sánchez Vázquez ha abierto nuevos caminos a la teoría marxista de la praxis, a la vez que su riqueza filosófica nos pone en contacto con un mundo nuevo que resulta revolucionario para la filosofía, pues hace del hombre un "homo faber", un ser creador, productor por excelencia, que rompe con la concepción tradicional aristotélica del hombre como animal político. La *Filosofía de la praxis* constituye un trabajo sistemático, hasta ahora, único en su género.

—Melvin Cantarell Gamboa

---

Jean Pouillon y otros: *Problemas del estructuralismo*. Siglo XXI Editores, México, 1967. 182 pp.

---

Desde hace más de una década el estructuralismo ocupa un sitio de relevancia entre las corrientes metodológicas. Si se afianza primeramente merced a la proficua obra de Claude Lévi-Strauss desde la disciplina antropológica, hoy prácticamente no hay rama de la ciencia social que no posea una escuela estructuralista. Este método de análisis ha sido objeto de debates y controversias y la apreciación de sus posibilidades y sus limitaciones mantiene actualmente una plena vigencia. A tal punto que la prestigiosa publicación parisiense *Les Temps Modernes*, que dirige Jean-Paul Sartre, dedicó el número de noviembre último especialmente a este tema. Siglo XXI Editores ha contado con el buen criterio de editar en su colección Teoría y Crítica esta serie de ensayos a los que seis autorizados intelectuales brindan sus conclusiones respecto de los *Problemas del estructuralismo*.

Citamos en primer término uno que entendemos entre los más valiosos y atractivos: "Sistema, estructura y contradicción en *El capital*", por Maurice Godelier. El autor —también de *Rationalité et*

*irrationalité en économie*, de próxima aparición en Siglo XXI— que denota ciertos puntos de identificación con Althusser, entiende restablecer el diálogo entre estructuralismo y marxismo. Lo que no debe sorprender, señala, "puesto que Marx, hace más de un siglo describía toda la vida social en términos de 'estructuras', lanzaba la hipótesis de la existencia de 'correspondencias' necesarias entre infraestructuras y superestructuras para caracterizar diversos 'tipos' de sociedad, y pretendía, por último, ser capaz de explicar 'la evolución' de estos tipos de sociedad por la aparición y el desarrollo de contradicciones entre sus estructuras".

Expresa Godelier que para Marx, lo mismo que para Lévi-Strauss, las "estructuras" no se confunden con las "relaciones sociales" visibles, sino que constituyen un nivel de la realidad, invisible pero presente más allá de las relaciones visibles. La lógica de éstas, y más generalmente las leyes de la práctica social, dependen del funcionamiento de estas estructuras ocultas, cuyo descubrimiento debería permitir "informar sobre todos los hechos observados", como lo sostiene Lévi-Strauss.

Al suponer que la estructura no se confunde con las relaciones visibles sino que explica su lógica oculta, Marx anuncia la corriente estructuralista moderna. "Se une plenamente a esa corriente, al plantear la prioridad del estudio de las estructuras sobre el de su génesis y su evolución."

En su comparación entre Marx y el estructuralismo moderno, Godelier llega a aislar dos principios de análisis sin uno de los cuales "el estudio del funcionamiento interno de una estructura debe preceder y aclarar el estudio de su génesis y su evolución", afirma que no es posible comprender la arquitectura de *El capital*. El otro principio es que "una estructura forma parte de lo real, pero no de las relaciones visibles". Y el autor en las páginas que siguen demuestra la validez de su aserto. Por ejemplo, en lo que atañe a la definición del dinero "Marx

no opera a la manera hegeliana 'deduciendo' una categoría a partir de otra. Hace explícitas las funciones de un elemento en el seno de una estructura o de una estructura en el seno de un sistema y explica el orden de esas funciones. Por tanto, no tiene que esperar que se haya descubierto dónde y cómo se inventó la primera moneda para resolver 'el enigma del dinero'."

Pierre Macherey, coautor con Althusser de *Lire le Capital I* —de próxima edición por Siglo XXI— aborda el capítulo "El análisis literario, tumba de las estructuras" con una interpretación que disiente con la línea que caracteriza los restantes trabajos. Marc Barbut se ocupa "Sobre el sentido de la palabra estructura en matemáticas". "Estructura e historia" es el tema tratado por A. J. Greimas, y Pierre Bourdieu concluye con "Campo intelectual y proyecto creador."

En su ensayo introductorio, Jean Pouillon trata de aproximarse en una definición del estructuralismo, tarea nada simple por cierto, y de su forma operativa, para cuya enunciación se puede seguir más de un camino, lo que no excluye alguna eventual discordancia. Como lo señala Pouillon "el estructuralismo, bajo este nombre o con cualquier otro, siempre se practicó sin suscitar otra cuestión que la de saber si agotaba la actividad del conocimiento o si en este asunto no tenía más que hacer que poner la realidad en casilleros". Y añade que tomado de manera tan simple no podrían llegar a entenderse tan apasionadas discusiones. Prosigue el autor que el estructuralismo propiamente dicho comienza cuando se admite que es posible confrontar conjuntos diferentes, en virtud de sus diferencias —que se trata de ordenar— y no a pesar de ellas. De allí que el estructuralismo supone la pluralidad de las organizaciones, pues no tiene sentido hablar de una estructura propia de cada conjunto o de una estructura-tipo que sería de alguna manera su imagen compuesta: cada variable —sostiene Pouillon— lo es de las demás

y no de una de ellas, que sería privilegiada, ni de un "tipo ideal".

Estructura da una idea afín a la de organización, pero en el presente caso su aplicación es distinta: "Una organización es una combinación de elementos; es el orden de los hechos, y no es inteligible por sí misma, mientras uno se limite a describirla aparte de cualquier otra. Sólo se vuelve inteligible cuando, por el contrario, es posible captar su arreglo interno (la estructura en el sentido del diccionario) como uno entre otros, porque es la única forma de plantear el problema de su significación." Se concluye en que el estructuralismo no define simplemente un orden, sino que fundamenta en él su dinamismo práctico.

Respecto de las posibilidades del estructuralismo, Pouillon sostiene que ningún campo le está prohibido, y no porque resuelva todos los problemas sino porque puede abordarlos. Para probar que lo real está estructurado, nada indica que sea necesario reducirlo. El estructuralismo no es el formalismo. Por el contrario, inquiere sobre la distinción entre la forma y la materia y no hay materia alguna que *a priori* le resulte inaccesible.

Mas a juicio del autor cabría aun elaborar una teoría general de las contradicciones para establecer en primer término su tipología. Añade que el estructuralismo enfrenta aquí, aparentemente, su dificultad más grande. Que el análisis y la colocación de las realidades históricas puedan ser estructurales, como se ha tratado de demostrar, ¿acaso implica que en sí mismos también lo son? Que las relaciones sean estructurales no dice que las plantea. Se vuelve así para Pouillon la objeción fundamental: el estructuralismo permite analizar lo constituido, pero ¿dónde está el constituyente? Para Sartre la estructura sólo puede comprenderse por la praxis, con lo que al reconocer el carácter dinámico de la estructura rechaza el estructuralismo.

Sin embargo —concluye Pouillon en su *Ensayo de definición*— ante el interrogan-

te: ¿la estructura es producto de la praxis y lleva su marca o la praxis está determinada por la estructura?, parece que basta con leer los análisis de Sartre o de Lévi-Strauss para convencerse de la complementariedad de las dos nociones: no es posible pensar una sin la otra, y su oposición no es quizá tan radical como para ser la de *dos* caras de una *misma* realidad.

Elías Condal

Miguel León-Portilla: *Trece poetas del mundo azteca*. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1967, 252 pp. 4 ils. en color, 10 ils. b. y n. (Ed. bilingüe, en náhuatl y español).

Miguel León-Portilla, investigador que ha conseguido al mismo tiempo profundizar en la oscura realidad náhuatl y realizar obras de gran mérito histórico y documental, encuentra en esta edición de *Trece poetas del mundo azteca* la forma justa de presentar varios aspectos, por demás interesantes, de una literatura nunca antes dada a conocer y cuyos temas, sin embargo, afloran ocasionalmente en los escritores mexicanos que, por mera referencia vaga o por un inconsciente volver al pasado, dan lugar a ese realismo mágico que los estudiosos de la literatura ubican preferentemente en hispanoamérica.

Los nombres de Nezahualcōyotl, Nezahualpilli, Cacamatzin y Axayácatl traen a la memoria del lector un eco de historia que se dejó atrás sin

profundizar, pero a excepción del primero, ninguno parecía tener relación con la poesía, hasta que León-Portilla nos los descubre como escritores, enmarcados además en un boceto histórico breve y eficaz. Lo meritorio del acercamiento a los poetas y sus obras es la presentación de los textos en náhuatl, seguidos de una traducción directa, sin afeites, que ayuda a formarse una imagen clara del hombre frente a ciertas preocupaciones religiosas, filosóficas, ontológicas, y su recurrencia a los valores que respetaba y que consideraba inmutables. Esta traducción tan llena de sinceridad es más notable, por ejemplo, en los poemas de Nezahualcōyotl, que fueron dados a conocer hace cien años, o acaso más, por José Joaquín Pesado, quien honradamente llamó "traducciones o glosas" a las que hizo de las obras del rey de Tezcoco, pero que ineludiblemente las aproximan a su contemporáneo José Jorjilla, más que al remoto poeta del monoteísmo intuitivo.

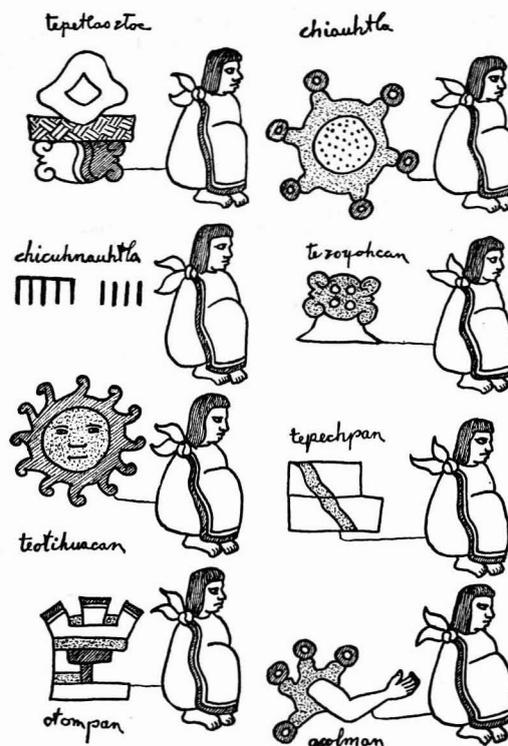
El tono crepuscular, advertido en los poetas mexicanos post-románticos y modernistas, viene a resultar heredado de los ancestros indígenas, según se ve por la tónica que siguen estos trece poetas. La alegría y el colorido que manifiestan en ocasiones, siempre representados por los cascabeles, las plumas y las flores, tienen como contrapunto casi ineludible el pensamiento en la muerte, en el abandono de este mundo y de cuanto les resultaba grato. El regocijo se muestra a jirones, en-

marcado en los tonos fúnebres que no abandona quien, como el azteca, o el indígena mexicano en su mayoría, piensa que la felicidad es acarreadora de desdichas y que por ello no debe reconocerse demasiado abiertamente.

A pesar de la nota gris, acaso pesimista, del indígena, hay un poema especialmente notable, por lo raro, dentro de la antología, y es el de Tlaltecatzin, que le canta a la *ahuinime*, la alegradora, la prostituta que, como tema obsesionante de la poesía universal, es la "Dulce, sabrosa mujer, / preciosa flor de maíz tostado, / sólo te prestas, / serás abandonada, / tendrás que irte, / quedarás descarnada." Y aun en esta poesía, casi una anacreóntica por el tema escogido, hay la consideración angustiosa del placer como preludio del dolor y la muerte.

La realización de esta antología tiene como virtud evidente la búsqueda de poemas que no son propiamente religiosos, ni épicos por definición, ni líricos del todo; no obstante, estos tres tipos de poesía aparecen amalgamados en todas, porque la orientación que se le dio a la labor del investigador fue más hacia los poetas que hacia las obras, y esto constituye otro acierto. Hasta ahora todas las incursiones en la literatura prehispánica, se habían hecho tratando de demostrar que nuestros antecesores habían tenido una actividad artística acorde con el desenvolvimiento normal que tienen las letras en todos los pueblos, o sea: buscando patentizar que los aztecas, o los mayas, o los incas, tuvieron su momento épico, su ciclo místico y su predilección por el lirismo.

La división de la literatura en ciclos cerrados y determinables, como la española en los menesteres casi gremiales de la juglaría y la clerecía, no tiene mucha aplicación a lugares y tiempos en que los poetas carecían de influencias y de escuela, y se guiaban por los acontecimientos y su apreciación de ellos; en ese sentido, estudiar a los poetas nahuas y a sus obras, abstrayéndolos de toda relación colegial, significa representárnoslos claramente como



autores; como hombres dotados de sensibilidad y de autonomía en la temática y en el desarrollo, sin el encasillamiento en movimientos, tan grato a quien intenta sistematizar una serie de fenómenos literarios.

La edición de *Trece poetas del mundo azteca*, que la Universidad acaba de hacer, es un acierto por el material que reúne, valioso artística e históricamente, y además por la forma de presentarlo, en un libro de irreprochable factura y de apariencia atractiva.

—Luis Adolfo Domínguez

---

Raymundo Ramos: *Memorias y autobiografías de escritores mexicanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967. 202 pp. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 85.)

---

Este nuevo volumen de la Biblioteca del Estudiante es una antología de páginas autobiográficas que representan muy diversas épocas, escuelas y estilos de la literatura mexicana. Bajo el título de *Memorias y autobiografías de escritores mexicanos*, Raymundo Ramos ha seleccionado los pasajes que juzga más significativos en un conjunto de autores que van del siglo xvii al xx. El eje central que eslabona la obra es la progresiva conciencia que de sí mismos y de los problemas literarios han tenido los escritores mexicanos a partir del siglo xvii, con Sor Juana Inés de la Cruz, hasta el xx con Jaime Torres Bodet. En su Estudio preliminar, Ramos plantea los límites inevitables de toda antología. Necesariamente ha de ser incompleta y subjetiva: "Antología es selección." Y añade: "Proceso de 'simpatías y diferencias' que requieren el mínimo de paladar crítico." A pesar de ello, la antología demuestra buen gusto selectivo. Raymundo Ramos no sólo ha escogido las páginas con criterio estético o histórico, sino que son perceptibles también otros propósitos: la búsqueda de la anécdota, entretenida, pintoresca y costumbrista; y, lo que es más importante, el ejemplo moral, la

proyección didáctica, formativa, que esas confesiones pueden tener para la juventud mexicana. En su Estudio preliminar, Raymundo Ramos comenta algunas definiciones clásicas de "memoria" y de "autobiografía". Cita a Nietzsche, a Ortega y Gasset, a Reyes; deslinda el diario de las memorias, vida que se va haciendo, en el primero; perspectiva y recapitulación en las segundas. Apunta las diferencias con la autobiografía, más construida, más literaria, y al tiempo menos sincera. Definiciones y conceptos que no resultan superfluos en una obra de carácter escolar, y mayormente en un género —el autobiográfico— en que se suelen englobar variantes y matices de muy diferente naturaleza y propósito. Sus ejemplos —San Agustín, Cellini, Rousseau, Ticknor— son útiles para que el estudiante sitúe el género en una realidad concreta y deslinda sus ramificaciones sutiles. Más adelante, Ramos explica las circunstancias, el contexto histórico, literario, vital, en el que cada una de las memorias representadas se escribió.

Sor Juana está representada por su famosa *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*. El texto se incluye íntegro, dada su importancia. Aunque no se trata de memorias en el sentido riguroso del término, es evidente su valor como documento autobiográfico. Es "la Carta Magna de la libertad intelectual de las mujeres de América", como dijo un autor, Salceda, a quien cita el antólogo. El siglo xvii en México es también una época de nacionalismo germinal: se plantea en América el desarrollo de una cultura diferente, nueva, y ese eje, de creciente conciencia nacional, se perfila con mayor nitidez en el xviii, del que se seleccionan las *Memorias* de Fray Servando Teresa de Mier. No hay en las páginas escogidas nada desaprovechable, pero son particularmente graciosas sus mordaces, casi siempre disparatadas, observaciones de la vida en Italia, sobre todo en Nápoles. Los *Apuntes* de Guridi y Alcocer, más subjetivos y locales, son de gran interés por manifestar la crisis

de una época de transición y el desencanto de la gran ciudad para revalorar el sosiego de la vida provinciana según la sensibilidad prerromántica y rousseauniana. De las *Memorias de mis tiempos*, la famosa y sabrosa obra de Guillermo Prieto, en la que casi se vuelca por entero el siglo xix en México, se han elegido pasajes esenciales: la fundación del Colegio de San Juan de Letrán, las primeras figuras del romanticismo mexicano, como Lacunza y Fernando Calderón. A fines de siglo, esa antigua sensibilidad romántica daría paso al positivismo y al realismo. Gamboa está representado por sus *Impresiones y recuerdos*. En pocos párrafos, el lector se asoma a los resortes internos, los supuestos y motivaciones que estaban detrás de libros que, como *Santa*, escandalizaron aquel tiempo. Gamboa, no hace sólo la apología del naturalismo francés, sino, más interesante aún, analiza su propia actitud ante la mujer y el amor. De Salado Álvarez, se escogen algunas páginas de sus *Memorias*, donde habla de su viaje a Washington y descubre México desde los Estados Unidos. Muy interesante también *La feria de la vida*, de José Juan Tablada. Están en ella la defensa del mal llamado "decadentismo" con que se acusó a los últimos modernistas y una anécdota, a propósito del enojo producido por su composición *Misa negra*, que ilustra muy bien el carácter dictatorial y en el fondo provinciano de la burguesía porfirista. Ejemplar por muchos motivos: por su diáfana sinceridad, por su profundo valor ético, por su interés literario, son las páginas seleccionadas de *La apacible locura* de Enrique González Martínez. En ellas, el estudiante encuentra, de primera mano, los contextos espirituales en que se escribieron algunas de las poesías más significativas del poeta: "Silenter", "Los senderos ocultos", "La muerte del cisne"... La época revolucionaria, o mejor dicho, posrevolucionaria, está documentada, subjetivamente y ésta es virtud en unas memorias, por *El desastre* de Vasconcelos. Raymun-

do Ramos ha seleccionado los fragmentos que se refieren a La "Ley de Educación" y "La huelga de la Preparatoria", sucesos de gran trascendencia para la vida universitaria y cultural de México. La antología termina con la evocación de los *Contemporáneos* de Jaime Torres Bodet y sus recuerdos de Madrid y Valle-Inclán.

Para el estudiante, para el lector interesado en penetrar el andamiaje interno de la literatura mexicana, la antología de Ramos es un programa al través del cual se comprenden mucho mejor las motivaciones, las circunstancias vitales, hechos del fenómeno literario que muchas veces no quedan cabalmente alumbrados en la perspectiva objetiva de la historia formal. Las selecciones de Ramos van más allá de una utilidad escolar. Baste el hecho que algunas de las obras transcritas son difícilmente asequibles. Las *Memorias de mis tiempos* de Prieto están hoy agotadas en su más reciente edición (Patria); *La feria de la vida* de Tablada se publicó en 1937.

En este libro se combinan el gusto literario, la utilidad didáctica, la curiosidad histórica, y lo que no es tan frecuente en este tipo de antologías documentales, la gracia, la intimidad, la espontaneidad de esos escritores a los que hay que acercarse al través de las barreras que imponen el tiempo y la consagración de "clásicos". No es, ni puede ser, como lo advierte el autor desde el comienzo, una selección objetivamente justa. Faltan muchos; y entre otros, se echa de menos a Alfonso Reyes, de quien hay tantas páginas autobiográficas, pero esto es inevitable en toda selección. El libro es una aportación valiosa a la Biblioteca, y es también un experimento que abre caminos poco trillados en la historia literaria de carácter escolar; sería muy conveniente que después de este volumen se publicaran otros afines, como epistolarios, prólogos, manifiestos, documentos todos ellos que localizan la obra literaria en su contexto circunstancial y psicológico.

—Arturo Souto Alabarce

# Luisa Pasamanik / Hagan juego señores

A Jaime Sabines  
promotor del infierno  
gran poeta mexicano

Hagan juego, señores  
hagan juego

con cubiletes blancos con cubiletes negros

simplemente hagan juego

porque hoy  
se rifa una mujer violeta  
que sin saberlo  
un día se escapó de un sueño

hagan sonar los dados  
hagan girar los dedos

hagan juego, señores

que sólo un minuto ella permanece  
sonámbula en silencio

hagan juego, señores

alquitrán  
a lo largo de los muros  
sombras verdes azules sobre el piso  
arena móvil sobre el techo

hagan juego

que esta mujer se esfuma  
cuando tocan timbres y abren puertas  
cuando se hace más intenso el brillo en los espejos

hagan juego, señores

apuesten y a ganar

que a lo mejor  
si alguien toca la sombra de sus huesos  
se queda para siempre  
muda y pintoresca como una figura más en este museo  
donde se reúnen los espectros

hagan juego, señores

no miren a los títeres que ríen y lloran desde todos los  
rincones no se tuteen con ninguno de los titiriteros

sólo haga juego

manejen los dados con pericia

hagan juego

aunque las campanas repiquen  
soledad soledad soledad

hagan juego, señores

la mujer que hoy se rifa  
no ve más que los ojos de tus ojos oh amor cómo olvidarlos  
es tímida y antigua  
como la música que hay en los objetos

hagan juego, señores

agiten los dados  
con ruidos de cadenas

hoy se rifa  
una mujer nebulosa y sombría como la primera mañana del  
mundo  
limpia como el hueco  
que deja la lluvia

hagan juego, señores

que, a lo mejor,  
si alguien se atreve a nombrarla por su nombre  
es posible que caiga una estrella  
o de pronto nazca un ruiseñor

hagan juego, señores

y a no perder la apuesta

que una mujer  
es más que un perro y un caballo  
más que una codorniz  
o una mariposa

y tal vez  
vale la pena el juego,

mírenla ahí parada  
en su privado cielo  
con sus ojos de vidrio  
con su boca en la que cabe toda la distancia del mar

hagan juego, señores

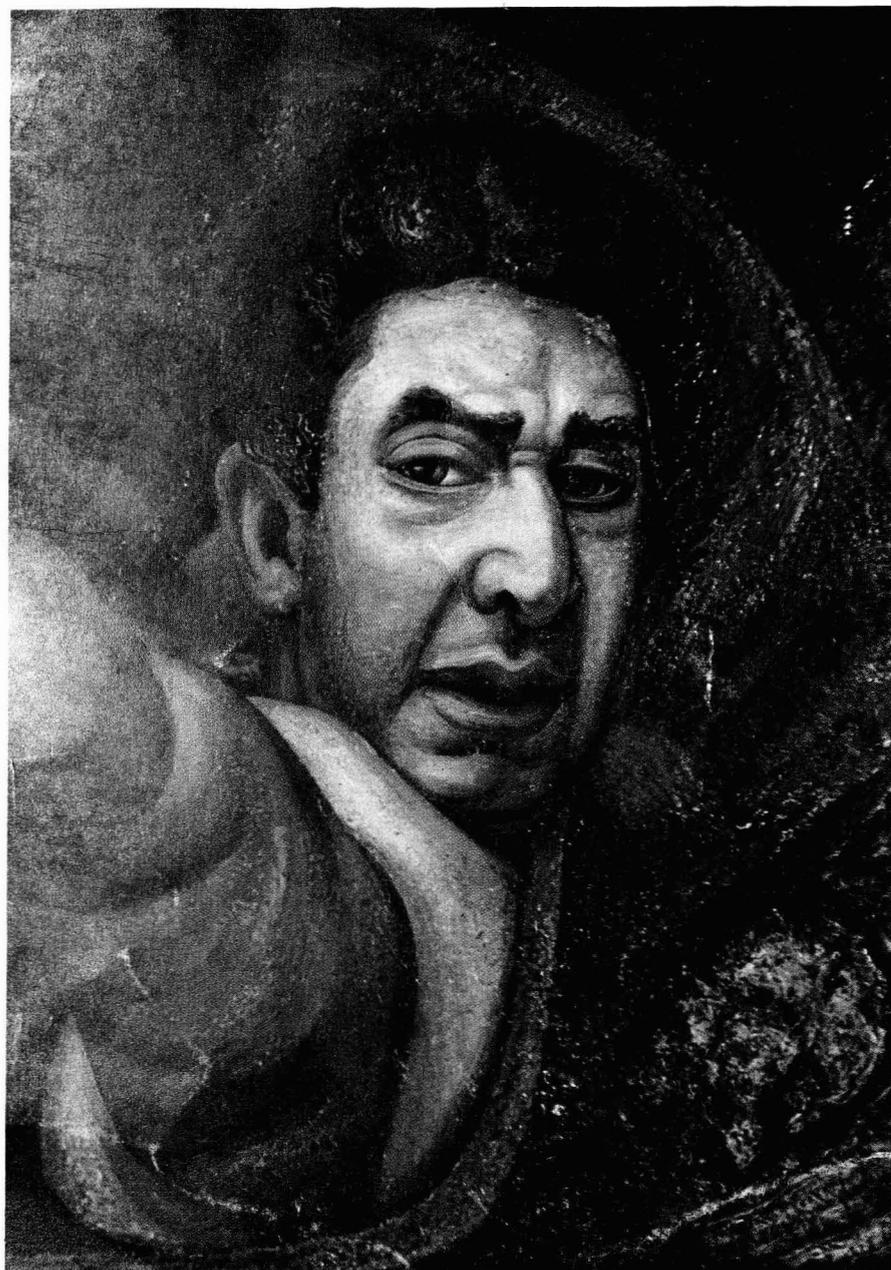
porque esta noche  
se rifa una mujer ausente  
pálida y grave en su único esqueleto,

hagan juego, señores

pronto,  
a ver quién hace la mejor oferta,  
quién es capaz de apostar en un solo golpe de dados toda su  
vida y su muerte por ella,

que ya el minuto  
de su estar acaba,  
que ya se desintegra,  
que ya su cuerpo arde y duele entre las manos  
como una flor.

# siqueiros



Un volcán que arroja llamas y lava en perenne erupción. Un temperamento desbordante, lleno de vitalidad, cargado de energías, dominado de pasión ardiente, embriagado por su propia exaltación. Parece que el éxtasis es para este hombre el estado normal. Es militante, agresivo.

Siqueiros es un político combativo, entregado a sus ideas, a su causa, con todas sus energías, con vehemente devoción. Esta combatividad suya, su devoción y su vehemencia, las condensa el pintor Siqueiros y las transmuta en forma, en una forma muy propia, muy personal, con la que ha logrado crear una serie de obras que son de los más importantes documentos del arte mexicano.

Un arte que impresiona gracias al patetismo de sus formas barrocammente exageradas, gracias a la audacia de su imaginación y a la arbitraria subjetividad con que se eleva por encima de una concepción imitativa y realista de la naturaleza.

Por su desbordante pasión recuerda a Van Gogh. Desde que conocí en México la obra de Siqueiros, me ha sorprendido que hasta ahora nadie haya tratado de comparar el lenguaje de formas de estos dos: Siqueiros y Van Gogh. Tal comparación, que debería tomar en cuenta la diferencia de las personalidades y de las metas artísticas, podría ser interesante y ayudarnos a comprender la creación de Siqueiros y la posición que ocupa en el arte universal. Ambos son obsesos; obsesos de su misión, obsesos de su éxtasis. Su obsesión les hace dar a sus creaciones la máxima intensidad. Ambos son idealistas que deseñan la realidad tal como es y conciben una realidad distinta, más elevada, que corresponde a su intuición.

“No hay más ruta que la nuestra”, proclama en uno de sus escritos. En esto no hay nada de raro. Cualquier artista de personalidad vigorosa está convencido de que su propio camino es el justo, el único justo. La mera idea de que pueda haber otro, lo desconcierta. Y cuanto más vigorosa es su personalidad, tanto más firme es esta convicción.

Como artista que es se ha creado su forma, la forma expresiva que corresponde a su temperamento romántico, indómito y que le permite transmutar sus visiones audaces y grandiosas en creaciones impresionantes no sólo por el contenido sino ante todo y sustantivamente por su forma. Recuerdo aquella obra maestra que es *Cuauhtémoc contra el Mito*.

**paul westheim [1950]**